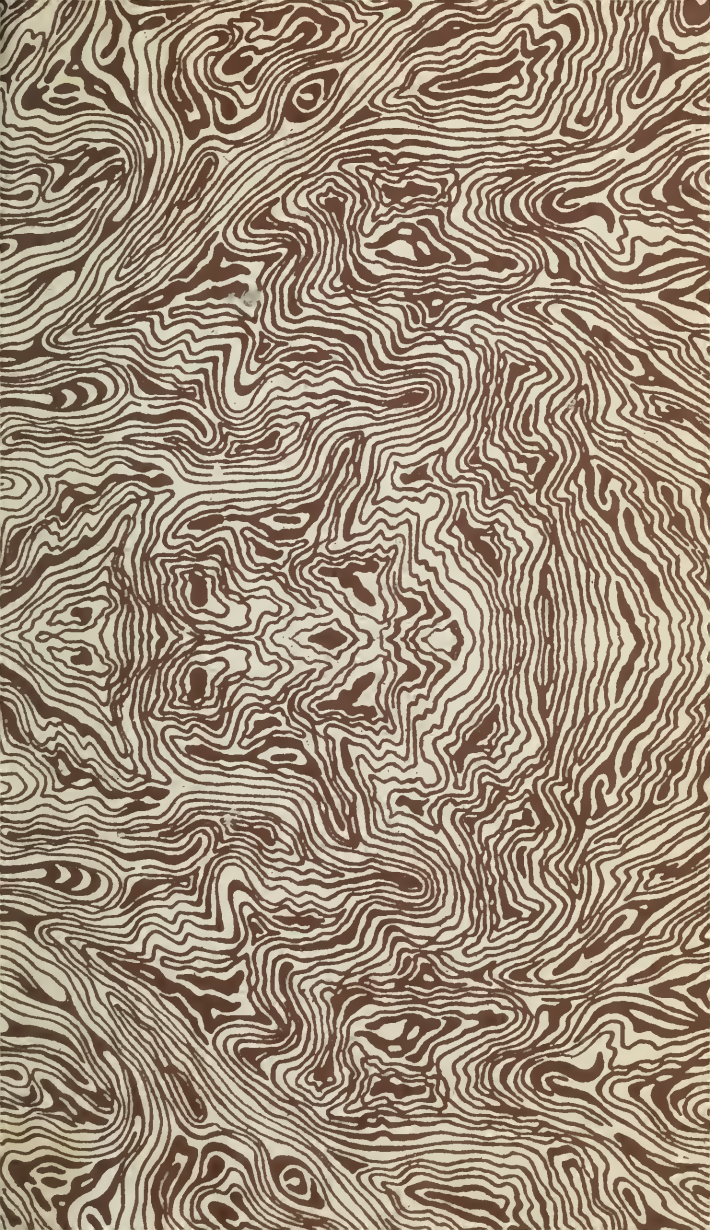
3 1761 07317311 4



Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elbandolerismoes00zuga

EL BANDOLERISMO.

EL BANDOLERISMO

TOMO VIII

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR

EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

ex-Diputado á Córtes, ex-Director de Propiedades y Derechos del Estado y ex-Gobernador de Córdoba.

PARTE SEGUNDA

NARRACIONES

TOMO II

PP. CARMELITORUM DISC.

PRIMERA EDICION

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1879

LIBRARY
MAY 7 1970
UNIVERSITY OF TORONTO

HV
6453
S8Z84
1876
t.8

Esta obra es propiedad del autor, y nadie la podrá traducir ni reimprimirla sin su permiso.

CONVENTUS PP. CARMELITARUM DISC.

CAPÍTULO XVIII.

VIDA POR VIDA.

Ya he indicado la constante inquietud en que me tenía el secuestro de Orellana, cuya vida á todo trance deseaba salvar, no sólo en cumplimiento de mis especiales deberes, sino tambien por el natural impulso de la humanidad y de mi carácter, supuesto que, áun sin la investidura de la autoridad y por mi propio motivo, siempre habria estado dispuesto á hacer, en obsequio de la víctima, toda clase de sacrificios para libertarla de manos de sus verdugos.

Contrariaban en gran manera el ímpetu de mi accion las reiteradas súplicas de la familia para que no adoptase ninguna medida, que pudiera exasperar el ánimo de los bandidos, en términos que llegasen hasta el extremo de dar muerte al cautivo; y ya el lector sabe que contemporizando, muy á pesar mio, con aquellas congojosas, apremiantes y á la vez atendibles exigencias, me limité á recomendarle que en ninguna manera pagase el rescate que exigian los bandidos, y que, en último caso, si tenía que dar alguna gratifica-

cion á los que mediasen en aquel desgraciado asunto, que marcase las monedas, indicándole hasta el modo de hacerlo.

Pero fácilmente se comprenderá que áun cuando yo guardase todos estos miramientos y consideraciones á la crítica y aflictiva situacion del secuestrado, no por eso habia de permanecer inerte y pasivo para dejar de perseguir á los criminales en general, y muy particularmente, por la premura del caso, por el rigor de las circunstancias y por la inminencia del riesgo, á los secuestradores de Orellana.

Así, pues, con la premura posible, con la energía necesaria y con la reserva conveniente, adopté todas las disposiciones oportunas para vigilar, no sólo á la familia del secuestrado, sino tambien á todas las personas sospechosas de la provincia de que hasta entónces habia tenido conocimiento, en virtud de informes parciales y aislados, que yo luégo relacionaba, no sin gran trabajo, deduciendo á veces las más inesperadas consecuencias, que me sugerian las más afortunadas resoluciones.

Entre las personas y lugares que con insistencia se me denunciaban como sospechosos, se comprendian precisamente el famoso cortijo de Ceuta y el *Niño* de Benamejí, que lo labraba.

No era, sin embargo, fácil empresa el llevar á feliz cima esta constante y áun peligrosa vigilancia, ni en los pueblos ni en los campos, y muy particularmente con respecto al cortijo ántes citado, á

cuyas inmediaciones nadie podia llegar sin gran riesgo, á no ser criminales ó campesinos, unos y otros de la íntima confianza del *Niño*.

Mas con todas estas dificultades no faltó quien sirviese á la autoridad y arrostrando toda especie de peligros, penetrase en el mencionado cortijo, afectando ser uno de tantos criminales desvalidos como por allí pululaban, y el cual al fin y al cabo supo ganarse la intimidad de uno de los servidores del *Niño*, averiguando todo lo que allí pasaba y comunicándome las noticias que podia, por medios tan singulares é ingeniosos, que merecerian particular relacion, si con ella no temiese descubrir y perjudicar al benemérito agente, que prestó aquel tan señalado servicio.

En cuanto á lo que ocurria en Palenciana, estuve asimismo tan bien servido como cabia en el poder humano, llegando hasta el punto de haber sabido yo que las exigencias exageradas de los bandidos eran de todo punto inasequibles para la familia, que andaba demandando recursos á sus parientes y amigos, y que, atendida la costumbre y ferocidad de aquellos secuestradores, no dejarian de dar muerte al prisionero, supuesto que ni ellos cejarian en su empeño, ni habrian de modificar el concepto equivocado de la riqueza de Orellana, miéntras que, por otra parte, su familia tampoco podia satisfacer las onerosas é imposibles pretensiones de los criminales.

En tal situacion, en tan críticas circunstancias, y

deseoso de venir con mis medios autoritarios en auxilio de la familia de Orellana, fué cuando concebí el proyecto de dirigirme al *Niño*, rodeadamente, valiéndome del alcalde de Benamejí, á quien envié la carta consabida, de la cual ya en otro lugar he hablado, y cuyo principal objeto no era, como á primera vista pudiera creerse, provocar una conferencia con aquella autoridad, sino atraer á mi confianza y persuadir á su compadre el *Niño* de mis deseos de conocerle personalmente y celebrar con él una entrevista, cuya importancia y trascendencia me convenia sobre todo extremo, que nadie trasluciese.

Esta resolucion estaba en cierto modo inspirada en los datos generales que se me habian comunicado, respecto á que el tal *Niño* en várias ocasiones habia servido con éxito de mediador en otros secuestros para ajustar el precio del rescate, y áun para recibir el dinero, segun ya el lector sabe.

Es verdad, que los precedentes datos á que me he referido, no eran una demostracion cierta y segura de que el *Niño* de Benamejí hubiese tomado parte, ni de cerca, ni de léjos, en el hecho concreto y particular del secuestro de Orellana; pero por lo ménos me sugerian la bien fundada sospecha de que aquel sujeto me podia ser muy útil para mis ulteriores investigaciones, y por de pronto para libertar al prisionero de su triste suerte.

Ahora bien; el lector sabe ya que, durante mi conferencia con el *Niño*, por un impulso indefini-

ble, por una especie de presciencia, cuyos movimientos interiores se sienten mejor que se describen, por un secreto instinto, en fin, que inspira una evidencia más clara y luminosa que los más dialécticos raciocinios, ello fué que por una prevision más espontánea que reflevixa, yo vine á conminarle enérgicamente de que con su vida me respondia de la de Orellana.

Y bajo esta impresion, confuso y aturdido, salió de mi despacho y fué á reunirse inmediatamente con un pariente suyo, persona de su más íntima confianza, y con *Malas-patas* y *Cucarrete*, quienes, como ya el lector sabe, le habian acompañado á Córdoba desde el cortijo de Ceuta.

Los bandidos no pudieron ménos de estremecerse y palidecer, al contemplar el estado de profunda turbacion y atolondramiento en que se les presentó en la calle su gran padrino.

—¿Qué sucede, pariente?

—¡Yo no sé lo que me pasa! exclamó el *Niño*.

—¿Ha visto usted al Gobernador? preguntó *Cucarrete*.

—Sí, lo he visto.

—Pero... ¿qué hay? interrogó á su vez *Malas-patas*.

—Hay... que se han desencadenado todos los demonios del infierno.

—Diga usted.

—Aquí no podemos hablar; vámonos al campo. ¡Yo estoy loco!

Y el *Niño*, cabizbajo y silencioso, encaminóse hácia la estacion del ferro-carril, seguido de sus acompañantes, que se miraban entre sí, llenos de confusion y asombro.

En efecto, el aire abatido y desalentado del gran padrino, contrastaba singularmente con las lisonjeras esperanzas que abrigaban los bandidos de verle volver triunfante, satisfecho y orgulloso de su entrevista con el Gobernador, al que se habia jactado de camelar y atraer á sus miras y conveniencias.

Es imposible describir el espanto, el terror y el abatimiento, que produjo en los criminales el aspecto congojoso y humillado del gran padrino, á quien jamás habian visto en actitud semejante y á quien ellos consideraban como al rey de los hombres, con incontrastable valimiento, así en Andalucía como en toda España.

El miedo y estupor de los bandidos llegaba á tal extremo, que á cada instante volvian la cabeza, temerosos de que los agentes de la autoridad los siguiesen para prenderlos.

¡Tal y tan aterradora y extraordinaria fué la impresion que les causaron el rostro desencajado y los ademanes descompuestos de su poderoso protector, que parecia hablar consigo mismo, con expresion á la vez delirante y medrosa!

Cuando ya estuvieron en el campo en un lugar solitario, el *Niño* se detuvo súbitamente, diciendo:

—¡Ese hombre es Lucifer en persona!

—Pero ¿qué peligro nos amenaza? preguntó *Cucarrete.*

—¡El Gobernador está en la pista! exclamó el *Niño.*

—Entónces sale cierto lo que se decia, repuso *Malas-patas.*

—Demasiado cierto, por nuestra desgracia.

—Pero en fin, ¿qué sucede? le preguntó su pariente.

El *Niño* permaneció meditabundo y silencioso, como si nada oyese de las reiteradas preguntas que todos le dirigian, y como si estuviese absorto en un pensamiento predominante.

Luégo, dirigiéndose con aire extraviado á *Cucarrete* y *Malas-patas*, exclamó:

—¡Es menester salvar cuanto ántes á ese hombre!

—¿A quién? preguntaron á la vez los dos bandidos.

—A Orellana.

Los bandidos le miraron con indefinible asombro.

—¡Maldita sea la hora en que se os ocurrió secuestrarlo! añadió el *Niño* con un acento de rabia y desesperacion, que heló de espanto á los criminales.

—¿Pero no recuerda usted?... murmuró tímidamente *Malas-patas.*

—Yo no recuerdo nada, ni tengo que recordar otra cosa, sino que en seguida es necesario soltar á ese hombre y que se vaya á su casa, replicó impetuosamente el *Niño.*

—Pero despues de muerto... insistió *Malas-patas*.

—¡Muerto! gritó el *Niño* fuera de sí de terror y de ira.

—¿Pues no recuerda usted, dijo con resolucion *Cucarrete*, que desde el cortijo enviamos á *Vaca-rabiosa* para que nos librase de ese estorbo, miéntras que yo quedé en ir á recoger los tres mil duros á Palenciana? ¡A estas horas ya no puede salvarlo ni Dios con todo su poder!

Estas palabras cayeron á plomo sobre el ánimo del *Niño*, que se llevó con desesperacion las manos al pecho, como si hubiera sentido que penetraba en su corazon un acerado puñal.

—¡Muerto! ¡Muerto! repitió al fin con voz cavernosa y expresion insensata.

Los bandidos guardaban un silencio sepulcral.

Al fin el *Niño*, cuya organizacion poderosa, despues de su profundo abatimiento, recobró toda su habitual energía, y con voz atropellada y ademan resuelto, dijo:

—Ea, muchachos, seamos hombres; aprovechemos el tiempo; el tren saldrá pronto; es menester que tú, *Malas-patas*, vayas á saber qué ha sido del cautivo; tú, pariente, véte á Málaga y avisa á la gente de lo qué sucede; y tú, *Cucarrete*, vé á cumplir en Palenciana tu compromiso; no hay un minuto que perder; porque os advierto que el Gobernador por arte del demonio, está más enterado de lo que yo creia, y que si Orellana ha muerto, yo tendré que irme al moro para salvar el pellejo.

—¡Será posible! exclamaron todos estupefactos.

—Ni más ni ménos que os lo digo. Si Orellana viviera, todavía podríamos defendernos todos; pero habiendo muerto, no hay remision... ¡estamos perdidos!

Los criminales quisieron hacer algunas preguntas al *Niño;* pero éste, despues de darles cuantas instrucciones juzgó convenientes para conseguir su intento y realizar su mandato, los despidió con ademan imperioso, diciendo:

—Tened presente que la diligencia es madre de la buena ventura, que en esta ocasion no debeis descansar ni un instante, que necesito saber si Orellana vive ó no, para escaparme ó hacer lo que más convenga á todos, porque el Gobernador me ha dicho lo siguiente: «Estamos á 26 de Marzo; si para fin de mes el secuestrado no está en su casa, usted me responde con su vida de la de Orellana.»

—Pues sabrá usted más pronto que la luz todo lo que haya, para su gobierno, dijeron los bandidos á una voz.

Entre tanto, se acercaba la hora de partir el tren para Málaga, los criminales se despidieron muy afectuosamente del *Niño*, y éste volvió á repetirles:

—Ya lo sabeis, amigos mios: ¡Vida por vida!

Los bandidos encamináronse rápidamente á la estacion, miéntras que el *Niño* regresó á la ciudad, en busca de su compadre.

CAPÍTULO XIX.

EL PARADOR DE SAN RAFAEL EN MÁLAGA.

Terminada mi entrevista con el *Niño*, concebí la idea de enviar un emisario á la familia de Orellana, á fin de prevenirle, que hasta el último dia de Marzo suspendiese absolutamente toda gestion, relativa al rescate del secuestrado, supuesto que yo habia adquirido la íntima conviccion de que aquel sujeto salió de mi despacho resuelto y decidido á servirme en todo y por todo, respecto á la imperiosa exigencia que acababa de hacerle.

Desde luégo se comprenderá que un hombre honrado y que hubiese tenido su conciencia limpia, habria oido con la tranquilidad más completa mi terrible amenaza, que yo tampoco le hubiera hecho, si no hubiera notado en él la inmensa é indecible turbacion que le producian, no tanto mis frases conminadoras, como su conciencia mancillada y culpable; pues sabido es que los gobernadores no tienen en nuestros tiempos ese derecho de vida y muerte, con que yo intenté sacar partido de aquel hombre y de las circunstancias que le rodeaban.

Conste, pues, que mi amenaza no fué más que un ardid venturoso, que me sugirió el estado de perturbacion y aturdimiento en que se hallaba su ánimo, y en cuyo ardid ni remotamente habria yo podido pensar ántes de nuestra conferencia.

No me engañaba yo en mis previsiones respécto á la conveniencia de advertir rápidamente á la familia de Orellana todo concierto con los secuestradores; pero la diligencia de la gente del *Niño* habia sido tan extraordinaria, que cuando llegó mi emisario á Palenciana, ya no pudo encontrar allí á Bartolomé Jimenez.

En efecto; *Cucarrete* se habia anticipado, y despues de encontrar al emisario, el *Manco Pititi*, en Palenciana, en donde habitualmente residia, por ser vecino de aquel pueblo, fuéronse ámbos á buscar á Jimenez, con el cual tuvieron el diálogo que sigue:

—Por fin, ha llegado el dia en que vea usted cumplidos sus deseos, dijo el *Manco*.

—Pero ¿se conforma esa gente con el dinero que tengo disponible? respondió Jimenez.

—Sí, señor, repuso *Cucarrete*, á quien el *Manco* acababa de presentar al cuñado del cautivo, como persona que habia influido mucho para que los bandidos se conformasen con la cantidad ofrecida.

—¿Y está usted seguro de no engañarse? preguntó Jimenez con alguna desconfianza.

—Tan seguro, contestó *Cucarrete*, que si usted mañana se presenta en Málaga con los tres mil du-

ros y alguna cosilla más, yo respondo con mi cabeza de que lo sueltan en seguida, porque así lo han prometido.

Excusado parece decir que *Cucarrete* mentia con el mayor descaro; pues que su intento era únicamente arrancar á Jimenez la suma ofrecida.

—¿Y quién me garantiza á mí que es verdad lo que usted dice? insistió el cuñado de Orellana.

—Yo no trato de convencerle á usted, sino de que se convenza usted mismo. Si tiene usted el dinero dispuesto, mañana por la noche llega usted á Málaga, se presenta en el paseo de la Alameda con un pañuelo blanco sobre el hombro derecho, y entónces se le acercarán dos personas que le tocarán en la espalda; éstas echarán á andar; usted los sigue donde vayan, y entónces verá si es verdad ó mentira lo que le digo.

—¿Y si despues de entregar el dinero, no sueltan á mi cuñado?

Al oir estas palabras el *Manco Pititi*, ó sea el emisario que habitualmente se entendia con Jimenez, le guiñó el ojo á éste, haciendo además un gesto marcado de disgusto.

Jimenez comprendió al instante aquella seña y aquel gesto, recordando el consejo que en otra ocasion le habia dado el emisario, respecto á que nunca manifestase desconfianza para con los bandidos.

Cucarrete respondió:

—¿Y para qué quiere esa gente guardar á su

cuñado, despues de haber recibido el rescate?

—Eso es verdad, replicó Jimenez, procurando enmendar su yerro; pero está uno tan escamado... En fin, mañana estaré en Málaga y haré al pié de la letra todo lo que usted me ha dicho.

—Pues no hay más que hablar, dijo *Cucarrete.*

Y el emisario y su compañero despidiéronse de Jimenez, que al punto se dispuso para ir á Antequera y tomar despues allí la vía férrea de Málaga.

Jimenez, despues de dar cuenta á su hermana de todo lo acaecido, recogió todo el dinero que tenía en su casa; y para que no le robasen en el camino, salió de Palenciana acompañado de un pariente del cautivo y dos hombres de confianza, uno de los cuales era el *Manco.*

El cuñado de Orellana, pues, dejó en Antequera á sus acompañantes, con órden de que le aguardasen hasta su regreso, y partió en el tren para Málaga, á cuya ciudad llegó por la noche; y siguiendo fielmente las instrucciones de *Cucarrete,* encaminóse al paseo de la Alameda con el exigido pañuelo blanco sobre el hombro.

Pocos momentos despues, y á pesar de la concurrencia de gente que habia en el paseo, se le acercaron dos hombres que, tocándole en la espalda, le dijeron:

—Síganos usted, y chiton.

Jimenez los siguió sin proferir una palabra, por entre la gente, hasta que, por último, sus miste-

riosos guías penetraron en un aposento del parador de San Rafael, en donde encontrábanse los bandidos.

Aquella buena gente, despues de mirar de piés á cabeza á Jimenez, le dirigieron várias preguntas como para cerciorarse hasta la evidencia de la identidad de su persona, y en seguida le hicieron sentarse con terribles amenazas de muerte, previniéndole que prometiese guardar profundo secreto y absoluta reserva, respecto á todo cuanto le habia sucedido y allí se hablase.

Prometiólo así Jimenez, cuya situacion de ánimo es fácil de comprender en presencia de aquellos hombres desconocidos, y á quienes tampoco podia verles el rostro, que llevaban oculto con el sombrero y el embozo de la capa.

Los secuestradores, pues ellos eran, si bien ante Jimenez figuraban ser personas intermediarias, se manifestaron displicentes y descontentadizos, cuando, en vista de sus directas y terminantes preguntas, aquél les respondió que no llevaba más que los tres mil duros prometidos, y sobre este punto entablóse un enojoso y prolongado regateo.

El cuñado de Orellana vióse en la precision de sufrir infinitas impertinencias y áun groseros insultos por parte de los bandidos, los cuales parecian estar de malísimo humor y catadura, no sólo por la contrariedad de percibir por el rescate una suma tan inferior á la que al principio se habian imaginado, sino tambien por algun otro motivo

que Jimenez nunca hubiera podido acertar en aquellas circunstancias; pero que el lector, mejor informado al presente que aquél lo estaba entónces, habrá adivinado desde luégo, recordando las noticias funestas para ellos que el *Niño* les habia trasmitido por medio de su pariente, que el dia ántes habia llegado á Málaga.

El rasgo más curioso y digno de estudio en la manera y forma de arreglar aquel gravísimo y repugnante negocio, consistia en que los bandidos, léjos de ocultarse en aposento recóndito y misterioso, afectaban manejar el asunto como si se tratase de la cuestion más trivial é insignificante, supuesto que miéntras departian con Jimenez, entraban y salian algunos pajarracos de mala traza, y ni siquiera se cuidaban de cerrar la puerta del cuarto, limitando todas sus precauciones para con Jimenez, á evitar que éste pudiera reconocerlos más tarde.

Miéntras que el cuñado de Orellana defendia su dinero, lo mejor que le era posible, en la disputa entablada con los bandidos, que pretendian sacarle algunos miles de reales más, bajo el pretexto de que aquel negocio les habia salido huero, que eran muchos á la parte y no tocaban á nada, y que despues de tanto tiempo no era justo que hubiesen trabajado para el obispo, presentóse en la estancia un embozado, que acababa de llegar en el mismo tren que Jimenez, y el cual, en jerga tunantesca y para éste incomprensible, cambió en voz baja algunas frases con los secuestradores.

El recien llegado era *Malas-patas,* que sin duda les llevó noticias agradables, porque desde luégo pudo advertirse, si no en la fisonomía encubierta de los bandidos, en sus palabras y ademanes, más franqueza, ménos dificultades para el arreglo del negocio que, á la sazon, trataban, y un cierto aire de satisfaccion y de contento.

—Es menester que además de los tres mil duros entregue usted cien reales por cada dia para pagarle el hospedaje, dijo el que principalmente habia llevado hasta entónces la palabra.

La salida de pavana, respecto á pedir el pago del pupilaje de un hombre á quien habian arrancado violentamente de su casa, hubiera podido parecer donosa á un indiferente; pero Jimenez la consideró como un sangriento sarcasmo, y por lo tanto, se apresuró á decir:

—Yo no doy más que lo convenido.

—No sea usted tacaño, replicó el que parecia más autorizado; pues todo ello no llega á la miseria de seis mil reales.

—Carillo me parece el pupilaje; y supongo que habrá estado bien mantenido; pero en último caso, que lo paguen de esta cantidad, replicó Jimenez.

—Ese dinero es sagrado, repuso su interlocutor, y está ya repartido de antemano; de manera que para sacarlo de donde está, es menester pagarlo aparte, y no es por el coste de la comida, sino porque eso es lo que llevan y lo que se ajustó, y los

hombres de vergüenza, tienen que cumplir bien con todo el mundo.

Jimenez persistió aún en su negativa; pero comprendiendo que al fin y al cabo tendria que acceder á esta exigencia, les manifestó que no tenía más que cuatro mil reales, y que por lo tanto, le era completamente imposible dar ni un céntimo más.

Entónces *Malas-patas*, tomando parte en el diálogo, dijo:

—Pues bueno; que entregue los cuatro mil reales, además del otro dinero, y que pasado mañana, ántes de amanecer, estén las personas que hayan de recogerlo en las cercanías de Loja.

—¡Trato hecho! exclamaron á una vez los bandidos.

Jimenez gozoso por el feliz término de aquel triste asunto, sacó el dinero y se puso á contarlo sobre una mesa que habia en el aposento.

Cuando hubo terminado su tarea, el que hacía de cabeza de aquella gente, se entregó de la cantidad concertada, no sin haberla contado ántes y examinar minuciosamente las monedas, que eran centenes y ochentines de oro.

Jimenez reiteró su promesa, que de nuevo le exigieron, de no decir nada á ningun nacido de lo que habia mediado en el asunto, y despidióse de los secuestradores, despues de haber adquirido todos los detalles necesarios, respecto á la hora y sitio en que habian de entregar á su cuñado.

Los bandidos, además, exigieron á Jimenez que

no fuese él á recoger á Orellana, sino algun criado y el *Manco Pititi*, que habia intervenido en el asunto y era de confianza para todos.

A la mañana siguiente, Jimenez partió para Antequera, á fin de disponer que fuesen al sitio convenido y á hora oportuna, los que habian de aguardar al infeliz secuestrado.

CAPÍTULO XX.

EFECTO CONTRAPRODUCENTE DE LOS ANÓNIMOS.

Es incalculable el efecto que produjeron mis primeras disposiciones para contener la osadía y el descaro, con que los criminales vagaban por todas partes, sin temor á la autoridad pública, y para evitar que los hacendados mismos los protegiesen, pidiendo para ellos licencias de armas y documentos de seguridad, procurando así, con estos y otros análogos servicios, captarse sus simpatías y benevolencia.

Desde el punto y hora en que mandé recoger todas las licencias de uso de armas, y documentos de seguridad anteriormente expedidos, para revisarlos y en adelante concederlos con garantías eficaces, que ofreciesen una responsabilidad efectiva, los hacendados y padrinos se alarmaron en gran manera, alarma que inmediatamente se trasmitió á los bandidos, y ya se ha podido apreciar cómo ellos se expresaban respecto á la persona y autoridad del Gobernador, en vista de los propósitos que se me atribuian y de las terroríficas y espeluznadoras noticiotas, que con este motivo circulaban.

Todo el mundo consideraba mi empresa imposible, temeraria ó de funestos y áun contraproducentes resultados, opinion difundida como por ensalmo y con extraordinaria rapidez, y de la cual fácilmente pude apercibirme por las indicaciones, que más ó ménos desembozadamente, me hacian las personas sensatas y caracterizadas de la capital y por las cartas de muchos hacendados de la provincia.

Pero si ésta era la opinion general, propagada con rapidez increible, tambien es incontestable que habia muchas personas particularmente interesadas en fomentar aquella misma opinion, dándole grandes proporciones, y exagerando intencionadamente las dificultades y peligros que yo habia de correr en mi comenzada empresa, todo lo cual hacian ciertas castas de gentes con el único fin de disuadirme de mi propósito.

Excusado parece decir, que todas estas exageraciones y aspavientos procedian de los padrinos y encubiertos protectores de los bandidos, como si todos á una se hubieran concertado en calificar de temeraria la actitud del Gobernador, y en interesarse por la existencia de su persona.

Y para que no me quedase la más mínima duda, respecto á los móviles ocultos de aquella no inhábil maniobra, recibí en pocos dias un verdadero aluvion de anónimos, en todos los cuales, valiéndose de la opinion generalmente admitida, se me dirigian las más terribles amenazas y se me anuncia-

ban los más espantosos peligros; de suerte que me fué fácil comprender, que no por mera y fortuita coincidencia, sino por intencionado y prévio concierto, caia sobre mi cabeza aquella nube aterradora de trágicos anónimos; pues que todos me predecian, no ya sólo mi muerte, sino la de mi familia, á manos de la feroz venganza de mis enemigos, entre los cuales se habian de contar personajes de alta posicion y grande influencia, si yo persistia en mis averiguaciones, porque *á nadie le gusta que se saquen sus trapos á relucir.*

Tal fué el acuerdo que adoptaron los bandidos y sus encubiertos protectores, á consecuencia de mis primeras disposiciones, acuerdo cuyo principal objeto era detenerme *por el espanto* en la senda emprendida, y del cual provino el infinito número de anónimos que diariamente me enviaban, y en los cuales, como ya he indicado, las amenazas más atroces, los insultos más groseros y las más tremendas predicciones alternaban alguna vez con los más oficiosos consejos y amistosas advertencias.

Entre aquellos anónimos, llamó mi atencion uno, que se distinguia notablemente de los otros por los conceptos, por el lenguaje y hasta por la letra; en una palabra, aquel escrito demostraba á tiro de ballesta, que procedia de una persona culta, experimentada y discreta, que se interesaba sinceramente por mi persona y que de seguro, no pertenecia al número de los bandidos ni de sus poderosos y solapados protectores.

Es verdad, que en el anónimo referido, se aducian muchas y muy valederas razones para disuadirme de mi empresa; pero desde luégo era fácil advertir que aquel empeño no estaba dictado por móviles mezquinos, por miras interesadas en mal sentido, ni por la defensa directa ó indirecta de los criminales, sino por una grande experiencia de los hombres y de las cosas, por un conocimiento profundo y exacto de las costumbres del país, y sobre todo, por la más sincera estimacion de mi carácter y de mis cualidades.

Insertaré á continuacion dicho anónimo como una prueba, no sólo del criterio general que dominaba á propósito de la persecucion del bandolerismo, sino tambien como una muestra de agradecimiento hácia la persona, que con tan buena voluntad me dirigia observaciones muy atendibles y oportunas advertencias, y cuyo nombre y condiciones nunca he podido rastrear, no obstante mis esfuerzos para conseguirlo. Dice así:

«Señor Gobernador: desde su llegada á esta provincia, he venido siguiendo todos sus pasos y disposiciones para la más enérgica represion de los criminales, que tanto abundan por esta bendita tierra, tan favorecida por el cielo, como desdichada por causa de los hombres y de la funesta reparticion de la propiedad territorial y otras causas.

»El intento de usted es muy digno de alabanza, y no he de censurar el entusiasmo, decision y valentía, con que lo lleva á cabo; pero desde luégo se

conoce que es usted muy jóven, que abriga muchas ilusiones, por más que sean generosas, que no ha comprendido bien el carácter egoista, ó por mejor decir, antisocial, de estos habitantes, y que ni siquiera ha sospechado las amarguras, las ingratitudes y los desengaños que le aguardan.

»Los criminales aquí tienen muy buenas aldabas, por lo que es casi seguro, que saldrá usted vencido en la lucha que emprende; pues hay un entrelazado y mezcla de sangre y de intereses, en que todos se ayudan y se socorren, unos por lo de antaño, otros por lo de ogaño, y muchos por lo que pueda suceder mañana; de manera es, señor Gobernador, que ha de sudar para poder distinguir el trigo de la cizaña; esto es, los buenos de los malos.

»Hay además otra razon, que esa gente conoce muy bien, para esperar que ellos salgan al fin ganando y usted con las manos en la cabeza, y es que ellos se quedan y el Gobernador se va, si es que en la contienda no cae, lo cual nada tendrá de extraño, y entónces tambien el Gobernador se quedará, pero *enterrado*.

»Tal vez estas advertencias, que me tomo la libertad de dirigirle, sean interpretadas como hijas de un interés de mala ley; pero mucho se engañará quien tal crea, porque yo soy el primero que lamenta el estado social de este país y que hace justicia á las excelentes dotes y rectas intenciones que concurren en usted para acabar con los criminales. Mas como conozco bien la tierra que piso, me da

hasta lástima de ver arrojarse por este camino á una persona que me inspira tantas simpatías y á quien, en honor de la verdad, le debo tambien un gran beneficio, como tantos otros, á consecuencia de una de sus recientes disposiciones.

»Yo, pues, quiero pagarle este favor como puedo, que es con consejos, y si no se los doy directamente cara á cara, es la causa, que no me considero autorizado para ello, y porque tampoco ignoro que, con razon, odia usted á los aduladores, que son los que pierden á los que mandan; y por mi parte, no puedo consentir que nadie me rechace por lo que censure, ni mucho ménos que me tome por adulador en lo que alabe.

»Comprenda usted mi buen deseo y entienda que nada tengo que criticarle, sino mucho que aplaudirle y agradecerle; pero esto no quita que yo lamente la suerte que le espera, despues de sus desvelos y sacrificios, entre los cuales pudiera ser que llorásemos su muerte, y á hacerle conocer esta verdad se dirigen estos consejos.

»Usted va á chocar aquí con todo el mundo, sin conseguir el resultado que se propone, y que todos los hombres de bien desearian; pero admitiendo que usted lo consiga, todavía saldrá perdiendo, no sólo porque á lo mejor el Gobierno lo dejará en las astas del toro, sino tambien porque los enemigos y los perseguidos son muy activos, poderosos é implacables en sus ódios, miéntras que los que se llaman amigos y favorecidos, ó sean los que pa-

san por hombres de bien, se contentan con que amparen sus intereses y decir muy buenas palabras en elogio de su amparador, mas no pasan de aquí, aunque lo vean en peligro, de manera que los malos obran y los buenos se están quietos, si es que no olvidan la proteccion y beneficios recibidos.

»En esto, señor Gobernador, en esto está todo el mal y todo el riesgo de su posicion de usted, que tanto me interesa, y no tenga duda en que si esta misma gente, favorecida en sus intereses y seguridad personal, lo viesen á usted mañana perseguido, en los mayores riesgos y hasta pidiendo limosna, á consecuencia de sus esfuerzos y sacrificios en obsequio de los hacendados; no espere usted proteccion, ayuda, ni siquiera un vaso de agua, pues de seguro, si llegase este caso, y tuviese que poner á prueba el agradecimiento de los que le deben la garantía de sus intereses y áun de su vida, lo dejarian á usted morir con la mayor indiferencia.

»Para llevar á cabo lo que usted se propone en un país como el nuestro, se necesitaria una autoridad permanente, ó ser Gobernador de por vida, porque de otro modo, el dia que usted deje de serlo, no pararán los tunos hasta arruinarlo y matarlo; y cuando usted se vaya, entónces se convencerá mejor que ahora, de las verdades que le digo, sin otro propósito que el de moderar su entusiasmo y hacerle comprender que debe contar con la ingratitud del Gobierno, con la ingratitud de los hacendados de esta comarca. y tambien con el rencor

inextinguible de los perseguidos y de sus protectores, que no dejarán de causarle todo el daño que puedan, miéntras usted viva.

»Por otra parte, no sé yo hasta qué punto los gobiernos tengan derecho á exigir que los hombres sacrifiquen su tranquilidad, su reputacion y hasta su vida en esta clase de empresas, sin que despues le aguarde otro premio, que el olvido de los gobernantes y la vengativa y perseverante saña de los malvados.

»Mi experiencia de los hombres llega hasta el extremo de asegurar que por hoy, ni usted mismo tal vez hará caso de mis consejos; pero dia llegará, si sale bien de esta campaña, en que se acuerde usted de la exactitud de mis predicciones, y entónces reconocerá tambien que sólo estaban dictadas por el afecto é interés que su persona le inspira á uno de sus apasionados.—*Un amigo de verdad.*»

Ahora bien; el autor desconocido del precedente anónimo, equivocábase de medio á medio, como suele decirse, al imaginar que aquéllas sus discretísimas y previsoras advertencias, habian de revelarme algo nuevo é influir en mi conducta, supuesto que yo sabía muy bien, que eran muy exactas sus observaciones, por más que yo no las considerase suficientes para retraerme de mi árduo propósito, ni del severo cumplimiento de mis deberes.

En esta distincion moral estribaba precisamente la diferencia de nuestro criterio, es decir, que

miéntras el autor del anónimo sostenia con razones muy atendibles para la prudencia vulgar, que los hombres no deben aventurarlo y sacrificarlo todo en servicio de su patria, yo entiendo, por el contrario, que ni la ingratitud de sus conciudadanos, ni el rencor de sus enemigos, ni el interés de su bienestar, ni el riesgo de perder la vida, son motivos bastantes para que un hombre de honor ceje ó vacile ante los deberes sagrados que de consuno le imponen las prescripciones de la moral, la obligacion de sus compromisos, la dignidad de su cargo, el interés del bien público y el precepto ineludible de las leyes.

Así, pues, yo estaba firmemente persuadido de que más tarde habia de cumplirse en gran parte cuanto se me anunciaba y yo mismo preveia; pero esta persuasion no era bastante poderosa para hacerme ceder en mi tenaz empeño de perseguir y extirpar al bandolerismo, ántes bien, acaso influia como estímulo mayor para dar á la empresa más subidos quilates de estimacion y valía, por el atractivo tan simpático para ciertos caractéres, de la abnegacion, desinterés y sacrificio que el mismo empeño encerraba.

En este concepto, léjos de retroceder ante la magnitud y riesgos de la empresa comenzada, decidí, sin temor á nada ni á nadie, llevarla á cabo con resolucion inquebrantable.

Entónces fué cuando, atento sólo al buen servicio, sin recursos presupuestales, con antelacion á

la Partida de Seguridad pública que se organizó más tarde, ordené que fuesen espías á Palenciana, á Benamejí, al cortijo de Ceuta y á otros puntos de la provincia, á fin de que vigilasen constantemente cuantas personas y lugares se me habian denunciado como sospechosos; medida que me proporcionó estar perfectamente informado de muchos hechos ocurridos en las citadas localidades, y que, debidamente enlazados, contribuyeron en numerosas ocasiones á evitar muchos crímenes y á suministrar súbitos esclarecimientos, relativamente á otros, que ya se habian cometido.

Así sucedió, que mis espías pudieron observar, no solamente á cuantos entraban y salian en el cortijo de Ceuta, sino todo cuanto en él pasaba, y por lo tanto, notaron tambien la gran reunion allí habida, ántes de mi conferencia con el *Niño*, al cual fueron acompañando varios jinetes hasta las inmediaciones de Benamejí, en donde se apartaron por diversos caminos.

Entre tanto, la pareja de mis espías detuvo á un jinete que salió solo del cortijo, y, si bien trató de resistirse, lograron desarmarle, conduciéndolo á Rute para identificar su persona.

La vigilancia, pues, era á cada instante mayor; la persecucion se aumentaba, y la lucha entre la autoridad pública y el bandolerismo adquiria por momentos más grandes proporciones.

Tal debia ser el resultado inevitable de las maniobras, amenazas y torpes habilidades, permíta-

seme la expresion, de los bandidos y de sus apadrinadores, que se imaginaron, sin duda, que con una descarga de anónimos feroces y bárbaros quedaria la lucha terminada.

Por mi parte, debo decir, que con anónimos y sin ellos, mi conducta, inspirada en mis deberes, habria sido siempre la misma; pero que si algun efecto produjeron en mi ánimo, fué del todo contraproducente al fin que se proponian.

CAPÍTULO XXI.

LA PROVIDENCIA.

Trasladémonos ahora al cortijo de la Media-luna, en donde tantos dias pasó prisionero el infeliz Orellana, y prestemos atento oido al singular diálogo que sostenian los guardianes del secuestrado con el feroz bandolero, á quien llamaban *Vaca-rabiosa.*

—Te repito, que ya eso no puede ser, decia el *Mellado.*

—Pues eso será por encima del sol nacido, replicó el colérico *Vaca-rabiosa* con los puños crispados de ira.

—No te precipites, hombre, porque estás muy atrasado de noticias, dijo el otro guardian.

—Pero, ¿qué inconveniente podeis tener en hacer lo que yo digo, cuando esa es la órden que traigo? repuso *Vaca-rabiosa.*

—Que has llegado tarde, replicó el mismo guardian.

—¡Luégo ya está hecho! exclamó gozoso *Vaca-rabiosa.* ¡Con qué gusto recibí esta comision! ¿Y en dónde lo habeis enterrado?

Los guardianes cambiaron entre sí una mirada de inteligencia.

El sanguinario *Vaca-rabiosa*, con visibles muestras de júbilo, continuó:

—Hubiera tenido gran gusto en sentir rechinar su carne bajo mi *faca;* pero una vez que ya está hecho, lo mismo da. ¡Qué desgraciado soy! ¿Por qué no pude venir ántes? ¡Maldita sea mi suerte! Ese maldito Gobernador lo tiene todo minado. No he visto en mi vida dos campesinos tan resueltos. Como que eran espías suyos, y sabe Dios si serian civiles disfrazados de paisanos.

—Pero, ¿qué estás ahí diciendo? preguntó el *Mellado.*

—Nada; que salí del cortijo de Ceuta para traer la órden que ya sabeis, y cuando iba más descuidado, detrás de un acirate, me salieron dos hombres, me dieron las buenas noches con muy buen modo, me pidieron lumbre, porque yo venía fumando mi chicote, y cuando se lo alargué, veo que uno de ellos me encañonó, diciéndome que les entregara la cédula de vecindad y la licencia de armas; yo entónces fuí á descolgar mi retaco, pero ya el otro habia echado mano de él, y allí estuvimos forcejeando hasta que viendo la imperdible, pensé en tomar soleta, metiendo espuelas al jaco; mas ya el otro habia cogido las riendas y no hubo remedio, me tuve que entregar á la autoridad, porque yo tambien pensé que luégo le arman á uno un caramillo de los demonios por aquello del de-

sacato. En fin, que me da vergüenza de contarlo; pero no hubo más salvacion que echar pié á tierra y darla de pacífico y aguantarse por la buena.

Los dos guardianes prorumpieron en una estrepitosa carcajada al ver los esfuerzos que hacía el arrogante bandido por disculpar su detencion, nada más que por dos hombres.

—¿Y cómo has conseguido escaparte? preguntó el buen mozo.

—Cuando me pidieron la licencia de uso de armas, la entregué al instante, y lo mismo hice con la cédula de vecindad; pero ellos me registraron, encontrándome otra, y aunque ninguna de las dos estaba á mi nombre verdadero, con todo, me sostuve en que la primera que les presenté era la mia propia, y que la segunda pertenecia á un amigo.

—Esa era la mejor salida, dijo el *Mellado.*

—Pero no me valió, porque ellos se escamaron y dijeron que no me soltarian hasta que no averiguasen quién yo era.

—¡Malditos de cocer! exclamó el buen mozo. Y tú, ¿qué dijiste?

—Les dije que me llevasen á Rute, y allí les probaría que mi verdadero nombre era el que rezaba mi cédula, es un decir, la que primero les habia entregado.

—¿Y cómo te arreglaste? preguntó el buen mozo.

—Pues nada, recurrí al amigo del *Niño*, ya sabeis, á don Juan...

—Sí, sí, al abogado, interrumpieron á la vez los dos guardianes.

—Pues bien, ese fué el que me sacó del apuro, respondiendo por mí, diciendo que me conocia y que yo me llamaba como decia la cédula y la licencia.

—¿Y cómo has tardado tanto?

—Porque parece que el demonio lo hace, para que en todo se encuentren dificultades y detenciones, cuando uno está más de priesa. El caso fué, que los agentes del Gobernador me llevaron á Rute; pero don Juan no estaba en el pueblo, y hubo que aguardar á que volviese; y esa ha sido la causa de tardar más, pues si él hubiera estado allí, me habrian despachado al instante.

—De todas maneras, no tienes motivo para maldecir tu suerte, porque de buena has escapado, y muy bien te se pudo enredar una gran culebra al cuello, dijo el *Mellado*.

—Eso no me quitaba á mí el sueño; pero la causa de mi rabia era el no haber llegado aquí sin tropiezo, para acabar de una vez por mi mano con ese perro viejo, que tanto nos ha dado que hacer; mas ya que vosotros lo habeis rematado... En fin, me alegro; aunque yo no estuviera presente.

Los dos guardianes volvieron á mirarse guiñándose el ojo.

Vaca-rabiosa continuó;

—Y vosotros ahora, ¿qué esperais aquí? ¿En dónde lo habeis ocultado? ¿Quién os trajo la órden que á mí me dieron?

—¡Qué pregunton vienes! exclamó con sorna el *Mellado*.

—Me parece que despues de contaros todo lo que me ha sucedido, será razon que yo pregunte lo que aquí se ha hecho.

—Pues á todo te responderemos para que estés al cabo de la calle, porque te repito que vienes muy atrasado de noticias, replicó el buen mozo.

—Pues bien, contádmelo todo, y así sabremos todos lo mismo.

El *Mellado* le respondió:

—Has de saber que ha venido *Malas-patas* de Córdoba para averiguar con mucho afan qué habíamos hecho de ese viejo berrugo, y como tú no te habias presentado aquí, le respondimos que ahí estaba en la cámara como siempre; y entónces no te puedes figurar lo alegre y contento que se puso al oir que no habia *merado;* y en seguida se marchó, encargándonos que tuviésemos con él más cuidado que nunca, porque pasaban cosas muy gordas con el Gobernador y habia gran peligro en no entregarlo.

Es imposible describir la expresion de ira y sorpresa que semejante relato produjo en el semblante de *Vaca-rabiosa*, que permaneció atónito y mudo de asombro.

—¿Y qué habeis hecho? preguntó al fin con voz iracunda, como si despertase de un profundo sueño, el sanguinario *Vaca-rabiosa*.

—Hemos cumplido al pié de la letra el encargo de *Malas-patas*, respondió el buen mozo.

—¿Pues no habeis dicho que lo habeis enterrado?

—Nosotros no hemos dicho tal cosa, replicó el mismo guardian; tú fuiste quien lo dijo sin haber entendido bien nuestras palabras, cuando te dijimos *habias llegado tarde*, y en tu precipitacion y con la rabia que le tienes al viejo, te imaginaste que ya nosotros habíamos hecho el mandado que tú traias, sin sospechar que despues ha habido contra órden y por esto dijimos que venías atrasado de noticias.

—De manera es que el hombre está vivo, ¿no es eso? preguntó *Vaca-rabiosa* echando mano á su enorme *faca*.

—Sí; respondió resueltamente el *Mellado*, haciéndole una seña muy significativa á su compañero, el cual habiéndole comprendido al punto, se apartó de los interlocutores y volvió en seguida con su retaco y el del otro guardian.

—¿Qué pensais hacer? preguntó entre iracundo y desconcertado *Vaca-rabiosa*, cuyo retaco habia tenido la precaucion de guardar el buen mozo, cuando fué por los otros dos; de suerte que el feroz bandido sólo se hallaba armado con su *faca*.

—Lo que pensamos hacer, dijo el *Mellado*, es abrasarte las entrañas, si das un paso para subir á la cámara del cautivo.

El estupor y á la vez la ira trabaron la lengua de *Vaca-rabiosa*, que permaneció inmóvil y silencioso.

Montando tambien su retaco, el buen mozo, dijo:

—Nosotros somos los responsables de la vida de ese hombre; y si tú quieres satisfacer una venganza nécia, que á todos nos puede acarrear grandes perjuicios, no estamos dispuestos á que cumplas tu gusto, á costa de nuestro pellejo y contra la órden que hemos recibido de quien puede darla.

—Toda esa fanfarria me la paso yo por debajo del pié y veremos quien puede impedir que yo cumpla la órden que me dieron los únicos que pueden darla en este negocio.

—Pues esos mismos han dispuesto despues lo contrario, replicó el buen mozo.

—Yo no tengo nada que ver con eso; á mí me dijeron que muriera y morirá, porque lo mataré yo mismo á puñaladas.

—Pues si convenia hacer eso, cuando así te lo dijeron, ahora conviene mirar por su vida, como si fuera la propia nuestra.

—¡Lo veremos!

—No te engañes, *Vaca-rabiosa*, terció el *Mellado*; tu órden ya no sirve y si te empeñas en cumplirla, el muerto no será él, sino tú. Conque tengamos la fiesta en paz, y no le busques tres piés al gato.

Largo tiempo se prolongó esta porfía, hasta que ya puesto el sol, obstinóse *Vaca-rabiosa*, á impulsos de uno de los frecuentes accesos de cólera que, de vez en cuando, le acometian, en subir á la estancia de Orellana para saciar en él sus feroces y san-

guinarios instintos; pero los guardianes se opusieron tenazmente á su intento, llegando hasta el punto de tenerlo encañonado para dispararle, y es seguro que allí feneciera el iracundo bandido, si á esta sazon, no se hubieran presentado en el cortijo *Cucarrete* y *Malas-patas*, los cuales, enterados de la causa de la reyerta, increparon fuertemente al díscolo, diciéndole que, si hubiera cumplido su mandato, todos estarian ya perdidos y habrian firmado además la sentencia de muerte del *Niño;* es decir, del mejor de los hombres para ellos.

Convencido al fin *Vaca-rabiosa* por las explicaciones que le dieron respecto á todo cuanto habia ocurrido en Córdoba, así como tambien al ajuste del rescate, á la parte que á él le habia tocado y á la entrega ya concertada é indispensable del cautivo, desistió de su tenaz y bárbaro empeño.

Los recien llegados iban precisamente con el objeto de sacar de allí al infeliz Orellana para conducirlo, durante aquella noche, al sitio convenido en las inmediaciones de Loja.

CAPITULO XXII.

DESENLACE INESPERADO.

Los bandidos, necesitando aprovechar toda la noche para cumplir su promesa, no sólo por la distancia que tenian que recorrer, sino tambien por las vueltas y revueltas que se proponian dar en su ruta, á fin de desorientar al prisionero, respecto á la situacion del cortijo de la Media-luna, se apresuraron á subir al aposento donde, más abatido que nunca, yacia Orellana, para prevenirle que ya habia llegado la hora de que volviese al seno de su familia.

El malaventurado cautivo no habia dejado de escuchar la disputa de *Vaca-rabiosa* con sus guardianes, ni de comprender vagamente que se trataba de quitarle la vida, en tanto que otros esforzábanse por impedirlo.

En tal situacion de ánimo se hallaba el secuestrado, cuando se presentaron en la estancia *Malaspatas*, *Cucarrete* y los demás bandidos, cuya presencia le causó terror indecible, imaginándose que acaso habia llegado la hora de su muerte, que él ya consideraba como el único fin que podia encontrar su martirio.

—Prepárate, le dijo el *Mellado*, que ya te vas á ir á tu casa; pero con una condicion.

—¿Cuál? preguntó con voz desmayada el prisionero.

—Que digas que te has escapado, y que ni por soñacion siquiera, procures averiguar dónde has pasado tantos dias.

—Yo haré y diré todo lo que ustedes quieran.

—Mira que si te berreas con alguien, aunque sea con tu mujer, lo vas á pasar muy mal.

—Yo ¿qué he de decir? si ya estoy muerto, y para lo que me queda de vida, lo mismo me dá morir aquí que en otra parte; respondió el prisionero, que no podia apartar de su mente, en vista de lo que habia oido, la no infundada sospecha de que acaso los bandidos intentaban sacarlo de allí para darle muerte.

El infeliz Orellana se aferró con tenacidad increible á este tristísimo pensamiento, de modo que en ninguna manera creyó la venturosa nueva que acababan de comunicarle, imaginándose que lo querian sacar de allí para no comprometer á los habitantes del cortijo y rematarlo en un sitio á propósito para que no se descubriese el crímen, ó en donde pudieran arrojar su cadáver á un precipicio.

Bajo esta impresion, el secuestrado permaneció poco ménos que impasible ó indiferente al dichoso anuncio que los bandidos le hicieron, los cuales no dejaron de observar su notable abatimiento, si bien

nunca podian imaginarse la verdadera causa que lo producia.

—Anímate, hombre, le dijo el *Mellado*, que tenemos mucho que andar esta noche.

—Pero si no puedo moverme, si estoy entumido, y tengo las piernas hinchadas con tanto tiempo como llevo sin poder valerme con estos grillos.

—Pues ahora mismo te los vamos á quitar, respondió el *Mellado*.

Y dirigiéndose á sus compañeros, añadió:

—¡A ver, muchachos, traed la llave!

El buen mozo, es decir, el otro guardian, y los demás bandidos buscaron la llave de los grillos en todos los sitios en que era posible que la hubiesen puesto; pero la llave no parecia, circunstancia que les hizo perder mucho tiempo y tambien impacientarse, hasta que, por último, uno de ellos, dijo:

—La llave no parece; pero aquí tengo una lima.

—¿Qué remedio? dijo el *Mellado*; con eso nos aviaremos, ya que no hay otra cosa.

—Pero se va á perder mucho tiempo, replicó *Malas-patas*.

—Pues no haber perdido la llave, repuso *Cucarrete*.

Y en seguida procedieron á limar los grillos del cautivo.

Cuando hubieron terminado su tarea, bajaron inmediatamente á Orellana y lo subieron en un caballo encollerado con otro; pero sin quitarle los pañuelos que le vendaban los ojos.

Pocos momentos despues, y ya bien entrada la noche, los secuestradores y el secuestrado partieron del cortijo de la Media-luna.

Pero el infeliz Orellana, despues de haber permanecido durante más de cuarenta dias en una inmovilidad casi completa, no tenía fuerzas bastantes para sostenerse á caballo, y como los bandidos, bien que dando muchos rodeos, sólo caminaban al trote ó al galope, el desdichado cautivo pensó morir aquella noche de cansancio y dolor, ó destrozado por los piés de los caballos, supuesto que á cada instante estaba expuesto á caerse.

En efecto, el estado de Orellana era el más deplorable que se puede imaginar, pues si en un hombre jóven y robusto, aquéllos continuados sufrimientos no hubieran dejado de producirle quebranto y abatimiento de fuerzas, debe tambien considerarse que, á la sazon, contaba el cautivo más de sesenta años, y es seguro que repetidas veces habríase caido del caballo, si el jinete que iba á su lado, no hubiese acudido en su ayuda.

En vano les suplicaba Orellana que sosegasen el paso, pues que los bandidos, sordos á sus ruegos, continuaban siempre su marcha con la misma violencia y rapidez por montes, laderas y valles.

Al fin, no pudiendo ya resistir por más tiempo aquel insoportable martirio, el secuestrado pedia con ánsia indecible á los secuestradores que de una vez lo matasen, con tanto mayor motivo, cuanto que él se imaginaba que más cerca ó más léjos, éste ha-

bia de ser el necesario término de aquel nocturno viaje; pues como ya he indicado, el prisionero de ningun modo creia en la felicidad que le habian prometido, de que muy en breve se habia de ver libre y salvo en el seno de su familia.

Afortunadamente, cuando ya el secuestrado se hallaba próximo á desfallecer, los bandidos se detuvieron en el sitio concertado, cerca de Loja, y allí bajaron del caballo á Orellana, rendido de cansancio y casi moribundo, previniéndole de nuevo, que á nadie manifestase la verdad de lo acaecido, sino que á todos dijese que habia logrado escaparse del lugar en que le tenian, pues de lo contrario, le habian de cortar la cabeza, sin que pudiera salvarse, aunque se escondiese *bajo los harapos de la Virgen.*

El triste prisionero, bien que entónces comprendió que los bandidos realmente lo dejaban en libertad, muy al contrario de lo que él ántes habia recelado, no por esto experimentó en aquel instante el gozo natural de verse libre, pues el dolor físico le aquejaba tan rudamente que, bajo el peso de sus padecimientos y de aquellas amenazas tan tremendas para lo sucesivo, cayó desmayado á la vez de terror y de fatiga.

Entre tanto, los bandidos estuvieron departiendo un breve rato con dos hombres, que en aquel sitio acababan de presentarse.

Cuando el secuestrado recobró el conocimiento, ya los secuestradores habian desaparecido y en-

contróse en poder de los dos recien llegados, que eran las personas enviadas por la familia de Orellana para que lo condujesen á su pueblo y domicilio.

Pero el lastimoso estado físico y moral en que el infeliz Orellana se encontraba, no consentia en ninguna manera el que inmediatamente se pusiesen en camino, sin que ántes éste reposase algunas horas.

Así, pues, lo condujeron á la cercana poblacion de Loja, en donde el anciano ex-cautivo estuvo descansando en la cama y reponiéndose en algun tanto de sus pasadas angustias y sufrimientos, hasta que por la tarde partieron en direccion de Palenciana, adonde llegaron á las dos de la madrugada.

Ya la familia estaba inquieta, impaciente y áun recelosa por la tardanza, que sólo podia explicarse por la detencion inevitable á consecuencia del lamentable estado de salud en que llegó á Loja Orellana; pero aquella explicacion, tan natural y sencilla, no era fácil que se presentase á la consideracion de Jimenez y de su hermana, los cuales se hallaban como engolfados en un proceloso mar de confusiones y de tristes, lastimosas y contradictorias conjeturas, acerca de aquélla para ellos aún no explicada y dolorosa tardanza.

Por más que Orellana llegase á su casa en ese estado de abatimiento morboso de todas las fuerzas del ánimo y del cuerpo, que es comun á todos los secuestrados, al fin y á la postre, ya se encontraba libre de sus verdugos, y este pensamiento era para él, lo mismo que para toda su familia, el lenitivo

más eficaz de su anterior pena y desconsuelo.

Es verdad que los que así escapan de las feroces manos de los bandidos, permanecen despues largo tiempo, y áun durante el resto de su vida, en un estado tal de recelo, temor, reserva y desconfianza, que rara vez vuelven á tener expansion con nadie, áun cuando anteriormente fuesen personas dotadas de un carácter franco y abierto, pues que nunca olvidan, sobre todo si son hombres entrados en años, ni sus terribles padecimientos, ni las aterradoras amenazas que para el porvenir les hicieron.

Sin embargo, la tierna esposa de Orellana, indiferente á todas estas consideraciones, y sólo sensible al gozo inexplicable de recobrar á su amado esposo, daba gracias al cielo con toda la efusion de su alma por el inesperado y feliz desenlace de aquella prolongada tragedia.

Y séame permitido tambien asociarme á esta satisfaccion tan pura y respetable, no tanto por el dichoso concurso de circunstancias favorables que me facilitó la coyuntura de salvar á Orellana, cuanto porque ya libre y desembarazado de las consideraciones y miramientos que ántes cohibian mi accion para no comprometer la vida de don José Orellana, pude yo desde entónces consagrarme sin tregua ni descanso ni contemplacion alguna, á la incesante persecucion de aquella gente malvada, terror de Andalucía, mancilla de nuestra civilizacion y vergüenza de nuestra patria.

APÉNDICE 1.º

A continuacion se inserta la carta que me dirigen los señores don José Orellana y don Bartolomé Jimenez; el uno, como víctima que fué del relatado secuestro; y el otro, como intermediario que tan buenos servicios prestó á su cuñado, en confirmacion de la exactitud de mis afirmaciones, no sólo respecto al secuestro del anciano Orellana, sino tambien relativamente al cautiverio de su sobrino el niño Jimenez y á las angustias y padecimientos de sus infortunados padres.

Hé aquí la carta:

«*Excmo. señor don Julian de Zugasti.*

»Palenciana 25 de Febrero de 1879.

»Muy señor nuestro y de toda nuestra consideracion: Hemos leido manuscrito el relato que ha hecho para su libro, titulado El Bandolerismo, del célebre secuestro de uno de los que tienen la honra de dirigirse á usted, y en el cual representamos un diferente papel, el uno como secuestrado, y el otro como intermediario en aquel suceso, que viene

pintado en la historia que usted escribe con colores tan vivos, que no parece sino que todos los presenció usted mismo, ateniéndose, por supuesto, estrictamente á la relacion de los hechos que tiene escrita y firmada de nuestra propia mano.

»Y otro tanto debemos decirle respecto á la historia que hace del secuestro de nuestro querido sobrino Crispin, y de las fatigas y tribulaciones de sus infelices padres, de las que fuimos testigos presenciales en aquellos tristes dias, que nunca se olvidan por las familias, porque siempre estas escenas dejan rastros de dolor y perjuicios que jamás pueden borrarse.

»Si todas las autoridades cumplieran con su mision como usted lo hizo en la época en que tuvo el mando de esta hermosa provincia, secundado por la autoridad judicial que entónces habia en este partido, de seguro que los crímenes desaparecerian, los hombres honrados podrian libremente transitar, y la paz y el sosiego reemplazarian á la alarma y disgusto; pues de no poder salir al campo ni á la calle en estas comarcas, ántes de gobernar usted la provincia, á llevar, desde que usted estuvo, muchos años de tranquilidad, todo gracias á lo que usted hizo, ya vé lo que este país le debe; pero ya que no reciba otra recompensa en este país desdichado, reciba, por lo ménos, el testimonio de nuestra alabanza y agradecimiento eterno, y tenemos muchísimo gusto en que así lo publique en su libro.

»Reciba la felicitacion más cumplida por la publicacion de una obra, que tanto puede ilustrar á los que con detencion se dediquen á su estudio; y no pudiendo hacer otra cosa, en compensacion de los beneficios de esta tranquilidad, que sólo á los esfuerzos de usted debemos todavía, reciba las más sinceras gracias, y cuente siempre con la amistad, estimacion y respeto de sus más afectísimos seguros servidores Q. B. S. M.—*José Orellana.—Bartolomé Jimenez.*»

APÉNDICE 2.º

Un deber de gratitud y el deseo de complacer á mi amigo el Sr. Altamirano, me obligan á publicar la carta que á continuacion se inserta, en contestacion á la que yo le dirigí con el original de las NARRACIONES de los secuestros, en cuyos procesos hubo de tomar parte muy activa, por razon de su cargo de juez, á fin de que se sirviese manifestarme si mi relato se ajustaba en un todo á la exactitud de los hechos.

Mi buen amigo el Sr. Altamirano y Gamez, no contento con repetir y confirmar la fidelidad escrupulosa de mis NARRACIONES, extiende y amplía la benevolencia de su juicio á toda la obra con un entusiasmo que nunca le agradeceré bastante, por más que yo crea que en este juicio, éntre por mucho el apasionado y sincero afecto qne me profesa.

Hay, sin embargo, puntos de que se ocupa el señor Altamirano en su carta, que me producen una emocion profunda y un pesar verdadero, como lo son todos aquellos pasajes en que se refiere á la in-

gratitud, abandono, persecuciones y desventuras de que suelen ser víctimas los funcionarios que con mayor celo, inteligencia, valentía y abnegacion obedecen y secundan los preceptos y aspiraciones de las autoridades superiores.

En efecto, los delegados del Gobierno, que asumen sobre sí el empeño y encargo de llevar á cima ciertas difíciles empresas, tan árduas como beneficiosas á la sociedad entera, se ven obligados por la índole misma de su especial mision, á exigir de los subalternos actividad y servicios, que exceden con mucho á los ordinarios deberes de sus respectivas funciones, de cuyos servicios extraordinarios y no remunerados, sólo resultan para ellos gastos ineludibles, aversiones inmerecidas, ódios implacables, persecuciones injustas, y más tarde, las asechanzas y rencores de los particulares ofendidos, el abandono y la indiferencia de los que obtuvieron los beneficios de sus desvelos, y el olvido y el desprecio de los gobiernos.

Este es un hecho administrativo y gubernamental de incalculable trascendencia para la moralidad pública y privada, en que deben fijar los gobiernos muy particularmente su atencion, si quieren prevenir de algun modo el egoismo y corrupcion creciente de los funcionarios, que en presencia de tan repetidos ejemplos de esta injustificada ingratitud de gobiernos y particulares beneficiados, casi tienen disculpa, por lo ménos relativamente, en proceder como de ordinario lo hacen.

Sucede además que el hombre que representa la autoridad superior de una provincia, por ejemplo, que en determinadas y críticas circunstancias, exige y reclama de los subordinados servicios peligrosos y especiales, se ve obedecido y secundado, no por el concepto abstracto de su investidura, sino en virtud de sus dotes de carácter y de su prestigio exclusivamente personal; de suerte, que por estas razones se establecen vínculos tambien única y exclusivamente personales entre el jefe y los subalternos, quienes de seguro no harian con otro, lo que hacen por aquél.

Resulta de aquí necesariamente que la autoridad superior que compromete de una manera extraordinaria á los funcionarios y reconoce además sus cualidades y mérito descollantes, no puede ménos de experimentar honda pena y cruel angustia al ver que aquellos servidores tan leales y tan útiles al Estado y á la patria, son luégo víctimas indefensas de todo linaje de malas pasiones, á la vez que de la desestimacion, hasta injuriosa, de los gobiernos.

En tales circunstancias, no puede ni debe extrañarse, que aquellos desventurados y apreciables funcionarios, recurran en todas sus cuitas y contratiempos á los que, en virtud del cargo que ejercieron y de su influjo y dotes personales, lograron impulsarlos á que notablemente se distinguieran por sus relevantes servicios, que en lugar de conducirlos al merecido premio y á la general consi-

deracion, sólo consiguen llevarlos al más absoluto desamparo, cuando no á violentas agresiónes y á la pérdida de su bienestar é intereses, como les ha sucedido á los Sres. Altamirano, Luque y otros.

Triste es para ellos, no ménos que para mí, el que no cuenten con el apoyo constante y eficaz de la sociedad agradecida á sus servicios; pero debo recordar á los que tan decididamente me ayudaron en la patriótica empresa de perseguir y extirpar el bandolerismo, que no deben extrañar, por más que deban deplorarlo, este doloroso y lamentable fenómeno, supuesto qne en nuestro país la iniciativa social es poco ménos que nula, y esta lamentable inercia hace que la sociedad, á cada cambio de situacion y de gobierno, parezca que tambien cambia de sentido, cuando en realidad lo que sucede es que se deja arrastrar en diversas y contradictorias direcciones por los gobiernos como una masa inerte, merced al marasmo y atonía moral en que, para desdicha de todos, yace.

Por lo demás, reitero al Sr. Altamirano las más expresivas gracias por el alto y exagerado concepto que tiene de mis facultades y aptitudes personales, y únicamente siento que no esté en mi mano la posibilidad de atender, como se merecen, á los que se encuentran en el caso del inolvidable Luque; pero tambien éstos deben tener en cuenta que nunca un individuo puede suplir las deficiencias de la sociedad y de los gobiernos.

Hé aquí ahora la carta del Sr. Altamirano:

» *Excmo. Sr. D. Julian de Zugasti y Saenz.*

» Martos 1.º de Marzo de 1879.

» Mi querido amigo: He leido con extraordinaria complacencia el verídico relato que hace de los secuestros del niño Jimenez y de su tio don José Orellana, en cuyo esclarecimiento y juicio hube de tomar parte directa, supuesto que ambos desagradables sucesos ocurrieron en la jurisdiccion del juzgado de Rute que desempeñé durante la época inolvidable, en que usted fué Gobernador de la provincia de Córdoba.

» Ante todo, debo felicitarle por su trabajo, manifestándole que me parece imposible ser más exacto, en el fondo y en los detalles de los dichos secuestros, y unir al mismo tiempo el irresistible atractivo y el vivo interés que usted ha sabido acumular en su bien concertada narracion, á la vez tan fidedigna, como dramática.

» Tambien aprovecho con gusto esta ocasion para manifestarle mi eterno agradecimiento por la honorífica mencion que, en diversos pasajes de su interesantísima obra, se sirve hacer de mi nombre y persona, así como igualmente de mi actividad incansable para secundar sus patrióticas, desinteresadas y honrosas miras; actividad acaso no inútil, pero que además de ser impuesta por mis sagrados deberes, reconozco y confieso ingénuamente que de

seguro no habria podido ser tan eficaz y fecunda, sin el concurso de su atinada direccion, de su infatigable diligencia y de sus frecuentes y afortunadas inspiraciones.

»No ménos gratitud me ha inspirado su deferencia por haberme remitido el original de las mencionadas NARRACIONES ántes de publicarlas, á fin de que yo las examináse para ver si están en un todo conformes y ajustadas á los datos y antecedentes que resultan de las causas-procesos respectivos, y de otras noticias confidenciales, que tuve ocasion de adquirir durante la difícil averiguacion de aquellos hechos.

»En este sentido, debo asegurar que no tengo que hacerle la más mínima rectificacion, pues que su relato es tan verídico y completo, que nada omite de todo lo que se sabe y puede y debe decirse, por cuya razon de nuevo le felicito bajo el doble punto de vista moral y literario, supuesto que su plausible empeño de ajustarse á la estricta verdad de los hechos, lo cual hace honor á la íntegra honradez de su carácter; es tambien una condicion muy esencial para que sus NARRACIONES, verdaderas fotografías de la sociedad contemporánea, despierten en el lector, como á mí me ha sucedido, el más profundo interés, y encierren para todos las más provechosas enseñanzas, que necesariamente surgen del conocimiento exacto de la realidad de la vida.

»Es verdad que entre aquellas omisiones, no sólo

deben contarse las que se pueden justificar por la prudente consideracion á determinadas personas; pero tambien es incontestable que su natural modestia le impele á omitir el relato de muchos hechos, circunstancias y operaciones verificadas por usted mismo, y de las cuales resultaria para el público el cabal conocimiento de las dotes de accion y de carácter que le distinguen, así como tambien para su personalidad propia, resultaria igualmente fundado motivo para merecidas alabanzas y bien alcanzada gloria.

»Pero no crea usted, querido amigo, que mi juicio, entusiasta con muy fundado motivo, respecto á sus importantísimas tareas, se refiere y limita exclusivamente á las NARRACIONES, cuyo texto se ha servido enviarme y cuya lectura produce la emocion más viva y enérgica, que tal vez no suelen conseguir los grandes novelistas con sus combinaciones fantásticas, miéntras que usted obtiene el mismo resultado por las medios más sencillos y sin apartarse un ápice de la realidad social, que por todas partes nos rodea, sin tomarse más trabajo que el de relatar con escrupulosa exactitud hechos históricos, notorios é incontestables, bien que narrados con esa singular soltura y mágia de estilo y lenguaje, que le es propia y bajo la cual sabe presentar al público con una significacion y sentido inesperados, aquellos mismos hechos que pasarian poco ménos que inadvertidos á los ojos de la generalidad, por más que las inteligencias superiores,

lo mismo que los que han sido víctimas de tan crueles violencias, los unos por su ilustracion y cultura, y los otros por su sentimiento y perjuicios, hagan cumplida justicia á la importancia social de su trabajo y á la tendencia y elevacion moral de su talento.

»Mi juicio, pues, se extiende á todas las partes de su interesante y trascendental obra, que vengo leyendo con afan, ó por mejor decir, estudiando con gozoso anhelo, como la produccion más sintética y comprensiva de todas las cuestiones y problemas sociales, políticos, económicos, morales y discretamente reformistas, que deben preocupar á los contemporáneos, si quieren, como individuos y gobiernos, salir para siempre de la corrupcion moral que perturba y rebaja á nuestra sociedad.

»En este concepto, debo manifestarle, no sólo que su obra me llena de entusiasmo y admiracion, sino que tambien éste es el juicio que inspira á todas las personas cultas que han hablado conmigo de su libro, tan lleno de verdades, enseñanzas y ejemplos prácticos y aplicables á la conducta de la vida, y en el que además compiten la profundidad y belleza de los conceptos, con la recreativa y saludable amenidad de las formas.

»No se me oculta, sin embargo, que este juicio, tan exacto como lisonjero, de algunos pocos espíritus superiores, por más que siempre sea más apetecible saber con pocos que ignorar con muchos, no puede ni debe ser la merecida recompensa de sus

utilísimas y patrióticas tareas. Bien se me alcanza que, atendido el estado general de nuestra cultura, tal vez hoy nuestro público no se encuentre en disposicion de formar cumplido concepto de la trascendencia y oportunidad de su importante obra; mas no por esto deja de contristarme la consideracion de que un hombre, dotado como usted de las facultades y condiciones más relevantes, para ser útil á su patria y sus conciudadanos, viva tan largos años retraido de la accion práctica, que tanto distingue su carácter y que tan fecunda pudiera ser para el país, en cualquiera sazon y en todo tiempo.

»Los que le conocen íntimamente, como yo, no podemos, sin embargo, decir con justicia que usted no haya encontrado medio de ser útil, ocupándose en escribir la obra de El Bandolerismo, en la cual se revela su actividad de pensamiento con las mismas y análogas cualidades, que distinguen su actividad de carácter en la gestion práctica de los negocios públicos, y con este motivo me complazco en consignar que el mismo espíritu, hálito y resolucion que se nota en la índole de su pensamiento, se advierte igualmente en las dotes de su carácter y accion práctica, cuyo impulso es tan eficaz y poderoso en la esfera del mando, que consigue infundir aliento, confianza y conciencia de sí, áun á las personas más modestas; pero que bajo su direccion reciben energía desconocida, en virtud de la que obtienen éxitos tan lisonjeros como inesperados.

»Desgraciadamente, ni la inteligencia soberana

para escribir, ni el carácter íntegro y enérgico para obrar, suelen merecer en nuestra desventurada patria las debidas recompensas, ántes bien, las más descollantes cualidades en uno y otro sentido, por una fatalidad inconcebible, atraen sobre sí persecuciones, ingratitudes, calumnias, envidias, enemistades y ódios, ó cuando ménos, la más completa indiferencia de nuestros conciudadanos, que á manos llenas recibieron los inapreciables beneficios de que les fuesen garantizados, en épocas por extremo calamitosas, sus intereses, sus haciendas y hasta sus vidas.

»Nadie mejor que yo puede apreciar la injusticia con que usted ha sido tratado, supuesto que la causa de mi ruina y los frecuentes riesgos que ha corrido mi vida y la de mis hijos han dimanado, como usted mismo bien lo sabe, de mi adhesion á su persona y de los servicios que en la esfera de mis fuerzas y de mi cargo, pude prestar á la sociedad en la persecucion y castigo del bandolerismo, pues que sólo he recibido en premio de mi conducta persecuciones, ingratitudes, perjuicios y desengaños.

»Pero, al fin y al cabo, yo he encontrado siempre en usted amparo y proteccion y, sobre todo, el gozo indecible de ver que ha tomado como suyas mis propias desventuras; pero usted, ¿á quién ha podido recurrir ni apelar? Su propio decoro le ha impedido recurrir á los gobiernos, no ya en favor de su misma persona, sino para que siquiera prestasen la proteccion indispensable y merecida á su

obra, que por su índole, trascendencia, extension é importancia social, necesita el apoyo del Gobierno para hacer ménos penosos y abrumadores los prolongados desvelos y cuantiosas expensas de un solo individuo.

»Tal vez me responda usted que ha recurrido y apelado al público; pero ¿acaso compran la obra ni áun aquellos mismos hacendados que tan directamente recibieron el beneficio de sus fatigas, peligros y desvelos en favor de sus intereses? Bien sabe usted, amigo mio, que si el público español ha dispensado favorable acogida á su obra, no ha sido ciertamente aquella clase de público que, por un deber de gratitud estaba obligada á sostenerle y apoyarle, demostrando de este modo, por lo ménos, su agradecimiento, su justicia y su entusiasmo.

»Léjos de mí la idea de atribuir este marasmo de la colectividad, ni á malevolencia del público, ni á desconocimiento de los servicios por usted prestados; pero es lo cierto, que un enojoso concurso de circunstancias, entre las cuales deben contarse en primer término, la falta de cultura y el indiferentismo general de nuestro país, impide que éste conceda á los hombres el rango respectivo en su veneracion y aprecio.

»De todas maneras resulta, querido amigo, con intencion ó sin ella, una injusticia horrorosa y capaz de infundir desánimo y desaliento en los caractéres más bien templados, pues que si otros y

yo hemos podido encontrar apoyo y proteccion en su persona, es lo cierto que usted no lo ha encontrado en nadie.

»Nunca, sin embargo, será bastante la injusticia de los hombres para que ni usted ni yo desfallezcamos en seguir briosamente, suceda lo que sucediere, las rectas inspiraciones de nuestra honrada conciencia; pero si despues de trascurridos nueve años en que arriesgué mi porvenir y hasta mi existencia por cumplir valientemente mis deberes en un juzgado de entrada, y hoy, despues de prolongadas persecuciones y cesantías, desempeño este juzgado de ascenso, ni me quejo ni me extraña; mas no por eso dejo de recordar con indecible amargura las penas, contrariedades y disgustos que usted sufre, al considerar la triste suerte de muchos que, en la medida de sus fuerzas, prestaron tambien eminentes servicios en la persecucion del bandolerismo, entre los cuales jamás olvida usted al esforzado jefe de la Partida de Seguridad, don Mariano de Luque, de quien tantas veces me ha hablado, quejándose de no haber podido obtener que el Gobierno haga en su obsequio lo que tanto merece, y el cual por todo premio solamente consiguió un destino, harto inferior á su categoría, en Filipinas, adonde tuvo que refugiarse por no poder vivir tranquilamente en Andalucía, á causa de las venganzas de los criminales, y en donde lleva ya tres años de cesantía, sin tener medios de subsistencia, ni mucho ménos recursos para regresar

á la Península, donde su infeliz esposa é hijos están careciendo de todo, y por añadidura sufren el cruel tormento de hallarse indefinidamente separados de su amado esposo y padre.

»Mas ya que usted, querido amigo, se ocupa en la forma que le es posible, de todos nosotros, es decir, de todos aquellos que en diferentes posiciones y cargos le ayudaron de buena voluntad y con todas sus fuerzas en el difícil y patriótico empeño de su tenaz é incansable persecucion contra el bandolerismo, y supuesto que tampoco nadie se ocupa, ni puede ocuparse de revelar al público los innumerables y arriesgados actos de su reservada y perseverante gestion en aquella empresa, porque ni usted mismo lo hace por ciertas consideraciones, séame permitido dar este público testimonio, no ya sólo de la exactitud de sus NARRACIONES, que es lo que usted me pide, sino tambien de la incalculable importancia social de sus relevantes servicios y de que además omite ó calla infinitas cosas, que, desde luégo, redundarian muy en favor y honra de su carácter y de su buen nombre.

»Por lo demás, comprendo perfectamente que su modestia por una parte, y la prudencia por otra, le obliguen á tan sensibles omisiones, deseoso de no verse molestado, como ya lo ha sido, por nuevas demandas de injuria, bien que no de calumnia, que añadan á los inmensos sacrificios que hace al escribir y publicar una obra tan extensa é inte-

resante, los disgustos y sinsabores de largos y enojosos procesos.

»Concluyo, pues, rogándole con el mayor encarecimiento, que se sirva publicar en su obra y en los periódicos, ó donde mejor le plazca, estas mal perjeñadas líneas, las cuales, sin embargo, encierran la sincera y leal expresion de mi afecto y del juicio que me inspiran su persona, sus aptitudes, sus actos y sus apreciables y útiles tareas.

»Queda siempre suyo amigo cariñoso y afectísimo S. S. Q. S. M. B.—*Adeodato Altamirano y Gamez.*»

FIN DE LA NARRACION SEGUNDA.

NARRACION III.

SECUESTRO

DE LOS SEÑORES

D. JUAN BONELL Y SU SOBRINO D. JUAN ANTONIO,

SÚBDITOS INGLESES.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA EMBOSCADA.

En la tarde del dia 21 de Mayo de 1870, salieron de la plaza de Gibraltar los señores don Juan Bonell y su sobrino don Juan Antonio, del mismo apellido, para dar un paseo á caballo, segun su costumbre, por el camino de la Tunara y en direccion al cortijo de Savá, á cuya entrada conduce un estrecho paso.

Cuando ya se hallaban en la referida angostura, salieron súbitamente á su encuentro dos hombres, uno á caballo y otro á pié, los cuales habian estado ocultos en un rincon del pozo, que se halla situado frente á la puerta principal del referido cortijo.

El de á pié, apuntándoles con su retaco, les intimó á que entrasen en la heredad mencionada, y por más que su primer intento fuera espolear sus caballos, los jinetes renunciaron á su propósito, cuando al volver el rostro, advirtieron que el de á caballo les apuntaba tambien por la espalda.

En tales circunstancias, los señores Bonell no tu-

vieron medio de resistir á tan inesperada situacion, y por lo tanto, cediendo á ella, entraron en el cortijo, en cuyo patio vieron otro hombre armado y á caballo, que parecia ser el jefe de aquella gente, á juzgar por las órdenes que con voz imperiosa daba á sus compañeros.

Los señores Bonell, con la sorpresa é inquietud que fácilmente se comprende, permanecieron algunos momentos en el patio, hasta que el jefe les mandó que se apeasen, lo cual verificaron sin proferir una palabra.

En seguida aquellos hombres condujeron los caballos á la cuadra, miéntras que otros, tambien armados, cerraban todas las puertas, llevándose á la carbonera, en donde los dejaron encerrados, al mozo del cortijo y á la casera, esposa de Alonso Saravia, llamado por mote *el Fajao*.

Adoptadas estas precauciones, el jefe de aquellas gentes manifestó á los detenidos que él y los suyos, eran contrabandistas que acababan de sufrir grandes pérdidas, y que estaban resueltos á repararlas de cualquier modo y á toda costa.

Los señores Bonell se limitaron á decir que no llevaban cantidad alguna, y entónces el jefe mandó que les recogiesen los relojes y las cadenas, que él guardó en los bolsillos de su chaleco.

Despues encendió un cigarro y se puso á fumar con grandísima pachorra, si bien con aire pensativo.

Al fin, el jefe rompió el silencio, diciendo:

—Es necesario que me entreguen ustedes cinco mil duros, si quieren verse libres.

—Si nos dejan volver á Gibraltar, por la mañana traeremos esa suma, repuso Bonell mayor.

Al oir tal respuesta, el jefe de los contrabandistas, que excusado parece decir, eran tambien bandidos, guardó silencio, como reflexionando si habia de acceder ó no, á la propuesta de los prisioneros.

Despues de algunos minutos, viendo el señor Bonell que el jefe tardaba demasiado en adoptar una resolucion, atrevióse á decirle:

—Yo suplico que determine pronto, porque nosotros no queremos quedarnos fuera de la Plaza.

En este instante penetró en el patio un hombre, llevando de rehata una mula, que condujeron los bandidos á la caballeriza, miéntras que el recien llegado altercaba con ellos, los cuales, mandándole callar, lo encerraron tambien en la carbonera.

Entre tanto, el tio y el sobrino lamentaban en su interior la tardanza del jefe en resolver acerca de su proposicion, respecto á que los dejasen ir á Gibraltar, dilacion que podia impedirles su deseo por aquella noche, supuesto que á cierta hora, ya no les sería posible penetrar en la Plaza, es decir, en Gibraltar.

Cuando así se hallaban inquietos é impacientes, vieron sacar al patio la jaca del Sr. Bonell mayor, á la cual le pusieron una jáquima con ramal largo, además de hallarse enjaezada con su montura inglesa.

El jefe mandó tambien que aparejasen la mula que habia entrado últimamente y que la sacasen al patio, hecho lo cual, montaron en ella á Bonell menor, atándole las piernas de tobillo á tobillo, por debajo de la cincha y de modo, que le era imposible al jinete libertarse de aquellas ligaduras.

No bien habian colocado al sobrino sobre la mula, en los términos referidos, cuando llamaron á la puerta, que abrió uno de los bandoleros, y entónces presentóse una niña, á la cual inmediatamente encerraron en la consabida carbonera.

Despues de este ligero incidente, el jefe de los bandidos, encarándose con don Juan Bonell, le dijo:

— Usted puede ir á Gibraltar por los dineros; pero éste jóven se queda con nosotros en prenda, hasta que vuelva.

— Yo no voy solo, respondió el tio.

— Ni yo me quedo, añadió el sobrino.

El jefe lanzó alternativamente una mirada indescribible á cada uno de los prisioneros, hasta que por último, sus facciones, en las que al principio veíanse pintadas la sorpresa y la ira, acabaron por dilatarse, prorumpiendo al fin en una estrepitosa carcajada.

— ¡ Vaya una gracia ! exclamó. ¿Con que os quereis ir los dos ?

— Está dicho, respondieron á la par los ingleses.

— ¡ Eso es ! ¿Y quién me responde á mí de que vuestra ida no sea la del *jumo?*

— Nosotros damos nuestra palabra.

—Yo no quiero que me deis palabras, sino cinco mil duros.

—Nuestra palabra los vale.

El jefe, chupando su cigarro con un aire picaresco, imposible de pintar, quedóse mirando fijamente de piés á cabeza á los extranjeros, hasta que al fin exclamó:

—¡No me fio!

—Si nos dejan á los dos, mañana estaremos aquí con la cantidad pedida.

Ya en esto, se habian reunido en torno del jefe y de los secuestrados algunos bandoleros que, formando corro, no perdian ni una palabra del diálogo precedente.

El jefe, pues, dirigiéndose á sus compañeros, les preguntó:

—¿Qué os parece lo que dicen?

—Nos parece muy mal lo que dicen, y nos parece muy bien que no te fies, respondió el más viejo de los secuestradores.

—¡Ya lo veis! exclamó el jefe, volviéndose hácia los secuestrados. No es posible que os vayais los dos, ni cabe en ninguna cabeza humana más que en las vuestras, la descabellada proposicion que me habeis hecho.

—Nosotros respondemos de la exactitud en el cumplimiento de nuestra promesa, insistieron los ingleses con imperturbable calma.

—Despues que os dejemos ir, que os echen galgos, dijo el jefe con picaresca sonrisa.

Luégo, cambiando súbitamente de tono y de semblante, y esforzándose por dominar su enojo, continuó:

—Pero es menester que tengais la cabeza redonda, como efectivamente la teneis, para que podais imaginar siquiera, que despues de haberos echado el guante, os soltemos á los dos, sin más prenda que vuestra palabra de volver. ¿No conoceis que esto es imposible!

—No es imposible, si ustedes quieren, repuso don Juan Bonell.

—¡Mire usted que Dios! ¡Vaya una salida!

—Yo repito que la cosa es posible, y mucho.

—Pero es imposible que nosotros queramos hacer esa brutalidad, y luégo nos quedemos al Santo Cristo del Miron. ¡Qué hombres tan raros se crian por esas tierras!

—Yo conozco muy bien su intencion, dijo don Juan Bonell.

—¿Qué intencion? preguntó el jefe.

—Quieren separarme de mi sobrino para asesinarlo.

—¡Habrán visto un disparate más grande! ¿Qué interés tenemos nosotros en asesinarlo, si usted nos trae los monises! Está visto. ¡Dios no entiende á esta casta de hombres!

—Sí, señores; mi tio ha dicho la verdad; pero ni él se apartará de mí, ni yo de él. ¡Moriremos juntos los dos!

—¡Pues ya escampa y llovian guijarros! excla-

mó amostazado el jefe. ¿Y para qué necesitamos vuestra carne muerta? ¡Malditos de cocer! ¿No entendeis que lo que á todo trance queremos es mucho dinero? Pues más cara os ha de costar la fiesta de lo que pensais, nada más que por ser testarudos y no haberos conformado con mi propuesta, que es la más natural y sencilla; pero ustedes no saben entender las cosas como Dios manda.

—Eso es muy cierto, que somos testarudos y no cedemos, replicó el tio.

—No, añadió el sobrino con voz resuelta, no cederemos en nuestro intento de no separarnos y de morir juntos. ¡No cederemos!

—¿No cedereis? Pues á bonita parte habeis ido á poner la era. ¡Ya veremos quiénes son más testarudos!

Y el jefe, bramando de ira, mandó que inmediatamente subiesen á don Juan Bonell en su jaca, y que todos se pusiesen en marcha.

Pocos momentos despues, y como á las ocho y media de la noche, partia del cortijo de Savá una cabalgata compuesta de siete hombres en sus respectivas cabalgaduras y marchando en la forma siguiente:

El jefe y otro bandido, armados con trabuco y escopeta, iban delante; el que seguia inmediatamente, llevaba el ramal de la jaca de don Juan Bonell, otro el de la mula en que habian montado al sobrino; y el último cerraba la marcha,

ojo avizor y listo para acudir donde más conviniese.

En tal formacion, por decirlo así, llegaron al cortijo denominado del Portichuelo, en donde obligaron á un hombre, á pesar de su obstinada resistencia, á que les sirviese de guía.

CAPÍTULO II.

LA FORMALIDAD INGLESA.

Los secuestradores y los secuestrados continuaron en su marcha, atravesando el camino empedrado de Málaga que conduce á San Roque, y prosiguiendo en direccion al bosque de la Almoraisma, pasaron á la izquierda del convento del mismo nombre, y á la vista de la pequeña poblacion de Castellar de la Frontera.

La noche estaba muy oscura y el camino era muy escabroso; de suerte, que el sobrino padecia un martirio insoportable, á consecuencia de los bruscos movimientos producidos por los accidentes del terreno, y que aumentaban de un modo indecible el dolor causado por sus incómodas y apretadas ligaduras.

En vano el infeliz cautivo se quejó durante largo rato; pero al fin, habiendo llegado cerca de una cañada, lo desataron, bajándolo de la mula y permitiéndole algunos minutos de indispensable descanso.

En seguida volvieron á subirlo en su cabalga-

dura, pero sin atarle, y comenzaron á bajar por unas veredas muy estrechas y fragosas, por las cuales apénas podian caminar los caballos.

Dos veces cayó de su jaca Bonell mayor, si bien no se hizo grave daño.

Luégo penetraron en un bosque, y al amanecer bajaron otra cañada, tambien de muy peligroso descenso, durante el cual les vendaron los ojos con pañuelos á los dos secuestrados, hasta que llegaron á otro bosque muy espeso y sombrío.

Allí les quitaron los pañuelos, permitiéndoles que se bajasen, y anunciándoles que en tan apacible sitio podian descansar ó dormir algunas horas.

Era el domingo 22 de Mayo: las frescas brisas de la mañana mecian las copas de los árboles, por entre cuyas frondosas ramas apénas lograban penetrar los rayos del sol de Andalucía; innumerable multitud de aves canoras entonaban su melodioso y matinal concierto; y el balsámico ambiente de flores y plantas aromáticas reanimaba los espíritus vitales de los secuestrados, quienes con doliente mirada contemplaban ahora aquel delicioso espectáculo, que la víspera les habria enajenado de admiracion y de contento.

Miéntras que los infelices cautivos se hallaban absortos en sus tristes reflexiones, el jefe de los bandidos, aproximándose á ellos, les dijo:

—Vamos á cuentas; en el cortijo de Savá os pedí cinco mil duros, por no asustaros; pero aquí, des-

pues de tener presentes otras consideraciones y la situacion en que mis compañeros y yo nos encontramos, debo manifestaros que no conseguireis vuestro rescate, sino á condicion de que nos entregueis treinta mil duros.

Los ingleses, al oir semejantes palabras, hicieron un ademán, que harto bien claramente revelaba la ingrata impresion que tal razonamiento les habia producido.

Entre tanto el jefe de los bandidos se habia rodeado de todos sus compañeros, sin duda porque así de antemano lo habia concertado con ellos, á fin de que presenciasen aquella importante conferencia.

—Nosotros no tenemos tanto dinero, dijo al fin don Juan Bonell.

—Pues no hay más remedio que vender hasta el copon y reunir la cantidad pedida, si quieren ustedes verse libres, respondió el jefe.

—¡No es posible! replicó Bonell mayor.

—Treinta mil duros, y negocio concluido.

—Si los tuviéramos, no habria más que hablar; pero no los tenemos.

El jefe se encogió de hombros, con una expresion que parecia decir:

—Pues si no los teneis, buscadlos.

Y así diciendo, el jefe y los bandidos se alejaron con inequívocas muestras de disgusto.

Pocos momentos despues, presentóse el más anciano de la cuadrilla, ofreciéndoles para comer

cuatro huevos hervidos que, por lo calientes, indicaban que se habian cocido en lugar no muy distante.

El sobrino tomó uno y entregó otro á su tio, diciéndole:

—Esta gente trata de quitarnos la vida, y en tal caso es preferible morir bien comido, que no en ayunas.

Aquella observacion hizo sonreir al tio, que se dispuso á comer en seguida, así como tambien produjo singular y extraordinario efecto en los secuestradores, los cuales conocieron al punto el poco efecto que habian causado sus amenazas en el ánimo de los ingleses.

Despues de haber tomado aquel refrigerio, el tio y el sobrino parecieron conferenciar en su lengua durante largo rato, hasta que al fin concluyeron por hacer una seña al anciano contrabandista que les habia servido el frugal almuerzo, y que inmediatamente se acercó, preguntando:

—¿Qué se ofrece?

—Deseo, dijo don Juan Bonell, que llameis al capitan.

—Acaba de acostarse ahora mismo, y se enojará mucho de que lo llamen.

—Segun eso, ¿estaremos aquí mucho tiempo?

—Bien puedo asegurar á ustedes que, por lo ménos, estaremos aquí hasta la tarde.

—¡Ah! Pues entónces dormiremos nosotros tambien un rato.

—Ya se lo anunciamos á ustedes al llegar aquí.

El tio y el sobrino, siempre vigilados por dos bandidos, se acostaron sobre unas mantas al pié y á la sombra de unas corpulentas encinas.

Muy pronto el cansancio difundió por sus miembros en aquel lugar apacible un sueño reparador, despues de las diversas é ingratas emociones que habian experimentado.

El sueño, imágen de la muerte, es tambien el restaurador más enérgico de las fuerzas de la vida.

Pasadas algunas horas, los ingleses despertaron más tranquilos, entablándose entre ámbos una conversacion muy formal y para ellos por demás interesante.

El resultado de aquella conferencia entre tio y sobrino, fué llamar de nuevo al anciano bandido, que se hallaba cerca, supuesto que era uno de los dos vigilantes que constantemente seguian á los secuestrados.

—¿Qué se les ocurre? preguntó el bandido.

—Supongo que ya podremos hablar al capitan, dijo don Juan Bonell.

—Sí, señor, porque ya está despierto.

—Pues bien; dígale que tenemos que comunicarle nuestra última resolucion, que es de grande importancia.

El bandido llevó inmediatamente á su jefe aquel recado.

Los cuatro malhechores habian establecido su turno para dormir y velar, dejando al jefe que des-

cansase sin interrupcion hasta la hora de la partida.

Cuando el jefe de los bandidos recibió el recado de los ingleses, imaginóse desde luégo que se trataba de la importante cuestion de los treinta mil duros exigidos, suponiendo naturalmente que le propondrian alguna rebaja, á la vez que los medios más prontos y eficaces para su giro y entrega.

En este concepto, el jefe, seguido de sus compañeros, presentóse á los secuestrados, preguntándoles:

—¿Qué tienen ustedes que decirme?

—Una cosa para nosotros en demasía importante, respondió don Juan Bonell.

—Yo tambien, añadió el sobrino, tengo vivos deseos de que acepten ustedes la proposicion en seguida.

—Y bien, ¿cuál es vuestra propuesta?

—En vista de que nos habeis exigido treinta mil duros por nuestro rescate, atendiendo á que nos es de todo punto imposible allegar tan crecida suma, y considerando que, de no verificarlo así, habeis resuelto quitarnos la vida...

—¡Y que no ha de poder salvaros ni el Niño de la Bola! interrumpió el jefe, con objeto sin duda de amedrentar á los secuestrados y sacar mejor partido.

—Nosotros, replicó don Juan Bonell, no queremos que nadie nos salve.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Cómo es eso? preguntó el jefe, mirando de reojo á los ingleses.

—La cosa es muy sencilla; nosotros somos per-

sonas sérias y formales, y hemos adoptado nuestra resolucion, tan luégo como nos ha manifestado usted la suya.

—¡Resolucion irrevocable! añadió el sobrino.

—¡Con mil de á caballo! ¿Qué habeis resuelto?

—Que lo más conveniente y acertado para evitaros molestias y disgustos, es que cuanto ántes, á la mayor brevedad posible, aquí mismo, nos deis una muerte, que sea buena.

—Sí, sí, añadió el sobrino con ademán suplicante; este sitio es muy á propósito y nos agrada mucho para el caso. Morir pronto es quitarse de padecer. ¡Hagan ustedes el favor de matarnos bien aquí, sin mucho padecer.

Al oir semejante demanda, no es posible pintar la múltiple expresion de contradictorios afectos que se reveló en el semblante del jefe y de los demás bandidos.

La sorpresa, la cólera, el despecho, la simpatía, y por último, la más franca jovialidad y alegre risa fueron sucesivamente reflejándose en aquellos rostros, al principio tan fieros é iracundos, y despues tan joviales y risueños.

La formalidad inglesa fué simpática á los bandidos por el altivo desprecio de la vida, á la vez que excitaba su hilaridad por el tono firme y resuelto, con que los secuestrados les pedian el favor de que los matasen bien apriesa.

Al fin, el jefe, despues de algunos momentos de reflexion, dijo:

—Es menester que tengan ustedes más cachaza, señores extranjeros, pues no se debe matar así á la gente.

—No tenemos los treinta mil duros, respondieron á una vez los secuestrados.

—Ya los buscareis y los tendreis.

—Nos es imposible reunirlos.

—¡Pues no tienen pocas fatigas por reventar estos ingleses! exclamó uno de los bandidos.

—¡Qué atroces son, pero me hacen gracia! dijo el más jóven de la cuadrilla.

—¡Ea, muchachos! gritó el jefe: ¡aparejad las bestias y al avío!

Con indecible presteza fué obedecida esta órden, y pocos momentos despues presentáronse los bandidos con las cabalgaduras listas para subir en ellas á los prisioneros, lo cual verificaron en los mismos términos que el dia precedente.

En seguida los bandidos montaron tambien en sus caballos y se pusieron en marcha, tratando ya á los secuestrados con más atencion y miramiento.

La formalidad de los ingleses habia sido simpática para los bandidos, por la firme resolucion que demostraron, y sobre todo, por su altivo desprecio de la vida.

CAPÍTULO III.

Á MAL CAMINO BUENA CARA.

Las tres de la tarde serian, cuando secuestradores y secuestrados salieron del espeso bosque, marchando con gran presura, bajando cañadas y atravesando arroyos.

El jefe encargó á los presos que saludasen á los transeuntes con naturalidad y buen semblante.

Los ingleses al pronto parecieron algo sorprendidos de aquella extraña prevencion, pero muy luégo adivinaron la causa y el objeto.

Al poco rato, vieron venir hácia ellos un hombre que parecia ganadero, el cual saludó á todos, y éstos le contestaron, segun costumbre, distinguiéndose los ingleses por la sencilla y cordial expresion que dieron á su saludo, por cuyo motivo el jefe se les manifestó muy agradecido y contento.

De igual modo saludaron á otro caminante que encontraron más tarde, hasta que ya, venida la noche, al pasar una cañada, se detuvieron súbitamente, como si obedeciesen á una señal convenida en un sitio determinado de antemano.

Los ingleses no vieron á nadie; pero es lo cierto que allí bajaron al sobrino, haciéndole montar á las ancas del caballo de uno de los bandidos, y que desapareció la mula como por ensalmo.

En seguida llegaron á una dilatada llanura, pusieron al galope los caballos y muy pronto divisaron sobre su izquierda muchas luces, por lo cual los cautivos suponian con fundamento que se hallaban poco distantes de una poblacion.

Pocos minutos despues atravesaron un rio, y siguiendo siempre al galope, dejaron un buen número de casas y chozas á su derecha.

Ya cerca del amanecer, los malhechores vendaron los ojos á los secuestrados, que fueron conducidos á una casa, en cuyas inmediaciones se oian ladridos de perros y cencerras de ganado.

Una vez dentro del caserío, les hicieron subir y bajar varias escaleras, hasta que los instalaron en un aposento donde sólo podian conocerse por la voz miéntras no les quitaron las vendas, lo cual hicieron poco despues de su llegada.

Los ingleses vieron entónces que en el mismo aposento habia dispuestas dos camas, una en el suelo y otra en un catre, no dejando de advertir que las mantas de lana que cubrian ambos lechos, pertenecian por su marca al Gobierno inglés, circunstancia, en efecto, digna de notarse y de tenerse en cuenta.

El catre estaba destinado al sobrino, y la cama en el suelo, preparada para el tio.

Ambos guardaban el más profundo silencio, miéntras se acostaban, si bien no dejaban de cambiar algunas miradas de inteligencia, dándose á entender recíprocamente la inquietud y recelos, que la situacion les inspiraba.

En el aposento habia cuatro sillas, y las paredes estaban adornadas con diversas estampas, y entre ellas una crucifixion de Jesucristo en medio de los dos ladrones, y un San Miguel con el diablo á los piés, devotos asuntos que no dejaron de llamar la atencion de los prisioneros, á causa de los ladrones y el diablo, que en aquel momento parecian recordarles su triste aventura.

No bien se hubieron acostado, presentóse el más anciano de los bandidos y se llevó la luz, despues de haber preguntado á los prisioneros si se les ofrecia alguna cosa.

Los ingleses contestaron que nada necesitaban, y el bandido se alejó, cerrando la puerta con llave y dejándolos en la oscuridad más completa.

Trascurridos algunos momentos, se levantó el tio, y aproximándose, sin hacer el menor ruido, al lecho del sobrino, en voz muy baja, le dijo:

—Es preciso alternar. Miéntras tú duermes, yo velaré.

—Teneis mucha razon. Algun grave peligro nos amenaza; yo velaré miéntras que usted duerme.

—¿Tienes mucho sueño?

—No, señor; pues áun cuando estoy muy cansado, el exceso mismo del cansancio me impide dormir.

—A mí me sucede otro tanto; pero procura dormirte, que yo soy más viejo y tardo más en conciliar el sueño.

Cambiadas rápidamente estas palabras, el tio se tornó á su lecho.

En efecto, el señor Bonell mayor frisaba en los cincuenta años y era de buena estatura, cenceño, color blanco y cabellos rubios.

El sobrino era de menor estatura que su tio, pero tenía con éste gran semejanza en el color del rostro y de los cabellos, así como tambien en la disposicion del cuerpo, y á la sazón contaba treinta años.

Ambos eran naturales de Gibraltar, propietarios que se ocupaban casi exclusivamente en la administracion de sus fincas, observaban conducta intachable por sus buenas costumbres, vivian juntos, y gozaban de muy bueua reputacion entre las personas de su conocimiento.

Durante largo rato, los ingleses no pudieron oir más que las cencerras del ganado y el ladrido de los perros, pero despues llegó á su oido rumor de pasos y palabras en el corredor ó galería, y por último, sintieron abrir la puerta de una habitacion contigua á la que ellos ocupaban.

Muy pronto reconocieron los prisioneros la voz de los bandidos, que se habian instalado en aquel aposento.

Ya fuese que los secuestradores se imaginasen que los secuestrados estarian durmiendo, ya tuvie-

sen la intencion deliberada de ser oidos, ó ya que les importase bien poco que los prisioneros oyesen y entendiesen ó no su coloquio, es lo cierto que los bandidos conversaban sin precaucion alguna, con voz tonante y de modo, que los ingleses no podian ménos de oir todo lo que aquellos hablaban, á no taparse los oidos, de lo cual estaban éstos muy distantes.

Al contrario, incorporáronse inmediatamente sobre sus respectivos lechos, y aplicando el oido contra el tabique, pusiéronse á escuchar con tanto mayor cuidado, cuanto que muy luégo advirtieron que los bandidos se ocupaban de sus personas y de los medios más eficaces y ejecutivos para obtener el exigido rescate.

—¿Sabeis, decia el jefe, que ya me duele el alma de discurrir lo que haremos con estos malditos ingleses, para que suelten cuanto ántes la mosca. ¡Qué frescos y qué testarudos son!

—Verdaderamente que los tales *inglismanes* no se atolondran por nada, respondió el más jóven del corro.

—Pues si mi consejo valiera, ya veríais qué pronto se acababan esas arrogancias, terció con voz ronca uno de los bandidos, que era el más alto de todos ellos y se distinguia por la enormidad de sus cejas, extraordinariamente pobladas.

—¿Y qué harias tú, padre cura? preguntó don Antonio, que así llamaban ellos al jefe, el cual era un hombre como de cuarenta años, de regular es-

tatura, color claro, cabellos rubios y mirada de águila.

—Yo, repuso el interpelado, no andaria contemplando gaitas.

—¿Y quién anda aquí con esas contemplaciones? replicó vivamente el jefe. ¿Querias que los hubiésemos fusilado en el camino?

—Me parece que no habria sido ningun disparate, cuando creo que al fin y al cabo, será menester cortarles la cabeza.

—¿Y qué habríamos conseguido con eso? dijo el más anciano. A estas horas no tendríamos esperanzas de hacer todavía un buen negocio, pues á la postre se vendrán á buenas, porque la vida es amable.

—Pues ya viste que esta mañana ellos estaban muy conformes en entregar la pelleja ántes que el dinero, insistió el cejudo.

—¡Si tenian prisa por *merar los indinos!* exclamó el más jóven.

—Caballeros, dijo don Antonio; apénas hemos dado el golpe, no hacemos más que llegar aquí, no perdemos ni un minuto en tratar la cuestion, que ni siquiera debimos mentarla en el camino, y ya tenemos al padre cura que me quiere reconvenir, porque dice que estoy contemplando gaitas. ¿Qué contemplaciones se han tenido? ¿Qué tiempo se ha malgastado?

—Yo no he dicho que hasta ahora se haya perdido tiempo, sino que por mi parte, no andaria contemplando gaitas, como es posible que tú pienses

hacerlo, y si lo piensas, desde ahora te digo que harás muy mal, respondió el cejijunto.

—Si lo dices por lo que ocurrió esta mañana, replicó el jefe, vás muy fuera de camino, porque cuando ellos salieron con aquella pata de gallo de que cuanto ántes les quitásemos la vida, ¿qué habia yo de hacer más que lo que hice? No tuve más remedio que mandar ponernos en marcha al instante, aplazando el negocio para ocasion más oportuna.

—Pues á mí me puso de muy mal humor la salida de los ingleses; pero todavía me enojó más tu indulgencia.

—Mi resolucion fué la más prudente en aquel caso.

—No lo creo yo así, porque con tu conducta, quizás los has animado á que persistan en su negativa de gestionar su rescate; pues habiendo visto que esta mañana los salvó su decision, y convencidos de que nosotros queremos más bien su dinero que su vida, es muy posible que ahora respondan siempre lo mismo, confiados en que no nos atreveremos á cortarles la cabeza, ó meterles cuatro balas en el cuerpo.

—¿Y qué hubieras tú hecho? preguntó el más anciano.

—Yo les hubiera dado el gran susto del siglo, mandando vendarles los ojos, que se hincasen de rodillas y disparándoles una descarga por encima de las cabezas; descarga que tal vez no hubiera

sido necesaria, porque viendo que la cosa iba formal, ántes de que se hubiese llegado al último extremo, ya hubieran pedido aláfia con muchas fatigas.

Aquellas palabras resonaron siniestramente en los oidos de los ingleses, que redoblaron su atencion, á fin de no perder ni una sola sílaba de aquel diálogo, para ellos tan importante.

El más jóven de la cuadrilla, que por cierto llamábanle Bartolo, y era un hombre como de treinta años, bajo de estatura, moreno de color, con bigote y cabello negro, respondió:

—Pues me parece que no se hubiera conseguido nada de provecho. ¿No viste con qué frescura deseaban acabar de una vez? Estos ingleses son muy extravagantones y atestados, y se dejan matar por cualquiera manía que se les mete en la cabeza.

—Todo eso no es más que pura palabrería, respondió amostazado el cejijunto padre cura. Los hombres de todos los países opinan y sienten lo mismo poco más ó ménos, respecto á perder la vida, que es el primero de los bienes, y hasta el instinto natural obliga á evitar la muerte por todos los medios posibles, no sólo á los hombres, sino tambien á los animales.

—Eso no tiene vuelta de hoja, respondió el jefe.

—La vida es amable lo mismo para los ingleses que para los turcos, prosiguió el cejijunto, y por lo tanto, es segurísimo que si esta mañana te hubieras mantenido firme, ya hubieran ellos amainado

—¿ Y si hubieran persistido?

—Entónces... Entónces... Mira, Antonio, una vez puestos en el borrico, á mí no me ganan los ingleses á testarudos; quiero decir que si ellos se aferran en despreciar nuestras amenazas, yo me aferraré en levantarles la tapa de los sesos.

—Pues estamos del mismo parecer: toda la diferencia consiste en que tú los hubieras fusilado esta mañana, y yo no creí conveniente hacerlo tan de sopeton. Ahora ya hemos hablado despacio sobre el asunto, y verás qué pronto salimos del paso, porque yo tampoco quiero que esos señores ingleses lleguen á imaginarse, que nuestras amenazas son juego de niños.

—Me alegro mucho de que pienses así, respondió el padre cura.

—Pero ántes conviene fijar la cantidad que hemos de exigirles de una manera terminante y sin admitir rebaja ni modificacion alguna. Ya sabeis que les pedí treinta mil duros, en conformidad con lo que entre nosotros se habia hablado. ¿Os parece que se les pida la misma cantidad, ó que rebajemos algo? Es necesario decidirlo de una vez, sin andar luégo con alteraciones, y teniendo en cuenta que debemos hacer muchas partes.

Entónces los bandidos comenzaron á discutir minuciosamente las cantidades ó porciones en que habia de repartirse el importe del rescate, para satisfacer á sus diversos cómplices, algunos de los cuales no se hallaban presentes.

Despues de haber hecho sus repugnantes y odiosos cálculos, resolvieron de comun acuerdo el exigir á los ingleses veintisiete mil duros por su rescate, ó que de lo contrario, caso de no satisfacer aquella cantidad, serian inmediatamente *descabezados*.

Terminada la horrible conferencia, los bandidos retiráronse á dormir tranquilamente, miéntras que el sueño huia de los ojos de los infelices prisioneros, los cuales en voz muy baja, cambiaron las palabras siguientes:

—¿Has oido?

—Todo.

—¿Qué te parece?

—Que la cosa va de veras.

—Es preciso acabar de una vez.

—Sí; morir es lo más pronto y barato.

—No es esa mi intencion.

—Pues, ¿qué pensais hacer?

—Mañana te lo diré más despacio.

—Como gusteis.

—Procura dormir, no sea que nos oigan. ¡Buenas noches!

—¡A Dios!

Y tio y sobrino se recogieron en sus lechos, aguardando impacientes la venida del nuevo dia, en el cual, segun todas las señales, debia decidirse irrevocablemente su suerte.

CAPITULO IV.

UNA VELA Á SAN MIGUEL Y OTRA AL DIABLO.

Al dia siguiente por la mañana, el más anciano de los bandidos les sirvió á los secuestrados el desayuno, que consistió en chocolate con pan blanco.

El tio y el sobrino cambiaron una mirada de inteligencia, esperando que muy en breve habian de comunicarles el definitivo y solemne acuerdo, adoptado en la noche anterior por los bandidos.

Pero pasó el tiempo y nadie les dijo nada del rescate, lo cual no dejó de sorprender mucho á los prisioneros.

El anciano bandido se les habia manifestado muy propicio y obsequioso desde el principio, por cuya razon recurrian á él siempre que necesitaban alguna cosa, para que se la proporcionase.

No sería muy fácil averiguar y decidir si aquella benevolencia del bandido provenia exclusivamente de su ánimo y buena índole, ó si era una pérfida manifestacion, ordenada por el jefe, á fin de inspirar confianza á los secuestrados y sorprender por este medio sus propósitos é intenciones.

De cualquier modo, es lo cierto, que los ingleses miraban al anciano con marcada predileccion, hablándole con afecto y pidiéndole cuanto les hacía falta y él podia suministrarles, con arreglo á las respectivas circunstancias en que se encontraban.

Aquel dia, el citado bandido les proporcionó un colchon más, una buena manta de caballo y suficiente provision de cigarros.

Los secuestrados con este motivo departian largamente con el bandido, esperando que tal vez éste les haria alguna revelacion relativa á las intenciones, que respecto á ellos abrigaban sus compañeros.

Con este propósito, y á fin de hacerle hablar, los secuestrados le preguntaron con aire indiferente por el capitan; pero el bandido con la mayor naturalidad les respondió que estaba ocupado; mas que lo llamaria, si por acaso ellos tenian algo que manifestarle.

Los ingleses apresuráronse á responder que nada tenian que decirle, y que su pregunta no habia tenido más objeto que saber del jefe bajo cuyo dominio se hallaban en aquella solitaria vivienda.

El anciano salió, cerrando la puerta con llave.

Cuando se hubieron quedado solos, el tio y el sobrino entablaron con recatada voz el diálogo que sigue:

—¿Habrán tenido que ausentarse de aquí los bandidos? preguntó el jóven Bonell.

—No lo creo.

—Se me ha ocurrido esta idea, porque no los he oido hablar, por más cuidado que he puesto.

—Estarán muy distantes de aquí.

—Es posible; pero no se me aparta del pensamiento el que podia suceder muy bien que los vengan persiguiendo por órden de las autoridades, y que se hayan visto en la precision de escaparse.

Al oir tal ocurrencia, el tio quedóse mirando á su sobrino con una expresion indescriptible.

Aquella idea que al principio le habia parecido extraordinariamente absurda, comenzó á presentársele como la más natural, verosímil y realizable.

—¡Tal vez tengas razon! murmuró al fin, bajo ese irresistible influjo que para todo preso encierra la idea ó la esperanza de su evasion probable, por más infundada que parezca.

Pero aquel pensamiento consolador cruzó por su mente con la misma velocidad que un relámpago cruza el espacio en medio de una oscura noche, brilla espléndido un instante, y luégo desaparece, aumentando más y más el horror de las tinieblas.

—¡No! exclamó en seguida. No es fácil que las autoridades españolas persigan á estos bandidos por tan extraviados parajes. ¿Quién ha podido darles cuenta de su atentado, ni ménos informarlas de la ruta que han seguido los malhechores?

—Pues yo no encuentro eso tan imposible.

—Las autoridades españolas tampoco se distinguen por su aficion á perseguir sin tregua ni descanso á los criminales.

—Teneis razon; pero debeis considerar que en el atentado cometido contra nosotros, militan circunstancias particulares, que pueden haber influido muy eficazmente en las disposiciones y actividad de las autoridades españolas.

—No puedo hacerme la ilusion de que hayan salido de su habitual indiferencia en obsequio nuestro.

—Desde luégo admito que por nuestra linda cara no habian de tomarse ese trabajo; pero tambien es muy posible que el Gobernador de Gibraltar haya comunicado nuestra desaparicion á las autoridades españolas, y que éstas hayan averiguado lo que ocurrió en el cortijo de Savá, por medio de las diferentes personas que allí quedaron detenidas, y de todo esto puede haber resultado la activa persecucion de estos bandidos. ¿Qué decís de mis suposiciones?

—Digo que son tan acertadas, que pudieran muy bien hallarse conformes con la realidad más satisfactoria para nosotros; pero aunque toda esta série de hechos fuese completamente cierta ó incontestable, todavía tengo una razon decisiva para creer que los bandidos no se han ausentado de aquí por ese motivo, y áun me atrevo á asegurarte que permanecen en esta morada.

—Si admitís el racional fundamento de mis suposiciones, tampoco debeis rechazar la posibilidad de que los malhechores hayan sabido por sus espías la persecucion de que son objeto.

—Querido sobrino, de que sean muy fundadas tus conjeturas, respecto á las reclamaciones del Gobernador de Gibraltar á las autoridades de este país, y de que éstas hayan dispuesto la más incansable persecucion contra nuestros secuestradores, no se sigue necesariamente que éstos lo sepan, ni que se hayan ausentado de aquí por ese motivo.

—Es verdad; pero la circunstancia de no haberlos visto ni oido, me ha llevado naturalmente á todas estas conjeturas y cavilaciones.

—Y acaso aciertas, en lo que se refieren á Gibraltar y á las reclamaciones producidas por la autoridad inglesa; mas en cuanto á que se hayan ido de aquí nuestros secuestradores, te engañas de medio á medio.

—¿Y en qué os fundais para creerlo así?

—Ya te he dicho que tengo una razon decisiva para participar de esta opinion, y es la respuesta que del modo más natural del mundo nos dió el anciano que nos asiste.

—No recuerdo...

—Debias no haber olvidado que cuando le preguntamos en dónde estaba el capitan, nos respondió que se hallaba ocupado, y que si queríamos, que lo llamaria. Ahora bien; él no sabía ni podia saber si nosotros íbamos á responderle que lo llamase, por cuya razon debemos creer que es de todo punto cierto que el jefe se encuentra aquí; pues de lo contrario, no hubiese contestado en los términos que lo hizo.

—Verdaderamente esa es una razon de mucho peso; pues que el anciano bandido se habria visto en grande apuro, si nosotros le hubiésemos contestado que deseábamos hablarle al jefe.

—Tan es así, que no habria tenido más remedio que llamarle, ó descubrirnos que estaba ausente.

—En fin, allá veremos; pero á propósito, ¿qué era lo que anoche me dijísteis que hoy me contaríais más despacio?

—Cuando yo te manifesté que era necesario concluir de una vez con esta gente, despues de lo que habíamos oido en el aposento contiguo, tú entendiste, á juzgar por tu respuesta, que yo estaba resuelto á dejar que nos degollasen primero que sucumbir á entregar nuestro rescate.

—Así es la verdad.

—Pues bien, yo te respondí que no era ésta mi resolucion, porque, en efecto, me parece una tenacidad injustificable la de rechazar todo género de avenencia con esta mala gente, que será muy capaz de quitarnos la vida, como quien se bebe un vaso de agua, cuando todo puede evitarse con pagar veintisiete mil duros. ¿No valen infinitamente más nuestras vidas que la tal suma?

—Eso depende del cristal, con que la cuestion se mire.

—No te comprendo.

—Pues me parece que la cosa es muy fácil de comprender.

—Veamos.

—Bajo el punto de vista de nuestra tenacidad y desdén, que tanto les impresionó á esta gente, casi me parece preferible dejarnos matar primero que darles un céntimo; pero si consideramos que el ostentarse tan altivos en lucha con estos tunantes, sería concederles demasiada importancia, tratándolos como á iguales, y que no merecen la pena de que despleguemos contra ellos toda la energía de nuestro carácter; en ese caso, no digo más ni discuto un momento; pues lo mejor sería arrojarles el precio de nuestro rescate, y volvernos á casa.

—Tú lo has dicho, querido sobrino; entablar una lucha elevada y propia de grandes caractéres, debe dejarse para los altos intereses de la vida, en contraposicion con personas merecedoras de nuestra estimacion y respeto; pero jugar nuestro amor propio, nuestro decoro, nuestra dignidad y hasta nuestra existencia en una lucha brutal contra estos malvados, me parece una empresa deshonrosa y un combate desigual y áun estúpido. He meditado sériamente sobre el asunto, y creo que en nuestra situacion, nuestro principal deber consiste en salvar la vida.

—Yo entiendo, y lo siento en el alma, que habeis adoptado semejante resolucion, no tanto porque tal sea vuestro parecer, cuanto por evitar que yo sufra las consecuencias de la crueldad implacable de los bandidos; pero debo advertir que yo

estoy dispuesto á cualquier hora á jugar mi vida.

—Eso no es justo, ni moral, ni bueno. El hombre debe poner todos los medios que se encuentren en su mano y á su alcance para conservar su vida. Si despues de hacer todo lo posible para salvarnos, Dios permite que nos sacrifiquen estos malvados, cúmplase la voluntad divina; pero nosotros habremos cumplido con nuestro deber más sagrado é imperioso. ¡Estoy, pues, resuelto á pagar nuestro rescate!

Despues del precedente diálogo, los ingleses durmieron un rato la siesta, y llegada la hora de la comida, presentóse el anciano en la estancia para servirla, y consistió en un cocido muy sustancioso, con buena carne y tocino, y además gazpacho, que los prisioneros comian con mucho gusto.

No bien se hubo terminado la comida, entró el jefe, quien despues de saludar cortesmente á los extranjeros, les dijo:

—Vengo á comunicarles que mis compañeros y yo hemos resuelto, que si quereis salvar la vida, entregueis veintisiete mil duros por vuestro rescate.

El tio y el sobrino cambiaron una mirada, que hubiera podido traducirse por estas palabras:

—«¡Ya pareció aquello!»

—De esta cantidad, continuó el jefe, estamos resueltos á no rebajar ni una peseta.

Los ingleses guardaron profundo silencio, esperando que el capitan de los bandidos prosiguiese

su alocucion; pero éste se detuvo, despues de las frases expresadas, como quien aguarda una respuesta.

Al fin, Bonell mayor respondió con la siguiente pregunta:

—¿Y si no tenemos esa cantidad?

—Os cortaremos la cabeza sin remedio.

—¿Y qué delito es no tener veintisiete mil duros?

—Morireis sin delito.

—Pero eso es horriblemente injusto.

—Dejémonos de líos y de contestaciones. Lo dicho, dicho.

—Luégo es necesario buscar una cantidad que no tenemos, y que nos será muy difícil reunir, terció el sobrino.

—Es necesario buscarla y reunirla á todo trance, replicó el jefe, si no quereis morir, sin que haya remedio humano.

—¿Y qué culpa tenemos nosotros, dijo el tio, por no tener la cantidad que exigís?

—Tampoco nosotros tenemos culpa.

—Pero sí la tendreis, si nos dais muerte.

—¿Qué quereis? ¡Ese es el sino de las criaturas!

Aquella fórmula tan friamente fatalista hubiera estremecido á los secuestrados como una irrevocable sentencia de muerte, si ya de antemano, segun el lector sabe, no estuviesen resueltos á pagar el precio de su rescate.

Esta fué la causa de que semejante contestacion,

en vez de aterrarlos, produjese en ellos una burlona sonrisa, que desconcertó en algun modo al jefe de los bandidos, el cual se imaginó que los ingleses persistian, como anteriormente, en desafiar su furor y sus amenazas, prefiriendo la muerte á satisfacer la suma exigida.

El capitan, como respondiendo á esta intencion de los secuestrados, añadió:

—Pues no hay que engañarse, porque no teneis más remedio que pagar ó morir.

—Pero nos dejareis tiempo para que escribamos á nuestra familia en Gibraltar, repuso el tio.

—Sin duda; mas si os negais á pagar vuestro rescate, esta misma noche estareis en la eternidad. Así lo hemos resuelto, y así lo haremos, aunque se hunda el mundo.

Por las precedentes palabras, proferidas con un acento de resolucion, más fácil de comprender que de explicar, conocieron los ingleses que habia llegado el caso de proceder sin ambajes, dudas ni vacilaciones.

Así, pues, el tio se apresuró á decir:

—Yo no respondo de reunir en seguida la suma que reclamais, porque ya podeis conocer que no se juntan veintisiete mil duros así como quiera; pero prometo escribir, gestionar y hacer todo cuanto esté de mi mano para conseguirlo.

—Reconozco que tiene usted mucha razon en lo que dice, y basta su promesa para que aguardemos todo el tiempo que razonablemente sea nece-

sario; mas por el pronto, conviene tambien que á la mayor brevedad les manden mil duros para atender á los gastos de su manutencion; pues de lo contrario, ustedes mismos lo lastarán, á costa de su cuerpo.

—Me parece muy bien, respondió el tio.

—Eso es muy natural, añadió el sobrino, y os encargo que traigan buena carne, buen café, un poquito de rom y cigarros en abundancia.

—En habiendo monises, nada de eso faltará, caballeros.

—¡Bueno! ¡Bueno! exclamaron á la par el tio y el sobrino con un acento de satisfaccion indecible.

—Ahora, dijo el jefe, lo que importa es que escribais cuanto ántes, porque esta noche habrá buena proporcion para que lleven la carta al correo.

—Con mucho gusto, respondieron los secuestrados.

El jefe salió en seguida, dejándolos bajo la vigilancia del anciano bandido, el cual retiróse á una seña que le hizo el capitan, cuando regresó provisto de tintero, papel y plumas.

El sobrino se puso á escribir, con sujecion á las indicaciones del llamado don Antonio, y terminada la carta, leyósela en castellano al jefe, el cual le exigió que con grande fidelidad la tradujese y copiase.

Hízolo así el jóven Bonell, entregándole epístola y copia, la una para remitirla al correo, y la

otra para que el jefe la guardase, conforme á su exigencia.

En la consabida carta manifestaban los señores Bonell á su familia que se hallaban muy bien de salud, pero muy mal bajo otros aspectos, anunciando el gran peligro en que se veian y ordenando que sin dilacion les enviasen mil duros, así como tambien cierto documento para reunir la cantidad reclamada por su rescate.

Tanto el dinero como el documento susodicho, debia traerse á Cádiz por una persona que fuese á hospedarse en la posada del Mono, en donde se le habia de presentar el sujeto autorizado para recibir ambas cosas.

El jefe de los bandidos se despidió de los ingleses muy satisfecho de haber logrado sus deseos, y salió inmediatamente de la estancia, sin duda para comunicar á sus compañeros el buen éxito de sus intimaciones á los cautivos.

Pocos momentos despues, presentóse en el aposento uno de los bandidos con unas cuantas velas, que encendió y puso delante de las estampas, de que ya he hablado.

Los ingleses experimentaron la más viva curiosidad por saber la causa de aquella singular iluminacion, de suerte, que el señor Bonell mayor no pudo contenerse en preguntarle:

—¿Con qué objeto enciende usted esas velas?

—Para que ardan en honra de los santos, respondió el interpelado.

—¡Ah! exclamó el sobrino. ¡La honra de los santos consiste en las luces!

—Pues ¿en qué quiere usted que consista?

—Yo pensaba que consistia en las buenas obras.

—De todo tiene la viña.

—Pero ¿qué ha ocurrido para motivar tanto alumbrado? preguntó el tio.

—Es para que Dios y los santos nos saquen con bien de la empresa que traemos entre manos, respondió el bandido, retirándose y cerrando la puerta con llave.

Aquella respuesta, no obstante el estado de aflictiva preocupacion en que se hallaban los ingleses, produjo en ellos extraordinaria hilaridad, prorumpiendo ámbos en una estrepitosa carcajada.

—¡Qué devocion tan peregrina! exclamaba riendo sin cesar el sobrino.

—¡Así entienden muchas gentes la moral y la religion! exclamó el tio con súbita gravedad.

—¡Esto es lo que se llama poner una vela al arcángel y otra al diablo!

Y el sobrino continuaba riéndose á más no poder, y encontrando muy chistosa y previsora esa bendita y admirable devocion, que no tiene inconveniente en robar con una mano, y en pasar con la otra las cuentas del rosario.

CAPÍTULO V.

TRABAJO FINO.

Tan luégo como la familia de los señores Bonell recibió su carta, apresuróse á poner por obra todo cuanto en ella se le prevenia.

En efecto, sin dilacion alguna presentóse en Cádiz y en la citada fonda del Mono un sujeto encargado por la familia Bonell, que llevaba los mil duros y el documento pedido, con la consigna de entregarlos á cierta persona, que se le habia de presentar allí, autorizada para ello.

Sucedió, pues, que el tal encargado estuvo tres dias en la mencionada fonda, sin que nadie se le presentase á recoger el dinero ni el documento, por cuya razon volvióse inmediatamente á Gibraltar para referirle á la familia lo acaecido.

Pero los secuestradores no dejaron de saber que estuvo en la fonda el sujeto enviado por la familia de los cautivos con el fin propuesto, y por su conducta discreta y reservada, conocieron aquéllos que los señores Bonell y su familia procedian de buena fé en el negocio del rescate.

Esta conviccion bastaba sin duda para los planes de los secuestradores, quienes, á diferencia de otras gentes de su misma profesion, si tal puede llamarse al secuestro de personas, no hacian uso de la violencia ni de los medios brutales sin necesidad; ántes bien con notable perspicacia se apercibieron al punto de la lealtad de sus cautivos, como lo demostraba el hecho mismo de haber estado tres dias en la fonda del Mono la persona enviada de Gibraltar, sin haber avisado á las autoridades, ni dar otro ningun paso, que pudiera parecer sospechoso á los que constantemente la espiaban en la sombra.

Una vez seguro el jefe de los secuestradores de que los ingleses no intentaban eludir su compromiso, persistió en llevar adelante su combinacion, tal y conforme la habia ideado desde su llegada al solitario caserío, en donde á la sazon se encontraban; pues que, al principio, es decir, en el cortijo de Savá, no tenía el llamado don Antonio más intencion que la de exigir á los señores Bonell cinco mil duros para resarcirse de sus pérdidas en el contrabando.

Pero ya que hubieron dado el golpe, conoció que podia sacar mejor partido, y aunque no sin vacilaciones, hubo de renunciar á su primer propósito, bien que sin tener todavía trazado en su mente el plan que debia adoptar para conseguir mayores ventajas.

Saber es poder, y esta máxima es tan cierta, que

hasta entre los mismos criminales, se concede la primacía al más inteligente.

Así, pues, don Antonio, *jure proprio*, era el jefe natural de los bandidos, á quienes conducia con tal arte y astucia, que les dejaba creer firmemente que él no era más que el ejecutor de las resoluciones adoptadas de comun acuerdo, cuando en realidad ellos eran meros instrumentos de don Antonio, el cual se guardaba muy bien de manifestarles nunca toda la extension y pormenores de sus propósitos y planes.

Por lo demás, como ya se ha visto, escuchaba pacientemente las observaciones que los compañeros le dirigian, satisfaciendo á todos con razones incontestables, incluso el padre cura, que sistemáticamente complacíase en contradecirle y áun censurarlo.

En resolucion, diré que el llamado don Antonio era un pozo inagotable de estratajemas para conseguir sus fines por los más encubiertos y rodeados caminos.

Excusado parece decir que el jefe no necesitaba dinero para mantenerse él, ni su gente, ni los secuestrados, y que todo ello no fué más que una invencion para que los ingleses escribiesen la carta en este sentido, y explorar por aquel medio la disposicion de la familia, la conducta del enviado y los recursos verdaderos de que podian disponer los cautivos.

Conocida la posibilidad de obtener los veinte y

siete mil duros, el jefe no quiso enviar á nadie á la posada del Mono para que se diese á conocer con el enviado y éste le entregase el dinero y el documento, si bien dispuso que espiasen todos sus pasos, como queda referido.

Y ¿cuál pudo ser la causa de semejante conducta? El jefe, con el certero golpe de vista que le distinguia, conoció al punto que para realizar perfectamente su negocio, no necesitaba mandar emisario ninguno á la posada del Mono, supuesto que no le hacian falta los mil duros; y en cuanto al documento para reunir la suma exigida, se le alcanzaba demasiado que sólo podia ser útil en Gibraltar; pero no en sus manos, sino en las de uno de los señores Bonell.

¿Cómo conseguiria separar sin gran violencia al tio del sobrino?

Hé aquí el objetivo constante del astuto don Antonio, el cual temia que los ingleses de ningun modo consintiesen en separarse, como ya se habian negado en el cortijo de Savá, sospechando infundadamente que la separacion tenía por objeto asesinarlos.

Y en verdad que fué una torpeza por parte de los ingleses el obstinarse en no admitir la primera proposicion que el jefe les hizo en el citado cortijo, porque si entónces hubieran consentido en quedarse uno é ir otro por el dinero, de fijo que con los cinco mil duros se habrian contentado, además de reducir su cautiverio á brevísimo plazo.

Todas estas y otras análogas consideraciones, habia procurado el jefe que llegasen á los oidos y á la mente de los secuestrados, por medio del anciano bandido que los asistia y que más frecuentemente hablaba con ellos.

Desde luégo se comprenderá que el jefe no le daba al bandido recados expresos para los ingleses, sino que se valia de indicaciones indirectas para que él las trasmitiese, como por su propia cuenta ó iniciativa.

Al fin el travieso don Antonio, para conseguir su objeto, urdió su trama de tal manera, que bien merece calificarse, como vulgarmente se dice, de *trabajo fino*.

En efecto, trascurridos algunos dias, presentóse á los ingleses con aire tri ste, diciéndoles:

—¡Pasan los dias y siempre estamos lo mismo!

—Pero ¿no ha venido nadie de Gibraltar á la cita? preguntó Bonell mayor.

—¡Nadie!

—¡Es muy extraño! exclamó el sobrino, cambiando una mirada de inteligencia y de angustia con su tio.

—Yo lo siento por ustedes, no sólo porque ya podian estar tranquilos en su casa, sino tambien porque puede llegar el caso de que tengan que sufrir las más crueles privaciones; y francamente, esta idea me apesára en extremo; pues harta desdicha es hallarse presos para que, además, se le añada el tormento del hambre.

—¡Antes morir! exclamaron á la par los ingleses, á quienes aterraba de un modo extraordinario la horrible perspectiva que el jefe les habia presentado.

—Excuso decirles que yo haré todos los esfuerzos imaginables para que no llegue el caso de que no tengan ustedes qué comer; pero además las cosas se complican y enredan de un modo... En fin, allá veremos cómo salimos avante.

—¿Y en qué consiste esa complicacion, puede saberse? preguntó el tio.

—Consiste en que hoy se me ha presentado la dueña de esta casa, manifestándome que no puede permitir por más tiempo que permanezcan ustedes aquí.

—¡Ah! exclamó el tio, procurando reprimir el júbilo que le produjo aquella noticia, porque en ella vislumbró algun favorable accidente para ellos. Yo habia creido que ustedes podian disponer libremente de esta casa.

—Podemos disponer de ella para ocultar contrabando; pues para eso la hemos alquilado; pero la dueña dice ahora que no quiere consentir que la destinemos á otro objeto, que pueda comprometerla gravemente con las autoridades, de suerte que será necesario buscar otra vivienda. Les digo á ustedes que todo se junta para marear á los hombres, y yo estoy tan apesadumbrado por todo esto, que si no fuera por la codicia de mis compañeros, muy pronto encontraríamos vado á todas las dificultades,

porque á decir verdad, he conocido que son ustedes unos grandes caballeros, y me intereso por su bien más de lo que muchos piensan.

—¡Muchas gracias! exclamaron á la vez los ingleses con el más sincero acento de gratitud.

—Si vuestra carta hubiera tenido un resultado favorable... ¡cuántos inconvenientes y áun peligros para ustedes, se habrian evitado!

—Yo siento muchísimo que así haya sucedido, y no acierto á comprender la conducta de mi familia, repuso el tio; pero supongo que, áun cuando no haya producido efecto alguno la carta, usted no dudará ni por un momento de nuestra sinceridad.

—Nada de eso, señor Bonell, ni siquiera se me ha pasado por la imaginacion poner en duda la buena fé, con que ustedes han procedido; pero no se puede evitar que hasta la misma gente de su casa de uno obre sin tino, cuando el dueño no está á la vista. ¡Qué bien dicen, que el ojo del amo engorda el caballo!

—Tiene usted muchísima razon, repuso el tio.

—Yo estoy muy seguro de que si usted hubiera podido ir á Gibraltar, ya estaria todo arreglado á satisfaccion completa de unos y otros.

—Y puede usted estarlo, sin temor de equivocarse, pues si fuera posible que yo estuviese en Gibraltar, ántes de veinticuatro horas, tendríamos arreglado nuestro negocio.

Es imposible describir la inmensa emocion de gozo que las precedentes frases produjeron en el

astuto jefe, cuyo dominio sobre sí propio era tan eficaz y extraordinario, que ni siquiera pudo traslucirse en su rostro el más mínimo reflejo de lo que en su ánimo sentia; ántes bien con indecible aplomo y con la mayor naturalidad del mundo, respondió:

—Y áun cuando necesitase usted más tiempo del que dice, no por ello habíamos de reñir; pues demasiado bien conozco que no se junta una cantidad tan respetable en el momento que se quiere; pero al ménos quedaríamos convenidos en la forma de ir entregando lo que se recaudase.

—¿Está usted seguro de que no ha venido nadie de Gibraltar á la fonda del Mono en Cádiz, por encargo de nuestra familia? preguntó el sobrino.

—Tanto como seguro de una manera infalible, no puedo ni debo decir que lo estoy, porque ya comprenderá usted que el asunto es muy delicado, que yo no he ido allá, que mandé un emisario, que éste pudo creer que ninguna de las personas que allí estaban fuese la encargada, que era muy peligroso equivocarse y dar el golpe en vago, que asi me lo han dicho, y por último, que en estas cosas no hay más remedio que atenerse á lo que á uno le dicen, cuando no puede uno ejecutarlas por sí mismo.

—Esa es la verdad; pero ¿qué piensa usted ó quiere que nosotros hagamos? preguntó el tio.

—Muy difícil es que yo responda á esa pregunta, porque en mi vida me he visto entre tantas confu-

siones, y cuidado conmigo, que yo rompo aunque sea por los matorrales de los infiernos; pero hay casos y dificultades en que el hombre más despabilado y más caiman, no sabe por donde hincarles el diente.

—¡Si yo pudiera ir á Gibraltar! exclamó el tio. ¿Cómo ha de ser? ¡Paciencia!

El astuto jefe quedóse mirando fijamente á Bonell mayor durante algunos momentos, y despues, fingiendo con admirable perfeccion que se le ocurria de pronto lo que de antemano llevaba muy bien previsto y pensado, exclamó:

—¡Oiga usted, compadre! ¿Y por qué no ha de poder usted ir á Gibraltar, si yo quiero? Esta es la mejor salida del negocio; pues así podremos aplacar á esa maldita mujer, que tanto chilla, porque los tenemos á ustedes aquí. ¡Ya encontramos vado para pasar el rio!

—¿Y cómo podré yo ir á Gibraltar?

Al oir esta pregunta, un relámpago de indecible júbilo brilló en los ojos del jefe, el cual, sin embargo, se contuvo para no demostrar su satisfaccion ni sus deseos.

—Ese asunto es muy grave, repuso el llamado don Antonio con aire pensativo, y conviene consultarlo con los compañeros.

—¿Pues no dijo usted ántes que si usted queria...?

—Y lo repito, interrumpió el jefe; si yo quiero, de fijo puede usted ir á Gibraltar, y en eso no hay

dificultad ninguna; pero *el cómo*, que es lo que usted pregunta, es lo que digo yo que conviene consultarlo con los compañeros, para que despues ninguno tenga el derecho de quejarse ó reconvenirme, suceda lo que sucediere, porque en tal caso, habremos tomado la resolucion todos de comun acuerdo.

—Ya comprendo su intencion, repuso el tio.

—Por ahora, me basta saber que está usted resuelto á partir para arreglar de una vez el negocio. ¿No es así?

—Así es; puede usted asegurar que estoy resuelto, irrevocablemente resuelto, á ir á Gibraltar.

—Pues eso es lo que importa, señor Bonell, porque lo demás corre de mi cuenta, respondió el jefe en extremo gozoso por haber conseguido con tanta facilidad su más vehemente deseo y atribuyendo tan señalado triunfo á su habilidad y perspicacia.

En seguida se despidió muy afectuosamente de los secuestrados, anunciándoles que muy pronto volveria para comunicarles la resolucion de sus compañeros, en cuanto al modo y forma en que don Juan Bonell habia de verificar el concertado viaje.

CAPÍTULO VI.

LAS RECLAMACIONES.

Entre tanto el Gobernador de Gibraltar habia dado cuenta al Gobierno inglés del secuestro y desaparicion de los señores Bonell, y con este motivo, como ya he indicado en otra parte de esta obra, conmovióse grandemente la opinion pública, preocupándose además el Gobierno con esta cuestion, no sólo por el decoro y buen nombre de la nacion española, sino tambien por las graves complicaciones exteriores que podia producir aquel enojoso acontecimiento.

Entónces fué, cuando en vista de tantos y tan repetidos crímenes como en otras provincias ocurrian, fijóse naturalmente la atencion del Gobierno en mi persona y en la provincia de mi mando, teatro ántes de los más horribles atentados, preguntándome la causa de la completa tranquilidad que se disfrutaba en Córdoba, miéntras que en el resto de Andalucía se verificaban sin cesar numerosos secuestros, robos y asesinatos.

La contestacion fué muy sencilla; pues que la

causa consistió en que habiendo sido muy activa y eficaz mi persecucion contra el bandolerismo en aquella provincia, todos los malhechores, que no habian sido presos y entregados á los tribunales, habian emigrado á las provincias limítrofes, abandonando sus antiguas madrigueras y buscando nuevo campo y teatro á sus aventuras y fechorías.

Así, pues, contesté al Gobierno, manifestándole cuál era la causa de aquella emigracion, añadiendo que mis precedentes investigaciones y confidencias me permitian conjeturar con acierto, quiénes fuesen los autores de aquel secuestro, que podia acarrear complicaciones de la mayor trascendencia.

Mi comunicacion al Gobierno motivó algunas órdenes superiores, recomendando la conveniencia de que yo me pusiese de acuerdo con los gobernadores de Sevilla, Málaga y Cádiz, á fin de combinar los medios más rápidos y eficaces para conseguir la libertad de aquellos súbditos ingleses.

En la comunicacion á que ántes me he referido, remití al Ministro de la Gobernacion informes tan minuciosos, que hasta precisaba las señas de los bandidos, que yo sospechaba hubiesen tomado parte en aquel ruidoso atentado; é idénticos informes envié tambien á algunos de los gobernadores de las mencionadas provincias, hallándome firmemente persuadido de que los autores de aquel secuestro no podian ménos de ser criminales ahuyentados de la provincia de Córdoba, como así, en efecto, vino á confirmarlo plenamente la experiencia.

Sería muy prolijo referir los singulares medios de que yo me valía para conseguir con exactitud la averiguacion de ciertos hechos, mediante los hábiles confidentes, que desde el principio me habia proporcionado.

Así, pues, ántes que se hiciese público el secuestro de los ingleses y de que respecto á este suceso me interrogase el Gobierno, me habia llamado mucho la atencion el estado de perfecta tranquilidad en que se hallaba el territorio de mi mando, comprendiendo al punto la verdadera causa, que consistia, como ya he dicho, en la fuga á otras provincias de los más famosos criminales, perseguidos sin tregua ni descanso.

En consecuencia de esta observacion, habia procurado averiguar adonde se habian ausentado los criminales más desalmados y mejor protegidos, y para ello me valí de uno de mis confidentes, que era hombre ya viejo, y gran conocedor de las costumbres, de las guaridas y de los protectores de los bandidos, cuya desaparicion se advertia y cuyo paradero deseaba yo saber á todo trance.

Mi confidente, cumpliendo mis instrucciones, valióse, á su turno, del recurso más usado en semejantes casos, porque rara vez deja de producir el efecto apetecido, es decir, que acudió á las mujeres de cierta laya, que mantenian ó habian mantenido relaciones con los caballistas, y unas por imprudencia, otras por despecho, y algunas vencidas por dádivas y obsequios, le revelaron muy pronto cuanto

necesitaba saber, todo lo cual puso inmediatamente en mi conocimiento.

El resultado de aquellas averiguaciones fué saber á punto fijo, que los principales malhechores, que ántes se albergaban en el famoso cortijo de Ceuta, habian marchado á Gibraltar, si bien manteniendo siempre inteligencias con sus protectores ó padrinos de la provincia de Córdoba, y muy especialmente con sus camaradas de Benamejí, de donde eran vecinos algunos de ellos.

En virtud de tales pesquisas, me hallaba en disposicion de remitir informes y señas de los susodichos criminales al Ministerio y á los citados Gobernadores, como ya queda referido, y más adelante se verá el resultado de aquella combinacion de esfuerzos, por más que carecia de medios por no hallarse en mi jurisdiccion para apoderarme de los malhechores con la prontitud que el caso requeria.

Tal era el deseo del Ministro de la Gobernacion, y sin duda tambien lo deseaban así los Gobernadores de las expresadas provincias, en cuyo territorio anduvieron y se ocultaron secuestradores y secuestrados; pero la empresa era por demás árdua y difícil, no sólo por las hábiles precauciones adoptadas por los bandidos, sino tambien por carecer de un personal inteligente, activo y avezado á esta clase de persecucion y espionaje, para cuyo servicio se necesitan paisanos, pues áun cuando la Guardia civil pudiera prestarlo tan bien y aún mejor que aquéllos, no podria verificarlo con éxito siempre

seguro, sino disfrazada ó abandonando el uniforme, lo cual le está prohibido por su reglamento.

Por lo demás, el Gobierno se hallaba en un grave conflicto, sobre todo si los súbditos extranjeros llegaban á ser víctimas de la ferocidad de los bandidos.

El Gobierno inglés producia sus reclamaciones con tanta razon como vehemencia en la nota que, al efecto, pasó á nuestro Gabinete, y despues todos los dias se presentaba el Embajador de la Gran Bretaña al Ministro de la Gobernacion, pidiéndole noticias de los súbditos secuestrados, y de los cuales el Gobierno español nada sabía.

En tal estado se hallaba la cuestion, y adquiriendo cada dia mayor gravedad, cuando el jefe de los bandidos regresó á la estancia de los secuestrados para manifestarles la resolucion de sus compañeros.

—¡Estamos de enhorabuena! exclamó el llamado don Antonio con risueño semblante.

—Pues ¿qué sucede? preguntaron á la vez tio y sobrino.

—Sucede que muy pronto se verán ustedes libres y contentos en su casa, si tienen la buena fortuna, como yo creo, de reunir cuanto ántes los dineros.

—Allá veremos, contestó el tio; pero la cuestion estriba en que al ménos podamos ir á Gibraltar para hacer las oportunas diligencias.

—Pues en eso no hay dificultad ninguna.

—¡De veras! ¿Han convenido ya cómo y cuándo

hemos de partir? preguntó gozoso don Juan Bonell.

—Sí, señor; ya está todo arreglado.

—¡Cuánto me alegro!

—Mis compañeros han decidido que vaya usted á Gibraltar para recoger allí el importe del rescate, y en el caso de no poder reunirlo, llevará usted la cantidad recaudada al sitio que de antemano se designe.

—Bueno, bueno, respondió el tio.

—Allí nos acompañará el señor, dijo el jefe, señalando al sobrino, y entónces le dará usted sus instrucciones para que sin pérdida de tiempo él negocie y recaude el resto; miéntras usted se quedará con nosotros en rehenes hasta que el señor vuelva á donde se le diga.

—¡Malo! ¡Malo! exclamó el sobrino, que con la tenacidad característica de su raza se oponia, como ya en otra ocasion lo habia hecho, á separarse de su tio.

El jefe, al oir aquella exclamacion, cuyo sentido y práctica podia desbaratar en un instante el plan que tan laboriosamente habia trazado, lanzó al sobrino una mirada terrible y amenazadora.

Don Juan Bonell, por su parte, comprendiendo que habia procedido muy desacertadamente, cuando en el cortijo de Savá no aceptó la proposicion de rescatarse él y su sobrino por cinco mil duros, á consecuencia de las sugestiones del jóven Bonell, reprendió á éste con un gesto expresivo, y dirigiéndose al irritado jefe, le dijo:

—Mi sobrino hará lo que sea más conveniente.

Aquella respuesta desarmó por completo la cólera del bandido, que se apresuró á decir:

—Me alegro muchísimo de que piense usted así, porque es la mejor manera de ahorrarnos muy sérios disgustos.

—¿Y cómo han pensado ustedes que yo realice mi viaje?

—Acompañado por algunos de los nuestros.

—¿Será usted de la partida?

—Sí, señor.

—Lo celebro mucho.

—Pues le doy las gracias.

—¿Y cuándo marchamos?

—Esta misma noche.

—¿Se queda aquí mi sobrino?

—Es imposible que se quede, por la razon que ántes les indiqué, pues la dueña de la casa no lo consiente.

Don Juan Bonell hizo un gesto de resignacion.

—Pero no tenga usted la más mínima inquietud por su seguridad, añadió inmediatamente el jefe, pues yo le respondo con mi cabeza de su vida, es decir, á no ser que Dios lo mate, ó que él por su voluntad provoque algun conflicto.

—Yo tambien le respondo á usted de que mi sobrino se portará como un buen muchacho. ¿No es así? preguntó don Juan al jóven, que lacónicamente respondió:

—Empeño mi palabra.

—Pues yo voy á dar algunas disposiciones, y en seguida volveré por usted, señor don Juan, dijo el jefe.

—Cuando usted guste, estoy á sus órdenes.

El llamado don Antonio salió de la estancia, y cuando los cautivos se hubieron quedado solos, el tio manifestó al sobrino que habian obrado con gran torpeza en no admitir la primera proposicion que les hicieron los bandidos; que ahora el precio de su rescate se habia aumentado más de cinco veces la suma que al principio les pedian; que el natural deseo de que no los separasen habia sido muy perjudicial á sus intereses, perdiendo además mucho tiempo; que en ciertas ocasiones lo más discreto es resignarse con la tiranía de la suerte, cuando nada se puede hacer para evitarla; y que, por lo tanto, durante su ausencia, se manifestase dócil á las indicaciones de los bandidos, aguardando tranquilo y confiado su regreso y procurando á todo trance no promover conflictos ni discordias.

Prometióselo así el jóven Bonell, reconociendo las fundadas razones de su tio y esforzándose por contener la efusion del profundo enternecimiento que le causaba su próxima partida.

En esto ss presentó el jefe, gritando desde la puerta:

—¡Cuando usted quiera!

—Voy al instante.

Y así diciendo, el tio abrazó cariñosamente al sobrino, que apénas podia reprimir su llanto, y ámbos se despidieron con la más cordial ternura.

En seguida don Juan Bonell salió de la estancia, precedido por el jefe de los secuestradores.

CAPÍTULO VII.

DE CÓMO DON JUAN BONELL SE TROCÓ EN DON JUAN ROMERO.

Era una de las más hermosas noches de primavera.

El cielo estaba límpido, la temperatura suave y el ambiente perfumado por las madreselvas y rosas silvestres que alfombraban aquel suelo andaluz, en que la naturaleza parece haberse complacido en derramar sus más preciados tesoros.

Al bajar don Juan Bonell de su estancia le vendaron los ojos en la puerta de aquel caserío, y en seguida lo subieron á las ancas del caballo de uno de los dos bandidos que ya estaban allí aguardando.

Luégo el jefe montó á caballo y emprendió su marcha, precediendo á sus compañeros, de modo que el secuestrado iba en el centro, cubriendo la retaguardia el tercer bandido.

Así caminaron un buen trecho y á paso castellano muy tirado, hasta que de pronto el jefe detuvo su cabalgadura con aire inquieto y receloso.

—¿Habeis oido? preguntó en jerga ladronesca el jefe á sus compañeros.

—Parece que suenan pisadas de caballos, dijo en la misma charla el que cabalgaba en compañía de Bonell.

—Y tambien se oye el rumor de gente que habla, añadió el otro jinete en el mismo lenguaje.

Durante algunos minutos, guardaron todos profundo silencio.

El jefe se dirigió á la derecha del camino, en donde habia un grupo de corpulentos árboles, siguiéndole inmediatamente sus compañeros.

Allí resguardados y ocultos podian observar sin ser vistos, á no ser que los caminantes que se oian, viniesen precisamente por la misma senda que los expedicionarios llevaban.

La inquietud del jefe crecia por instantes, á medida que se aproximaba el ruido de los ignotos y nocturnos caminantes.

El pensamiento más natural que se le pudo ocurrir al jefe de los bandidos fué si aquella gente sería Guardia civil de á caballo, que viniese en busca de los ingleses y de sus secuestradores.

Tal idea se apoderó de su mente con tan íntimo convencimiento y viva energía, que estuvo á punto de retroceder en su marcha para sustraerse con sus compañeros á las pesquisas de sus perseguidores, los cuales por momentos se acercaban.

La misma inquietud del jefe se reflejó en sus compañeros, que se desojaban mirando hácia donde sonaba el ruido de los caballos.

De pronto vieron cruzar por un camino trasver-

sal al que ellos seguian hasta una docena de jinetes, guardando entre sí no pequeñas distancias.

El jefe de los bandidos comprimió un ligero grito de alegría.

Aquellos jinetes eran contrabandistas que venian con sus cargas de la plaza de Gibraltar y viajaban de noche por caminos extraviados para ocultarse á las miradas de los transeuntes y evitar en lo posible la persecucion de los carabineros.

Entre tanto, don Juan Bonell habia permanecido mudo é impasible, comprendiendo vagamente por aquella detencion y pór el misterioso lenguaje de que habian usado, que los secuestradores recelaban algun peligro.

Cuando los contrabandistas hubieron desaparecido, la cabalgata continuó su viaje.

Así continuaron hasta poco ántes de alborear el dia, en que el jefe se detuvo echando pié á tierra y ordenando á los suyos que hiciesen lo mismo y bajasen al secuestrado.

En seguida dispuso que uno de los bandidos se alejase con los caballos y que el otro se apartase de manera, que siempre estuviera á la vista para lo que pudiese ocurrir.

Dictadas estas disposiciones, el jefe condujo á don Juan Bonell asido á su brazo, pues que éste continuaba con los ojos vendados, á fin de que no se apercibiese de la direccion en que se habia retirado el conductor de los caballos, ni tampoco de que el otro bandido los avizoraba.

En esta forma caminaron largo trecho, hasta que cerca de una importante poblacion, le desvendó los ojos, previniéndole que adoptase el aire suelto y confiado de un amigo que camina en compañía de otro.

Don Juan Bonell se sometió dócilmente á todas estas indicaciones, y muy pronto supo de boca de su mismo conductor que el inmediato pueblo era Jerez, famoso en todo el mundo, y muy particularmente entre los ingleses, por sus renombrados vinos.

Por más que el Sr. Bonell guardase la más absoluta reserva, respecto á la impresion que aquella noticia le produjo, no pudo dejar de hacer para sus adentros las reflexiones consiguientes, admirándose de que en un país culto y en las cercanías de una poblacion tan famosa é importante, pudiera verse un hombre tan cohibido y desamparado, como él se hallaba, ni más ni ménos que si se encontrase en el más espantoso desierto.

El inglés apénas podia concebir la situacion en que se hallaba, supuesto que la misma circunstancia de verse en un centro de poblacion tan importante, más bien aumentaba su terror, que lo tranquilizaba, porque naturalmente se le ocurria que los secuestradores no procederian de tal modo, si no estuviesen muy seguros de su impunidad y de su fuerza.

Bajo esta impresion, don Juan Bonell resignóse á obedecer sin réplica, todo cuanto su conductor le ordenase.

A esta sazon, llegaron á una taberna, ante cuyo mostrador estaban hablando y bebiendo varias personas de diferentes trajes y condiciones.

La presencia de aquellas gentes no alteró en lo más mínimo la tranquilidad y resolucion del bandido, si bien le obligó á dirigirse al dueño del establecimiento para que les facilitase una habitacion, en donde pudieran permanecer y descansar un rato hasta la hora de la salida del tren para Cádiz.

El tabernero accedió muy gustoso á la demanda y les hizo entrar en un salon, donde habia dos catres sin colchones, pero con almohadas.

Aún el jefe de los bandidos le hizo tomar al secuestrado dos roscos y dos copas de vino, invitándole al mismo tiempo á que le hablase de asuntos indiferentes ó inofensivos, á fin de que las gentes que pudieran oirlos no sospechasen.

Terminada su breve refaccion, el inglés, mediante una imperiosa indicacion de su guardian, se acostó en uno de los dichos catres, miéntras que aquél no le quitaba la vista de encima ni un solo instante.

Aquella mirada tan segura como tenaz, revelaba desde luégo, la inquebrantable resolucion de coser á puñaladas al secuestrado, á la más pequeña imprudencia que intentase cometer, de lo cual el inglés se hallaba muy distante, no porque dejase de ocurrírsele el pedir auxilio, sino porque se estremecía al pensar en los terribles resultados que

cualquiera imprudencia suya pudiera acarrearle á su amado sobrino.

Esta consideracion fué decisiva en el ánimo del tio, limitándose á reconcentrar su pensamiento en escogitar los medios más oportunos y eficaces para reunir la suma exigida y rescatar cuanto ántes á su querido sobrino, cuya crítica y peligrosa situacion le abrumaba como una montaña, y le impedia tambien aprovechar cualquiera feliz coyuntura que se le presentase para sustraerse del bandido.

En este concepto, bien puede asegurarse que don Juan Bonell, léjos de pedirlo, hasta hubiese rechazado cualquier socorro que la suerte favorable le brindase, temeroso de comprometer la preciosa existencia de su sobrino, que se habia quedado en rehenes bajo el poder de los secuestradores.

La perspicacia del jefe era tan grande, que muy pronto se habia apercibido de las cualidades afectivas de don Juan Bonell y de la verdadera ternura, bien que velada por la fria gravedad inglesa, que aquél profesaba á su sobrino, el cual ciertamente le correspondia, y por esto se negaba con tanta obstinacion á separarse de su amado tio, sin cuyo expreso mandato y respetada autoridad, jamás éste hubiera consentido en aquel doloroso apartamiento.

Sólo así puede comprenderse que el jefe de los bandidos se aventurase á acompañar sólo á don

Juan Bonell en medio de populosas ciudades, en donde tan fácil le hubiera sido al secuestrado pedir auxilio, declarar su situacion y delatar á su conductor; pero éste contaba mucho con el afecto paternal que el secuestrado profesaba á su sobrino, si bien su confianza no llegaba hasta el extremo de creer que podia renunciar á toda precaucion con respecto á su cautivo, supuesto que tambien se le ocurria que el verdadero cautivo y secuestrado sería él, si por acaso el inglés lo delataba, reclamando que lo prendiesen y asegurasen bien, como garantía de la vida de su sobrino.

En efecto, al secuestrado podia ocurrírsele que una vez preso su conductor, el problema quedaba reducido á exigir vida por vida, pero el inglés se hubiera engañado lastimosamente si de tal manera procediese, porque el jefe habia dado la órden á sus compañeros de que irremisiblemente y sin compasion sacrificasen al jóven Bonell, siempre y cuando á él le ocurriese el más mínimo incidente, y sin que para nada tuvieran en cuenta los peligros que le amenazasen.

Cuando ya se aproximaba la hora de la salida del tren para Cádiz, abandonaron la taberna, despues de pagar el gasto el bandido, el cual durante el camino que media hasta la estacion, manifestóle á Bonell las precedentes reflexiones, añadiendo:

—Conque ya lo sabe usted, amigo mio; además del riesgo de que yo le parta el corazon de una pu-

ñalada, si dice esta boca es mia, no por eso dejará de morir su sobrino, sin que lo pueda salvar Jesús Nazareno.

—Yo soy un caballero, y cumplo siempre mis compromisos, respondió Bonell.

—Pues me alegro mucho de que así sea por bien de todos; pero no hay que engañarse; si á mí me prenden, pensando que así ha de rescatarse al otro, es trabajo perdido, porque en el acto le cortarán la cabeza. Conque mucho cuidado.

—Yo le aseguro que no he pensado tal cosa.

—De todos modos, bueno es que sepa usted, que el prenderme ó matarme, no impedirá que muera su sobrino; aunque yo quisiera salvarlo, porque además de las órdenes que yo dejé, lo que les imimporta á mis compañeros, no es mi vida, sino que nadie, y ménos un *extrangis*, se burle de ellos.

—Repito que por mi parte, no daré lugar á que tal cosa suceda.

—Es que no basta el que usted no dé lugar, sino que tambien es necesario que evite lo hagan las autoridades, pues que yo sé bien lo que me digo.

—Yo haré todo lo que pueda.

—Pues no hablemos más del asunto. Ahora tengamos la fiesta en paz, y ya sabe usted que en el tren iremos como dos compadres. ¿Estamos?

—Convenido.

En esto llegaron á la estacion del ferro-carril, el jefe tomó los billetes, y ámbos se entraron en amor

y compañía en un coche, en donde nadie hubiera podido imaginar, que uno de los súbditos ingleses, de quienes ya tanto se ocupaban los periódicos y el Gobierno español, en virtud de las reiteradas instancias del Embajador de la Gran Bretaña, iba tranquila y magistralmente secuestrado por el jefe de los bandidos, utilizando las vías férreas, es decir, los progresos de la civilizacion, como si fuesen á unas corridas de toros ó de caballos, ó á un viaje de recreo.

Así llegaron á Cádiz, en cuya estacion confundidos con numerosos pasajeros, tomaron con gran tranquilidad y sosiego un carruaje que los condujo á la fonda del Caballo Blanco, en la cual se hospedaron como dos príncipes.

Allí permanecieron tres dias, ocupados respectivamente en el interesante negocio de combinar, el uno los medios de reunir la suma exigida, y el otro la manera más segura y conveniente de percibir, sin riesgo ni temor de ninguna especie, la cantidad concertada, cuando llegase la ocasion de que el secuestrado la trajese.

La sosegada y persistente ocupacion en tales proyectos, en medio de una de las primeras capitales de España, indica por sí sola el estado social y el grado de perturbacion moral, en que un país se encuentra.

Con tanto descuido y libertad procedia el jefe de los malhechores, que con la mayor naturalidad del mundo envió á un mozo de dicha fonda para que

tomase el billete de pasaje en el vapor *Ville de Brest*, para don Juan Bonell, si bien bajo el nombre de don Juan Romero.

El inglés partió de Cádiz el viernes 3 de Junio para Gibraltar, adonde llegó el sábado por la mañana.

Excuso decir que el jefe de los bandidos no perdió ni un solo momento de vista, durante este tiempo á don Juan Bonell hasta dejarlo en el bote, despues de haber combinado entre sí diversas é ingeniosas contraseñas, á fin de entenderse, en caso necesario, las personas intermediarias, que por una y otra parte pudieran intervenir en la entrega del precio del rescate, la cual habia de verificarse en el mismo Cádiz, en la fonda de los Tres Reyes.

CAPÍTULO VIII.

DE LO QUE ACONTECIÓ AL SOBRINO DURANTE LA SOLEDAD DE SU CAUTIVERIO.

El caserío donde permanecia cautivo el sobrino de don Juan Bonell se halla situado en las inmediaciones de Jerez de la Frontera.

Como ya queda referido, la exigencia de la dueña de la casa, respecto á que no queria tener allí á los ingleses, no fué más que un pretexto, así como tambien la promesa de que trasladarian inmediatamente al sobrino á una morada mucho más cómoda y espaciosa.

Todas estas insinuaciones fueron hechas sin más objeto que decidir al tio para que partiese á Gibraltar; pues lo cierto es que, despues de su ausencia, el sobrino permaneció en la misma estancia.

Es imposible describir la situacion de ánimo en que se quedó el jóven Bonell, una vez separado de su querido tio.

Su espíritu fluctuaba constantemente entre el temor y la esperanza, creyendo algunas veces que muy en breve llegaria el apetecido momento de su

libertad, y otras imaginando que acaso ya su tio sería víctima de la ferocidad de los bandidos, y que tambien él no tardaria en serlo.

Así como en la naturaleza hay dias serenos y sombríos, así tambien en el alma del hombre se advierten alternativas de luz y de sombra.

El solitario cautivo procuraba por todos los medios imaginables sustraerse al influjo de las ideas sombrías, distrayéndose áun con los objetos ménos á propósito para recrear el ánimo y apártarle de tristes y melancólicas reflexiones.

En tal estado, muchas veces encontraba el olvido transitorio de sus penas en asomarse á una pequeña ventana, que habia en el aposento y daba á un anchuroso patio.

Allí se complacia en contemplar el luminoso cielo de aquella region deliciosa y en oir á una jóven que de vez en cuando entonaba esos cantares apasionados y quejumbrosos, propios de Andalucía, que tan profundamente conmueven y que tanto suelen agradar á los extranjeros.

En la situacion en que se hallaba el sobrino, aguardaba la hora del recreo de aquellas canciones con tanto afan, como el que desea asistir á la funcion teatral para él más predilecta.

Nunca podia ver á la misteriosa jóven, y ni hubiera podido decir si lo era, al ménos por el testimonio de la vista; pero el oido le anunciaba que aquel timbre de voz tan argentino y sonoro, no podia salir sino de la rosada boca de una jóven,

y de una jóven esbelta y hermosa por añadidura.

Es verdad que algunas veces habia visto cruzar por el patio á una mujer que en su porte y en su andar parecia vieja; pero que cuando hablaba tenía el acento vibrante y seguro de una jóven, si bien el prisionero jamás consintió en su mente que aquella figura fuese la de la incógnita cantadora.

En otras ocasiones, el sobrino escuchaba junto á la puerta de su aposento el ruido ligero de pasos femeninos, y más de una vez se entreabrió la puerta, dejando ver el talle airoso y los ojos brilladores de una gitana que, despues de contemplarle con ávida curiosidad durante algunos momentos, solia retirarse súbita y velozmente, como una sombra.

En efecto, aquella gitana era, segun decian los bandidos, la criada de la casa, y aunque éstos le tenian severamente prohibido que se presentase en la habitacion que ocupaban los secuestrados, ella, movida sin duda por la santa curiosidad, no desaprovechaba ocasion favorable de dar un vistazo por aquella estancia, siempre y cuando estaba segura de que los bandidos no podian reconvenirla.

Además, tanto el sobrino como el tio, habian visto alguna vez á un jóven feo, de color amarillento, y cuyos gestos y ademanes le hacian semejarse á un negro, y el cual, segun los bandidos, era un simplon ó un mentecato.

Acaso todos estos pequeños detalles parezcan al lector insignificantes en demasía; pero debe te-

nerse en cuenta que para un prisionero que vive en la soledad más absoluta, cualquier incidente encierra el más vivo interés; y bajo otros aspectos, en relacion con la seguridad pública y los deberes de las autoridades, cierto linaje de pormenores puede adquirir grandísima importancia, como que de ellos suele depender, segun la experiencia me ha enseñado, el descubrimiento y castigo de crímenes horrendos.

En resolucion, diré que asi trascurrieron algunos dias, durante los cuales el ordinario recreo del jóven Bonell consistia, como ya he indicado, en escuchar los cantares andaluces de la jóven desconocida, encontrando un singular placer, no sólo en la dulzura de la voz y en el estilo y expresion del canto, sino tambien en los conceptos revelados por la letra, que siempre contenia un pensamiento por demás ingenioso y agradable, ó un sentimiento en extremo poético y apasionado.

Desde luégo se comprenderá que el sobrino, sólo se permitia abrir la ventana y asomarse á ella, durante las largas horas que permanecia solo en su aposento, sin temor de que sus guardianes le interrumpiesen.

Sucedió, pues, que al quinto dia, despues de haberse ausentado su tio don Juan Bonell y cuando apénas acababa de levantarse el sobrino, presentáronse en el aposento con aire azorado los dos bandidos que le custodiaban, anunciándole que en aquella estancia corria gran riesgo, y que, por lo

tanto, era conveniente que, sin dilacion, lo trasladasen á otro punto.

Así, pues, inmediatamente le sirvieron el almuerzo, terminado el cual, le vendaron los ojos y lo condujeron por estrechos callejones y pasillos, subiendo y bajando diferentes escaleras, y haciéndole dar vueltas y revueltas interminables, hasta que, por último, le colocaron al pié de una escalera de mano y le obligaron á que subiese por ella, cuya ascension era para él en extremo difícil y peligrosa, no sólo por llevar los ojos tapados, sino tambien por el estado de perturbacion, atolondramiento y mareo en que su ánimo y su cuerpo se hallaban.

Verificada la extraña subida hasta una abertura practicada en el techo, el inglés sintió que dos manos vigorosas le cogieron por los brazos y le arrastraron al interior de una mansion, cuya techumbre era tan baja, que no podia estarse en ella sino sentado.

En seguida oyó que otro bandido subia detrás de él y que dejó en el suelo algunos efectos, operacion que se repitió de nuevo.

¡Figúrese el lector el cúmulo de ideas y sentimientos que asaltarian la mente y el corazon del cautivo, en aquella situacion tan enigmática y en aquel lugar desconocido!

Como era natural en aquel caso, los temores que se presentaban á su fantasía respecto á su persona, extendíanse tambien á la persona de su

tio, á quien ya veia en su imaginacion conturbada ferozmente sacrificado por el furor de los bandidos.

Así permaneció largo rato, lleno de sobresalto y dudas, hasta que los bandidos le desvendaron los ojos, y entónces vió que se hallaba en un camaranchon muy sucio y adornado profusamente con grandes cortinajes de telarañas y sin más ventilacion ni claridad, que la que penetraba por algunos agujeros ó mechinales practicados en la pared; y entónces tambien comprendió que los efectos que habian subido sus guardianes consistian en sus retacos, cananas, un cántaro con agua y las mantas de los caballos, sobre las cuales estaban reclinados.

Trascurridos algunos momentos, el jóven inglés se atrevió á preguntar:

—¿Qué piensan ustedes hacer conmigo? ¿Cuál es la causa de haberme traido aquí?

—Ya lo sabe usted, respondió uno de los bandidos; hay que tomar precauciones, porque andan moros en la costa.

—¿Y qué nos importa que anden por ahí los moros?

Los guardianes soltaron el trapo á reir con la más franca expresion de alegría.

—Este señor, dijo el otro guardian, ha creido que tú has querido decir que andan por ahí moros con su turbante y todo.

—Con perdon de usted, así lo ha dicho, replicó el inglés.

—Sí, señor, así lo he dicho, repuso el aludido; pero entre nosotros, esto no significa que vengan precisamente moros de carne y hueso, sino que es una expresion con la cual damos á entender que hay algun peligro.

—¡Ah! ya lo entiendo. ¿Y qué peligro se corre?

—Es que nos han avisado que va á venir la justicia á embargar á la dueña de la casa para cobrarle los monises de la contribucion, y no conviene que lo tropiecen á usted.

—Está bien; muy bien, señores, respondió el inglés muy satisfecho, al parecer, de la explicacion; pero pensando para sus adentros, que léjos de no convenirle, segun los bandidos, que la justicia tropezase con él, acaso le sería muy conveniente aquel tropiezo, si del tal encuentro resultase su deseada libertad.

El inglés, por más que disentia radicalmente de la opinion de los bandidos, guardó prudente reserva, echando su imaginacion á pasear, como suele decirse, respecto á la nueva feliz de la próxima presencia de la justicia en su anterior morada, y creyendo tal vez que aquel accidente fuese para él favorable; pero el jóven Bonell no comprendia que la justicia en España, es más diligente para embargar por la cobranza de los impuestos, que para perseguir ladrones y secuestradores.

Miéntras así vagaba la candorosa imaginacion del prisionero, aguardando á cada instante que la justicia española descubriese aquella guarida de

bandidos, sintió por todo su cuerpo tan extraordinaria é irresistible picazon, que vino á sacarle de los lisonjeros ensueños, en que su omnímoda confianza en la justicia le habia lanzado.

Así, pues, volviendo al más positivo y prosáico sentimiento de la realidad, notó que tenía todo su cuerpo negro como la tinta, ó por mejor decir, cubierto del color oscuro de las pulgas, que como un enjambre de presupuestívoros se apodera de la Hacienda pública, se habian posesionado del cuerpo del infeliz cautivo, cuyo martirio era verdaderamente insoportable.

Desde entónces su actividad mental, pocos momentos ántes tan lúcida y viva, quedó completamente absorbida y abrumada por el dolor intolerable de aquella odiosa plaga.

Tal y tan incómodo, mortificante y enojoso fué el nuevo aposento, que el solo anuncio de la presencia de la justicia, le proporcionó en España, al malaventurado extranjero.

CAPÍTULO IX.

EN DONDE SE PRUEBA QUE LA PATRIA PARA LOS INGLESES ES VERDADERAMENTE MADRE Y NO MADRASTRA.

Si grande impresion produjo en España y áun en Inglaterra, el secuestro de los señores Bonell, dicho se está que infinitamente mayor fué la que causó en la Plaza de Gibraltar, donde aquéllos, por su carácter, posicion y costumbres, eran de todos muy conocidos y estimados.

La opinion pública se preocupó allí extraordinariamente del suceso, siendo la familia de los señores Bonell objeto de la compasion y atenciones de sus conciudadanos, y concurriendo á su casa diariamente gran número de amigos, conocidos y curiosos para informarse del paradero de los secüestrados.

Despues que regresó el emisario que la familia Bonell habia enviado á la fonda del Mono en Cádiz, en cumplimiento de la órden de los cautivos, y sin que la persona que habia de recoger los fondos se hubiese presentado, ya no volvió á tenerse más noticia de aquéllos, por cuya razon, tanto su familia, como sus amigos y hasta las autoridades

de la Plaza, sentian la más dolorosa inquietud y demostraban el más vivo interés por la suerte del tio y del sobrino.

Ahora bien; cuando el 4 de Junio, que por cierto era sábado, llegó don Juan Bonell á su casa, encontró en ella numerosos amigos, y entre ellos á don Pedro Montegriffo y á don Juan Recaño.

Imposible sería pintar el júbilo que produjo entre sus amigos la llegada del secuestrado, á quien muchos habian tenido ya por muerto.

Así, pues, el recien llegado recibió inequívocas muestras de consideracion y afecto por parte de sus amigos, que le dirigian infinitas preguntas, respecto á lo que les habia acaecido, á las cuales contestaba el interpelado con discrecion suma, y dando á entender en su rostro y palabras, que todavía no era llegada la hora de felicitarle sin reserva por su aparicion en Gibraltar, cuando su amado sobrino aún permanecia expuesto á gravísimos peligros.

Por último, no sin dificultad logró quedarse Bonell sólo con los referidos amigos Montegriffo y Recaño, personas discretas y que le inspiraban la más omnímoda confianza.

Interrogado, pues, por los citados amigos, Bonell respondió:

—No creais que he venido para permanecer aquí mucho tiempo, si no consigo reunir la cantidad de que en este momento no puedo disponer. Gran satisfaccion, sin duda, me ha causado el interés que

todos mis amigos se toman por mi suerte y la de mi sobrino, y extremado tambien ha sido mi gozo, al ver las muestras de consideracion y de afecto que toda la poblacion de Gibraltar ha manifestado en favor de nuestra desgracia; pero no hay que engañarse respecto á mi presencia en este sitio, pues si no reuno en breve plazo el importe de nuestro rescate, debo inmediatamente volver á ponerme en manos de mis secuestradores.

—¡Eso sería el colmo de la torpeza! exclamó Recaño.

—Tambien sería el colmo de la mala fé, si yo faltase á mi palabra.

—No hay palabras de honor para cierta clase de gentes, replicó indignado Montegriffo.

—¡Ay, amigo mio! No se trata sólo del honor de mi palabra, sino que además se interesa en mi compromiso la preciosa vida de mi amado sobrino, al cual sacrificarian sin compasion, si yo faltase á mi empeño.

—Eso es otra cosa muy diferente, respondieron á la par los dos amigos.

—Juan Antonio, continuó Bonell mayor, se ha quedado en rehenes, y ya comprendereis que no me resta más recurso, que satisfacer las exigencias de los bandidos ó volverme otra vez á colocar bajo su dominio.

—Verdaderamente la situacion es crítica, dramática y dolorosa, replicó Recaño.

—Sobre todo, yo ignoro lo que haré ni lo que

sucederá, si no puedo reunir la suma convenida, que por cierto es demasiado importante.

—No hay que afligirse, dijo Montegriffo, supuesto que el Gobierno inglés está dispuesto á suministrar la suma que se necesite para vuestro rescate.

—¡De véras! exclamó gozoso Bonell.

—Ni más ni ménos que como lo digo.

—¡Qué felicidad! Esa noticia me llena de júbilo indecible. Ciertamente que se puede tener á orgullo el ser súbdito inglés. ¡Bendito sea nuestro Gobierno!

—¡Sí! exclamaron á la vez los dos amigos. El Gobierno inglés defiende siempre y en todas partes á sus súbditos, como á lo que son, como á verdaderos hijos.

—Y además, respetando la dignidad de los ciudadanos, dijo Bonell. Esta circunstancia es la más adorable en semejante conducta, porque ¿á qué negarlo? yo confieso que me humillaria no poco el andar mendigando entre unos y otros la cantidad que necesito; pero desde el momento en que no es un particular ni veinte los que me la proporcionan, sino la Madre Patria, ¿quién, amigos mios, quién podrá humillarse ni ofenderse por recibir en tan crítica situacion el oportuno socorro de su Madre?

—Teneis razon, dijo Montegriffo.

—Recibir de todos, no humilla á ninguno, añadió Recaño.

Al llegar aquí nuestros interlocutores, presentóse en el aposento un dependiente del Gobernador de la Plaza, anunciando al señor Bonell que inmediatamente se presentase á dicha autoridad que le aguardaba.

Bonell contestó que sin dilacion iría. El dependiente saludó y retiróse, y pocos momentos despues, acompañado de sus amigos, se presentó el señor Bonell al Gobernador de Gibraltar, quien le recibió muy afectuosamente, informándose con la más exquisita minuciosidad de todo cuanto les habia acaecido, y confirmando plenamente á Bonell lo que sus amigos le habian dicho, respecto á que el Gobernador estaba dispuesto á suministrar la cantidad necesaria para el rescate.

Una vez terminada esta entrevista, retiróse Bonell á su casa, quedándose en el Gobierno Montegriffo y Recaño.

No basta para que los dones adquieran todas las circunstancias apetecibles el que sean magníficos, sino que es indispensable que al dar con magnificencia, acompañe siempre la prontitud oportuna.

Así lo hizo el Gobernador de Gibraltar, pues que al poco rato volvieron á presentarse en casa de Bonell los dos citados amigos, para manifestarle que el Gobernador habia puesto á su disposicion la cantidad exigida de veintisiete mil duros, que aquél suministró de los fondos del erario local, y que éstos exhibieron ante don Juan Bonell, que se creia víctima del más delicioso ensueño.

Sus amigos, además, le anunciaron, que no contento el Gobernador con la mencionada suma, habia puesto á sus órdenes la cañonera *Trinculo* para la conduccion á Cádiz del dinero, de Bonell y de sus amigos, que manifestaron vivos deseos de acompañarle.

Así, pues, el dia 4 fué aprovechado con una actividad verdaderamente inglesa, supuesto que á las diez de aquella misma noche, salió de Gibraltar dicha cañonera, llevando á bordo al señor Bonell, á sus dos citados amigos y además á don Juan Bruzon y don José Varese, para auxiliarle en cuanto se le ofreciera.

¡Qué contraste presenta la solícita conducta del Gobierno inglés con la de los gobiernos de otros países!

Allí se ve una familia víctima de un atentado por parte de feroces é infames secuestradores, y la opinion pública se alarma de una manera poderosa, y el Gobierno se apresura á venir oportunamente en auxilio de los particulares, suministrándoles el amparo y socorros que necesitan en medio de esas terribles y trágicas tribulaciones, que el crímen suele introducir en el santuario del hogar de las personas más virtuosas y honradas; en tanto que en otros países se perpetran los más horrorosos atentados, sin que el poder público tenga siquiera noticia de ellos, viéndose las familias reducidas al aislamiento del estado salvaje y á proveer á la salvacion y seguridad de sus individuos por sus pro-

pios y exclusivos medios, independientemente de la justicia, de la sociedad, de la patria y del Estado, que representa y personifica todas las instituciones del derecho humano.

El presente caso demuestra bien á las claras que el súbdito inglés, miembro de una sociedad culta y digna tiene detrás de sí, en cualquier parte donde sea atropellada su personalidad, el gran pueblo en cuyo seno ha nacido, y al Gobierno que le representa, para acudir inmediatamente á defender su vida y amparar su derecho por todos los medios imaginables.

Decididamente el secuestro que voy narrando prueba que la patria es para los ingleses una verdadera y solícita madre, y no una cruel y empedernida madrastra, como sucede con frecuencia en nuestro país, donde la intervencion del Gobierno, léjos de ser útil y apetecida para la proteccion eficaz de los individuos, suele ser por el contrario temida y rechazada con horror, como la más espantosa y funesta de todas las calamidades.

CAPÍTULO X.

CRÍTICA SITUACION DE DON JUAN BONELL.

La cañonera *Trinculo* llegó al puerto de Cádiz al dia siguiente 5 de Junio á las ocho de la mañana.

Los señores Recaño, Montegriffo y Bruzon desembarcaron inmediatamente, alojándose en la fonda de París, y más tarde lo verificaron tambien los señores Bonell y Varese, hospedándose en la fonda de los Tres Reyes, lugar de la cita, segun de antemano lo habia concertado aquél con el jefe de los bandidos.

Con arreglo á este convenio, la persona comisionada para entregar el dinero debia pasearse ante la puerta de dicha fonda con un turbante blanco y agitando tambien un pañuelo del mismo color, miéntras se paseaba.

Además, dicha persona debia exhibir la contraseña concertada, que consistia, en la mitad de retrato, cuya otra mitad deberia presentar el emisario de los bandidos.

No fué necesario, sin embargo, el hacer uso de la tal contraseña; pues que apénas hubo llegado Bonell á la fonda, se le presentó el más anciano de

los bandidos, al cual le dijo que ya tenía á su disposicion toda la cantidad exigida.

Con tales nuevas, manifestó el viejo bandido grandísimo contento y despidióse del inglés, prometiéndole volver al dia siguiente con sus compañeros para recibir el precio del rescate.

Entre tanto, los señores Montegriffo y Recaño habian visitado al cónsul inglés don Tomás Reade, á fin de ponerse de acuerdo respecto á ciertas reservadísimas precauciones que convendria adoptar para no ser engañados, y entre otras cosas, concertaron que á la mañana siguiente conducirian á su poder y depósito hasta el momento de la entrega, la cantidad reclamada en cintos hechos al efecto.

Convenidos en éste y otros puntos, el lunes muy de mañana, los señores Montegriffo y Recaño, acompañados de tres individuos de la tripulacion de la cañonera *Trinculo*, condujeron al consulado inglés la suma referida.

Cuando los dos amigos se presentaron al cónsul, éste les manifestó que habia recibido ya un recado de don Juan Bonell para que dichos señores fuesen, sin pérdida de tiempo, con el dinero á la fonda de París, lo cual efectuaron inmediatamente, entregando en dicha fonda la suma á los señores Bruzon y Varese, que la condujeron en seguida á la precitada de los Tres Reyes.

Ya don Juan Bonell habia hablado dos veces con el jefe de los bandidos y tres de sus cómplices, por

cuyo motivo, envió á decir al cónsul que sin dilacion le llevasen el dinero.

En efecto, á la una de la tarde se presentaron los cuatro bandidos por tercera vez en el aposento del señor Bonell con el mayor descaro, cual si fuesen á cobrar una letra de cambio.

El inglés les entregó los cintos con el dinero y al colocárselos en la cintura los malhechores, sonaba el oro, por lo cual Bonell les dijo:

—Tened cuidado, que suenan mucho las monedas.

—Esté usted tranquilo, respondieron; que no hay nada que temer.

—Pues dispensad la advertencia, replicó Bonell, escandalizado en su interior de la soltura, llaneza y aplomo, con que aquella gente procedia en una ciudad tan importante y populosa como lo es Cádiz.

Una vez recibido el dinero, con la protesta de contarlo despacio, el jefe dirigiéndose al señor Bonell, le dijo:

—Ahora conviene que mande usted á esos dos amigos al Puerto de Santa María, y que se alojen en la posada del Toro.

—Está muy bien. Yo he cumplido mi compromiso; ahora le toca á usted cumplir el suyo, respondió Bonell.

—Por supuesto, y ya verá usted si nosotros somos hombres de fiar y de palabra.

—Así lo espero.

—Pues bien, esta noche ó á más tardar mañana

tempranito, llegará su sobrino bueno y sano al Puerto de Santa María y á la fonda del Toro, donde ya deberán estar esperándole sus amigos.

—Ya ha visto usted la exactitud y fidelidad de mi conducta...

—Sí, señor, respondió el jefe, y en todas partes diré y no me cansaré de repetir, que es usted un gran caballero.

—Yo confio en que veré bueno y sano á mi sobrino.

—No tenga usted la menor duda en que nos portaremos como hombres, y con Dios y agradecidos, que tenemos mucho que hacer para cumplir nuestra palabra.

Y así diciendo, el jefe y sus tres compañeros despidiéronse de Bonell y salieron de la fonda.

Bonell se quedó abismado en las múltiples y contradictorias reflexiones que su crítica situacion le inspiraba.

Habia dado el precio del rescate, cuya importante suma le habia sido posible reunir en tan breve plazo, merced al eficaz auxilio de su Gobierno, y ahora podia correr el riesgo de que los bandidos, una vez dueños de los veintisiete mil duros, no cumpliesen la palabra de soltar á su sobrino.

Es verdad que á instancias del cónsul inglés, las autoridades españolas habian tomado precauciones con la mayor reserva para seguir y espiar todos los pasos de los criminales y salvar, en caso necesario,

á su sobrino; pero tambien se le ocurria que la más mínima imprudencia por parte de los agentes de la autoridad, podia comprometer la existencia del cautivo, sin perjuicio y á pesar de haber entregado ya el precio de su rescate.

Fiarse del honor de los bandidos parecia una insensatez; confiar en la eficacia de los medios empleados por la autoridad, era por extremo peligroso, si los criminales llegaban á sospecharlo.

El más mínimo incidente podia malograr su sacrificio y desvanecer sus esperanzas.

Todas las probabilidades de éxito consistian en la reserva, en el sigilo y en la prudencia de los agentes de la policía española, y estas condiciones eran para el inglés, harto dudosas, hasta el extremo de que en el caso de elegir por sí mismo entre el auxilio de la autoridad pública y la fidelidad á su compromiso por parte de los secuestradores, acaso hubiera preferido fiarse de éstos, ántes que recurrir al concurso y amparo de aquélla.

Bajo estas enérgicas y á la par contradictorias emociones, era indecible la inquietud y angustia que experimentaba el cariñoso tio por la suerte de su amado sobrino.

Al fin, procurando lanzar de su mente aquellas ideas funestas y sombrías, que le torturaban á la vez el corazon y el cerebro, se dirigió á la habitacion en que se hallaban los señores Bruzon y Varese y les dijo:

—Es necesario que inmediatamente vayais al

Puerto de Santa María, en donde os alojareis en la posada del Toro, porque esta misma noche ó á más tardar por la mañana, deberá presentarse allí mi sobrino. Tal ha sido al ménos la promesa que me han hecho esos hombres.

—¿Y la cumplirán? preguntó Varese.

—Esa es mi duda y mi tormento.

—¡Qué situacion tan dolorosa y que incertidumbre tan cruel! exclamó Bruzon.

—Es verdad, amigo mio; tiemblo por las medidas que se han adoptado, y tiemblo igualmente por la desconfianza que me inspiran los bandidos. Por todas partes no veo más que inconvenientes, desastres y temores. ¡Qué situacion!

—Todavía no hay por qué desesperarse, dijo Varese, y poco tiempo hemos de tardar en salir de dudas. ¿Quién sabe si esta misma noche le podremos anunciar telegráficamente que ya hemos tenido el gusto de abrazar á Juan Antonio?

—¡Ojalá que así fuese! exclamó Bonell.

—Por lo ménos, repuso Bruzon, todavía no hay motivo para desconfiar ni afligirse.

—Sin duda; pero fácilmente comprenderán ustedes la impaciencia que me devora. Quisiera ya que hubiese llegado mañana, para salir de una vez de tan insoportable incertidumbre.

—Eso sí, la cuestion cambiará completamente de aspecto, si no pareciese mañana el sobrino, respondió Varese, porque en tal caso, ya habria motivo fundado para sospechar y temer.

—No hay más remedio que resignarse con el curso lento de las horas, añadió Bruzon.

Bonell exhaló un profundo suspiro, reconociendo la exactitud de aquella observacion incontestable.

Los dos amigos partieron en el tren de aquella misma tarde para el Puerto de Santa María, dejando á Bonell con la inquietud y ansiedades que desde luégo se comprenden.

CAPÍTULO XI.

DE CÓMO LOS BANDIDOS CUMPLIERON SU COMPROMISO.

Volviendo ahora al sobrino, debo decir que permaneció en el camaranchon todo aquel dia hasta el anochecer, en que sus guardianes le vendaron otra vez los ojos, y cogiéndole uno de ellos á cuestas, lo bajó por la escalera de mano, volviéndole á conducir, despues de muchos rodeos, subidas y bajadas, á su antiguo aposento.

Acto contínuo le sirvieron la comida, y viéndose algo ménos molestado de la devoradora plaga que durante todo el dia le habia perseguido, experimentó una sensacion indecible de bienestar y contento.

Encendió su pipa y sostuvo animada conversacion con sus guardianes, en cuyo porte y palabras advirtió más deferencias y atenciones que de ordinario.

Trascurrido así un buen rato, recogióse en su lecho, durmiendo tranquilamente hasta las dos y media de la madrugada, en que sintió que lo llamaban.

Despertóse algo azorado, y entónces vió al jefe

de los bandidos que, acompañado de otros dos, participóle que todos estaban muy contentos porque su tio habia llegado á Cádiz con la cantidad exigida.

—¡Cuánto me alegro! exclamó el cautivo.

—Y nosotros tambien, dijeron á una voz todos los bandidos.

—Ya ven ustedes cómo mi tio ha cumplido su palabra. ¡Ojalá que todos cumplan igualmente sus compromisos!

—¡Pues no los hemos de cumplir! respondió el jefe. En cuanto recibamos el dinero, que será hoy mismo, le pondré á usted en libertad.

—Mucho se lo agradeceré.

—Pues ya me parece que puede usted considerarse libre, si es que hoy nos entregan esos dineros, como nos lo ha prometido su tio.

—Si mi tio lo prometió, seguramente que no faltará.

—Pues muy pronto hemos de verlo, porque ahora mismo vamos á Cádiz y hoy se ha de resolver el negocio. Conque, adios, y hasta la vuelta.

Y sin proferir más palabras, el jefe y los bandidos salieron de la estancia, dejando al cautivo lleno de esperanza y de consuelo.

El jefe partió, en efecto, en aquella misma hora, seguido de tres de sus compañeros, quedándose uno custodiando al sobrino durante todo el dia del lunes, seis de Junio, hasta las nueve de la noche en que llegó otro de los bandidos con un cinto re-

pleto de monedas de oro, el cual muy gozoso le anunció al sobrino que ya se habian acabado todas sus penas y aflicciones.

Hora y media despues, es decir, á las diez y media de la noche, llegó el jefe con sus demás compañeros, y entrando á ver al secuestrado, le dijo:

—Alégrese usted, amigo mio, que ya está usted libre, porque su tio se ha portado como un gran caballero.

—Bien sabía yo que asi habia de suceder, porque mi respetable tio me quiere con toda su alma, y no habrá omitido sacrificio alguno para conseguir mi rescate.

—Sí, señor, así lo ha hecho.

—Y bien, ¿á qué aguardamos? ¿Cuándo me sacan ustedes de aquí?

—En cuanto contemos el dinero; y para acabar más pronto, puede usted ayudarnos tambien á contarlo.

—Con mucho gusto.

Los bandidos se desciñeron los cintos que colocaron sobre la mesa que tenian para servirle la comida al cautivo, y para ver mejor, encendieron todas las velas que tenian delante de las citadas imágenes, en cuyo culto y honor las habian encendido ya en otras ocasiones, diciendo que era para que por su santa intercesion, Dios los sacase con bien de aquel negocio.

Desocupados los cintos, fueron contando sucesi-

vamente lo que cada uno contenia, hallando al fin exacta y completa la cantidad de veinte y siete mil duros en centenes de oro isabelinos.

Terminada esta operacion, que duró hasta las doce y media de la noche, el jefe, arrebatado de júbilo, exclamó:

—¡Esto es lo que se llama portarse como un hombre! No falta ni un real, y por consiguiente, yo tampoco faltaré á mi compromiso.

Todos los bandidos aplaudieron igualmente y con el más vivo entusiasmo la puntualidad de don Juan Bonell, manifestándoselo así á su sobrino, cada uno á su modo, con las frases más lisonjeras y afectuosas.

En seguida, los bandidos separaron el dinero en varias porciones para repartirlas entre las personas que habian contribuido á la realizacion del negocio.

Pocos momentos despues, le vendaron los ojos al sobrino, y conduciéndole por la mano á la puerta del caserío, lo subieron á las ancas del caballo de uno de los bandidos, emprendiendo todos juntos su nocturna marcha.

Así caminaron como una hora, hasta que se detuvieron á las inmediaciones de una poblacion, en donde apearon al cautivo y le desvendaron los ojos, obligándole á que los siguiese á pié algun trecho, entablando el jefe con él la conversacion siguiente:

—Tome usted cinco duros y dos pesetas que me prestó su tio en Cádiz.

—Está bien, repuso impasible el sobrino, recibiendo la cantidad indicada.

—Tome usted además este reloj y esta petaca que tengo en mi poder desde que nos conocimos, pues no quiero que nunca se diga que nos hemos quedado con nada de ustedes.

—Esos escrúpulos son muy plausibles, respondió el sobrino con intencionada sonrisa.

En esto llegaron á la entrada de un callejon, en donde todos hicieron alto.

El jefe le señaló desde allí la estacion de la vía férrea y le dijo:

—El tren sale á las siete, y debe usted tomar un billete de tercera para el Puerto de Santa María, que cuesta veintiocho cuartos, y estando allí se dirige á la posada del Toro, en donde encontrará á unos amigos que le están esperando.

—Así lo haré.

—Despues deberán ustedes tomar una barquilla que les costará dos reales, y dirigirse á Cádiz, y en la fonda de los Tres Reyes encontrará usted á su tio.

El sobrino, creyendo que ya el jefe habia terminado aquellas minuciosas instrucciones, hizo ademán de alejarse; pero aquél le detuvo diciendo:

—Encargo á usted que evite encontrarse con el sereno de este barrio.

—Si lo encuentro, no será porque yo le busque; pero ¿qué debo hacer hasta la hora de partir el tren?

—Puede usted pasearse por ahí como mejor le parezca, y al amanecer, éntrese en una tienda de bebidas que hay en la estacion del ferro-carril. ¡Conque á la paz de Dios y feliz viaje!

Y así diciendo, los bandidos picaron sus caballos y se alejaron rápidamente, dejando solo al secuestrado en aquella poblacion, para él completamente desconocida.

CAPÍTULO XII.

DE CÓMO EL SOBRINO, DESPUES DE SUELTO, DUDABA TODAVÍA DE HALLARSE LIBRE.

Eran las dos y media de la madrugada del dia 7 de Junio, cuando los secuestradores abandonaron á su cautivo, el cual apénas podia darse cuenta de su verdadera situacion, agitado como se hallaba su espíritu con tantos sucesos y peripecias como en tan breve tiempo le habian sobrevenido.

El único sentimiento que vaga y confusamente le dominaba, era el de que ya se hallaba libre; pero las tinieblas de la noche, la soledad profunda que le rodeaba y la desconfianza que le inspiraban los bandidos, impedian que de todo punto, sin reserva y sin recelo, se entregase á la deliciosa y apetecida satisfaccion de haber recobrado su libertad, sin temor de volver á perderla.

Despues de los tristísimos pensamientos que le habian dominado durante el período de su prision, y cuando en algunas ocasiones habia consentido ya en que le quitasen la vida, mirando cara á cara la muerte, le parecia que era un sueño todo cuanto le pasaba.

Así, pues, durante largo rato, permaneció inmóvil y distraido en sus reflexiones en aquel mismo sitio en que le habian dejado los secuestradores, hasta que vino á sacarle de su profundo abstraimiento la repentina aparicion de una luz por el mismo camino que habian tomado los malhechores.

Era la luz de un sereno, que á más andar se acercaba deteniéndose de vez en cuando para llamar ruidosamente en las puertas de los vecinos que, sin duda, le tenian dado el encargo de despertarlos.

Al fin, el sereno, siguiendo rectamente su marcha, emparejó con el inglés, cuya fisonomía examinó atentamente á la luz de su farol y deteniéndose, le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién es usted?

Estas dos preguntas disparadas, como quien dice, á quema-ropa, dada la singular situacion del inglés, eran por extremo importantísimas, y vinieron á ponerle en grandísimo apuro.

Recordaba el particular encargo del jefe de los bandidos respecto á que evitase el encuentro con el sereno, y á la vez, por una asociacion de ideas tan involuntaria como injustificada, pero no por eso ménos persistente en su ánimo, el inglés sospechó que aquel nocturno vigilante pudiera ser muy bien echadizo de los secuestradores, aprehension que, sin duda, hubo de sugerirle la circunstancia de venir aquél en la misma direccion en que se habian alejado los bandidos y á los cuales, tal vez, habria podido ver y acaso hablarles.

De cualquier manera, es lo cierto, que fué indecible el embarazo que las citadas preguntas produjeron en el ánimo del solitario sobrino.

—Soy un extranjero, y aguardo la hora de la salida del tren, respondió al fin.

—Pues aquí está usted muy expuesto á ser robado.

—No conozco el pueblo y por eso no me atrevo á alejarme de la estacion.

—Aquí está usted mal; pero por esas otras calles no hay cuidado.

El inglés tomó el consejo, se despidió del sereno y comenzó á pasearse en la direccion que éste le habia indicado, si bien procurando no apartarse mucho de la estacion del ferro-carril.

Despues de un buen rato y cuando ya comenzaba á clarear el dia, encontró de nuevo al sereno en la puerta de una taberna, el cual le llamó, diciendo:

—Caballero, venga usted, si gusta, á tomar la mañana.

—Con mucho gusto, tomaremos algo.

El sereno tomó su correspondiente copa de aguardiente para matar el gusanillo, como él decia, miéntras que el inglés pidió una taza de café y un rosco, y en tanto que se lo servian, sentáronse los dos á la puerta.

—¿No es verdad que usted es inglés? preguntó el sereno.

—Sí, señor, repuso el sobrino.

—Hombre, ¿y no sabe usted nada de esos dos

ingleses qne dicen se han llevado del campo de Gibraltar?

—No sé nada.

—Pues usted debia saberlo.

—¡Yo!.. No comprendo por qué motivo.

—¡Toma! Porque es usted inglés.

—Pues repito, que no sé nada.

El sereno miró con extrañeza á su interlocutor y encogiéndose de hombros, dijo:

—Pues sí, señor, cuentan una historia de que hace pocos dias unos cuantos ladrones ó contrabandistas, que todo viene á ser lo mismo, le echaron la garra en el campo de San Roque á dos ingleses muy ricos, y que les han pedido por su rescate una porcion de miles de duros.

—No sé una palabra.

—Así lo cuenta la gente, y así lo cantan y lo rezan los papeles públicos.

—No sé nada.

—Pues por esta tierra hay que andarse con mucho tiento.

—Gracias por el aviso.

—Pero eso tampoco sucede todos los dias.

—¿Quiere usted repetir?

—No hay inconveniente, porque con una rueda no anda un carro.

El sereno tomó otra copa y á los pocos momentos despidióse del inglés, agradeciéndole su convite en los términos más expresivos y joviales.

El jóven Bonell permaneció todavía largo rato

en la taberna, tomando su café, hasta que á las seis y media dirigióse al despacho de billetes del ferro-carril, y entónces fué cuando pudo apercibirse de que se hallaba en la estacion de Jerez de la Frontera.

En seguida tomó asiento en un coche del tren y sólo, cuando se vió allí, respiró tranquilo, creyendo que verdaderamente se hallaba libre.

CAPÍTULO XIII.

¡NOTABLE DIFERENCIA ENTRE GOBIERNOS Y GOBIERNOS!

Como ya he indicado, los señores Varese y Bruzon, conforme á las indicaciones del jefe de los bandidos y en virtud de las instancias del señor Bonell mayor, partieron inmediatamente de Cádiz para el Puerto de Santa María, é inmediatamente se dirigieron á la posada del Toro, donde esperaban que acudiese una vez libre, el sobrino.

Pero viendo el señor Bonell que aquella noche no habia recibido telegrama ni noticia alguna respecto á su sobrino, y víctima además de la dolorosa impaciencia que fácilmente se concibe en su crítica situacion, resolvióse á partir en la mañana del martes 7 de Junio para el Puerto de Santa María, acompañado de sus íntimos amigos Montegriffo y Recaño.

Entre tanto, el sobrino llegó á la estacion del Puerto, en donde encontró á don José Varese, que lleno de júbilo estrechóle muy cordialmente entre sus brazos.

Indeciblemente grata fué aquella sorpresa para

el sobrino, quien recordando las instrucciones de los secuestradores, se apresuró á decir:

—Sin duda usted es uno de los amigos que en la posada del Toro debian estar esperándome.

—Justamente, respondió Varese; el amigo Bruzon y yo debíamos aguardarle en dicha posada; pero cansados de esperar desde anoche, concertamos esta mañana que él permaneciese allí, miéntras yo venía á la estacion, porque la promesa fué que anoche ó á más tardar por la mañana, se presentaria usted en la tal posada.

—Anoche, en efecto, pude haber venido; pero los secuestradores llegaron tarde y el primer tren que he podido tomar, ha sido el de esta mañana.

—Pues si hoy no hubiese usted llegado, hubiéramos tenido que avisar á su tio, que estará en Cádiz por demás impaciente.

—Lo mejor sería entónces irnos en el mismo tren.

—No es posible, porque tenemos que avisarle á Bruzon, que está en la posada del Toro.

—Como usted quiera.

Y los dos amigos se dirigieron á la fonda de Buena-Vista, en donde pidieron almuerzo para tres, despues de avisar á Bruzon para que viniera.

Mientras estaban almorzando, el sobrino les refirió todo cuanto le habia ocurrido durante su secuestro, escuchándole los dos amigos con el más vivo interés y recibiendo de su parte las más entusiastas felicitaciones.

Terminado el almuerzo, resolvieron volverse á Cádiz, marchando á la estacion para informarse de la hora en que salia otro tren para aquel punto.

Mas desde luégo se comprenderá el inefable gozo que experimentaron al encontrar en la estacion á don Juan Bonell y á sus amigos Recaño y Montegriffo, que llegaron en aquel momento.

El tio, como un cariñoso padre, se precipitó en brazos de su sobrino, llorando de alegría y de ternura al verle bueno, libre y salvo, y otro tanto hizo el jóven, manifestando en los términos más expresivos y afectuosos el profundo agradecimiento, que le inspiraba la solicitud de su buen tio por libertarle cuanto ántes de su enojoso cautiverio.

Despues de aquella patética escena y miéntras llegaba el tren en que se proponian marchar á Cádiz, los señores Recaño y Montegriffo pasaron á la estacion telegráfica, donde comunicaron al Gobernador de Gibraltar la noticia del rescate del sobrino, en cuya operacion tardaron brevísimos instantes.

Reunidos de nuevo en la estacion del ferro-carril, porque el tren tardaba, el sobrino refirió á su tio cuanto le habia acaecido durante su ausencia.

—¡Gracias á Dios, que ya nos vemos libres! exclamó don Juan Bonell.

—Cuando me dejaron á la entrada del pueblo, que despues supe que es Jerez de la Frontera, me pareció mentira, respondió el sobrino.

—Pues yo te aguardaba anoche, ó por lo ménos

recibir alguna noticia de tu persona; pero viendo que esto no sucedia, no he tenido paciencia para permanecer tranquilo en Cádiz, y por la tanto, esta mañana me vine con estos amigos, ansioso de abrazarte ó de saber á qué atenerme.

—Nosotros, dijo Varese, no le pusimos anoche telegrama, porque no llegó Juan Antonio; pero si esta mañana desgraciadamente no hubiera venido, desde luégo lo habríamos puesto en su conocimiento para ver lo que se hacía.

—Afortunadamente los bandidos no han dejado de cumplir su palabra, añadió Bruzon.

—En verdad que han cumplido, como no podia esperarse de esa gente, dijo don Juan Bonell; pero lo que me tenía verdaderamente inquieto, añadió el tio, en voz muy baja, era el temor de que los agentes de la autoridad pudieran cometer alguna imprudencia que comprometiese tu vida, hijo mio.

—Pues qué ¿sabe la autoridad algo respecto á nuestros secuestradores? preguntó el sobrino en el mismo tono.

—Lo sabe todo, replicó el tio, y parece que han ido espiando todos sus pasos, si bien dieron palabra de guardar la mayor reserva y sigilo en sus medidas, así como tambien de no hacer nada contra ellos, hasta que tú estuvieses libre y fuera de su poder y alcance. Ahora, que hagan lo que quieran, añadió el tio, porque ya estamos á cubierto de sus asechanzas.

En esto llegó la hora de partir el tren, y los seis

viajeros entráronse en un coche, en el que llegaron felizmente á Cádiz.

Al pasar por el muelle, en el carruaje que los conducia á la fonda de París, mandaron una esquela, avisando al capitan de la cañonera *Trinculo*, mister F. Grafton, á fin de que supiese que ya estaban completamente libres y tuviese dispuesto el buque para volverse inmediatamente á Gibraltar.

El capitan les envió á su teniente, anunciándoles que el vapor estaba listo para marchar cuando les conviniese.

El carruaje continuó su camino hasta la citada fonda de París, en donde encontraron al doctor W. Yarde, médico de la citada cañonera, el cual habia sido enviado allí, en la prevision de que el secuestrado, ya por malos tratamientos, ya por otras causas, pudiera necesitar sus auxilios.

Pocos momentos despues llegó á la fonda mister Reade, cónsul de Inglaterra en Cádiz, el cual felicitó á los señores Bonell en los términos más cordiales, ofreciéndoles su proteccion y cuanto pudieran necesitar, y aprovechando tan generosa y sincera oferta, don Juan Bonell le pidió cien duros, que aquél le entregó en seguida, añadiendo que tenía singular complacencia en servirlo.

A poco rato de haberse ausentado el cónsul de la fonda, regresó de nuevo para manifestar á los señores Bonell de parte del Gobernador civil interino, que éste deseaba tener con ellos una entrevista.

El tio y el sobrino respondieron que tendrian mucho gusto en pasar á ponerse á las órdenes del Gobernador, lo cual efectuaron al dirigirse al puerto para embarcarse.

Una vez en el Gobierno civil, los señores Bonell suministraron los informes que se les exigieron por la autoridad, y en seguida, es decir, á las dos y media de la tarde, se embarcaron todos en la dicha cañonera *Trinculo*, siendo objeto los ingleses rescatados de las más afectuosas felicitaciones y plácemes del capitan, de los oficiales y de toda la tripulacion, cuyo gozo era inexplicable al verlos sanos y libres regresar á su patria.

Diéronse á la vela en el puerto de Cádiz á las tres de la tarde, desembarcando en Gibraltar á las cinco de la mañana del dia siguiente, miércoles 8 de Junio.

En el mismo dia, don Juan Bonell y su sobrino, acompañados de los amigos Montegriffo y Recaño, tuvieron una entrevista con el Gobernador de la Plaza.

—¡Cuánto celebro ver á ustedes ya libres de las manos de esos bandidos! exclamó el Gobernador.

—Gracias á la generosidad de vuecencia, repuso don Juan Bonell.

—Yo no he hecho más que cumplir con los deberes que me impone mi autoridad, para amparar bajo todos conceptos á los súbditos ingleses, que lo necesitan.

—Excuso manifestar á vuecencia, repuso Bonell mayor, que tan luégo como me sea posible, reintegraré al erario local la suma que ha tenido á bien anticiparme.

—No debeis pensar en tal cosa, replicó el Gobernador, porque nuestro Gobierno tiene ya entabladas sus reclamaciones ante el Gobierno español, y éste se halla dispuesto á reintegrar dicha suma y á proceder con inexorable rigor para castigar á los criminales.

Don Juan Bonell, su sobrino y los amigos que les acompañaban, no pudieron ménos, en vista de aquella declaracion del Gobernador de la Plaza, de alegrarse infinito y aplaudir con el más vivo entusiasmo la generosidad y la conducta del Gobierno inglés en favor de sus súbditos.

En seguida, le refirieron minuciosamente cuanto les habia acaecido durante su cautiverio, dirigiéndose despues á descansar en el seno de su familia, y tanto por las calles como en su propia casa, fueron objeto de las más calurosas demostraciones, así por parte de sus amigos particulares, como de la generalidad del vecindario.

¡Felices los pueblos en donde léjos de imperar el repugnante y odioso egoismo, existe esa simpática solidaridad social que hace que cada individuo sienta y lamente, como propias, las desventuras de todos sus conciudadanos!

CAPÍTULO XIV.

LA VENTA DE GUADAIRA.

Ya el lector conoce las comunicaciones confidenciales que el ministro de la Gobernacion me habia dirigido, con motivo del secuestro de los ingleses, así como tambien los informes que yo á mi vez le habia remitido, respecto á quiénes fuesen los perpetradores de aquel crímen, teniendo en cuenta la emigracion, por decirlo así, de malhechores, que á consecuencia de mi tenaz persecucion, se habia verificado en la provincia de Córdoba, y que valiéndome además de las revelaciones y procedimientos de mis hábiles confidentes, conseguí averiguar que algunos de los más famosos, habian estado en Gibraltar, precisamente pocos dias ántes de verificarse el secuestro de los ingleses.

Además sabía los grandes apuros y compromisos en que se hallaban los criminales para sacar de ciertos embarazos y atolladeros curialescos á determinadas personas, que les ayudaban y protegian en sus odiosas y repugnantes empresas, y que á consecuencia de estos móviles, ansiosos de

reunir á toda costa las importantes sumas que necesitaban, habian meditado el secuestro de algunos sujetos ricos de la provincia de mi mando, y no habiéndolos podido verificar por la incansable persecucion de que eran objeto, se corrieron á la inmediata provincia de Málaga, en donde intentaron en 25 de Abril apoderarse del desgraciado don Juan Gonzalez, á quien se proponian sacarle un millon por el rescate, si bien los sucesos ocurrieron de modo, que únicamente lograron darle villana muerte, sin provecho ninguno para ellos.

Aquejados, pues, por su afan y codicia de dinero, á la vez que contrariados por la persecucion, que de resultas de aquel hecho escandaloso atrajeron sobre sí en la mencionada comarca, resolvieron buscar nuevo teatro á sus crímenes, asociándose con otros bandidos, á fin de libertar de sus apuros á sus valedores y proporcionarse ellos tambien los recursos que necesitaban.

Con estos antecedentes, y en vista de la difícil situacion en que el Gobierno español se encontraba por el secuestro de los ingleses, me decidí á enviar con la mayor reserva, á uno de mis más discretos y activos agentes á Jerez de la Frontera, por habérseme avisado que allí habian visto al padre de uno de los más famosos bandidos de Benamejí, noticia que resultó cierta, supuesto que mi citado agente me comunicó, que no sólo habia visto al anciano, sino tambien á su hijo y á otro criminal de su mismo pueblo, acompañados de

otros dos, que, sin duda, eran tales como ellos.

Tambien me comunicó mi agente que, habiéndolos seguido, segun mis instrucciones, en sus idas y venidas de Jerez al Puerto de Santa María, y desde allí á Cádiz, habia adquirido la conviccion de que traian algun negocio de importancia entre manos, ya fuese el secuestro de los ingleses, lo cual él no podia precisar, ya fuese otro asunto por el estilo.

Con tales noticias, me dirigí al ministro de la Gobernacion, asegurándole que, si me autorizaba para ello, me comprometia á ir en busca de los criminales en la seguridad de apresar, por lo ménos, á los de Benamejí, descubriendo por este medio la guarida de los secuestradores de los ingleses, porque yo abrigaba la íntima conviccion de que aquéllos eran, y no podian ménos de ser, cómplices en este atentado.

El ministro de la Gobernacion me contestó inmediatamente en telegrama cifrado, diciéndome que convenia mucho tacto y prudencia para no comprometer la vida de los dos ingleses cautivos, y que miéntras no estuviesen en libertad, me limitase á seguirles la pista, procediendo con la mayor energía, tan pronto como llegase la ocasion oportuna.

En virtud de tales instrucciones, renuncié á mis planes, concretándome á espiar con inviolable sigilo todos los pasos de aquellos malhechores, en la seguridad de que si lograban realizar su nego-

cio, no dejarian de cumplir con sus protectores, llevándoles las sumas que perentoriamente necesitaban.

Con esta conviccion, y seguro de que los citados criminales eran los secuestradores de los ingleses, porque así me lo habia comunicado ya mi agente de una manera terminante, yo adopté mis disposiciones para prenderlos, tan pronto como hubiesen conducido los fondos á poder de las personas á que ya me he referido.

Pero miéntras que tales eran mis propósitos, ya tambien sabe el lector que el Gobernador de Cádiz, con un celo digno de todo elogio, espiaba con igual reserva, por medio de sus agentes, los pasos de los secuestradores, viéndose obligado á proceder con la mayor circunspeccion, para no comprometer la vida de don Juan Antonio Bonell.

Ahora bien, tan luégo como los bandidos dejaron á la entrada de Jerez de la Frontera á Bonell sobrino, que fué á las dos y media de la madrugada del mártes 7 de Junio, pusiéronse en precipitada marcha, con direccion á Sevilla, muy satisfechos y gozosos por el feliz éxito de su empresa; pero tambien muy ajenos de que nadie los espiase.

Sucedió, pues, que el Gobernador de Cádiz habia tomado sus disposiciones para que, tan luégo como el secuestrado estuviese ya libre, se persiguiese sin tregua ni descanso á los criminales, que muy en breve salieron de la provincia de Cádiz.

Pero el Gobernador de Sevilla, que á la sazon lo era mi distinguido amigo el señor don Antonio Machado, recibió el dia 7 de Junio un telegrama de la autoridad civil de Cádiz, en que se le anunciaba la salida de los secuestradores de aquella provincia, y que se dirigian á Sevilla, adonde debian llegar en la misma noche ó al amanecer del dia siguiente, dándole tambien aviso de que más tarde llegaría el jefe de órden público de la citada provincia de Cádiz, con datos é informes respecto á los bandidos.

El celoso Gobernador de Sevilla, deseando prestar el importante servicio de prender á los secuestradores, y temiendo además que por cualquier accidente el comisionado no llegase á tiempo, juzgó muy oportuno adoptar sus disposiciones desde luégo, y, al efecto, reunió en su despacho á los jefes de la Guardia civil, con quienes se puso de acuerdo, comunicándoles sus instrucciones para que colocasen rondas de aquel benemérito cuerpo en las avenidas de la ciudad, camino de Cádiz y en toda la circunferencia de la poblacion, por si á campo travieso rodeaban el recinto para penetrar en ella sin riesgo, y disimulando la direccion que habian traido.

Tambien envió agentes de órden público, á fin de que ayudasen á los guardias, adoptando las precauciones convenientes, para evitar que los criminales se encaminasen por la barca de Coria del Rio directamente al barrio de Triana, sin tocar en la ciudad.

Cuando á las once de la noche llegó el jefe de órden público, enviado por el Gobernador de Cádiz, y dió cuenta exacta al señor Machado del plan que con arreglo á sus noticias y del punto en que, á su parecer, pudiera aprehendérseles, el Gobernador de Sevilla entónces pensó, por algunos momentos, en cambiar el plan que tenía concertado; pero luégo se afirmó en su primitivo propósito, con tanto mayor motivo, cuanto que, oyendo al comandante de la Guardia civil, que participaba de su misma opinion, manifestando las ventajas del proyecto adoptado, pues que teniendo gran confianza en las fuerzas de su mando, los criminales no podrian escapar si, en efecto, se acercaban á Sevilla; en tanto que si se les dejaba penetrar en la poblacion hasta el punto que indicaba el referido jefe de órden público, además de que esto era muy posible de que así no sucediese, todavía corríase el gran riesgo de que los bandidos se diseminasen por la ciudad, en cuyo caso sería muy difícil cogerlos á todos.

El Gobernador de Sevilla procedió, en efecto, muy atinadamente, manteniéndose firme en su primitiva resolucion, supuesto que los hechos vinieron más tarde á confirmar sus previsiones.

Sucedió, pues, que á las tres y media de la madrugada del miércoles, dia 8, cuando avanzaban los guardias de caballería Mateo Zarzuela, Juan Paez y Juan Dorado Gil por el camino de la venta de Guadaira, vieron parados en la puerta

de dicha venta tres hombres que habian echado pié á tierra de sus cabalgaduras, y que estaban pidiendo por una ventanilla que les diesen aguardiente, miéntras que otro permanecia á caballo.

Los citados guardias les intimaron que les presentasen las cédulas de vecindad; pero al oir esta intimacion, los que se hallaban á pié, se dirigieron rápidamente á recoger sus caballos, en cuyas monturas tenian colgados sus retacos, si bien no pudieron realizar su propósito, por haberlo impedido los guardias.

Sin embargo, el que estaba á caballo, disparó sobre los guardias, y metiendo espuelas, escapó con la velocidad del rayo.

El disparo del bandido hirió al guardia Juan Dorado Gil.

Pero en aquel mismo instante, llegaron á la carrera el sargento segundo Pedro Cordero Nogales y los guardias Bernabé García y Miguel Arcos de la Costa, los cuales formaban uno de los diferentes grupos de infantería, que para este servicio se habian nombrado aquella noche.

Merced á esta oportunidad y diligencia de los tres infantes, que se encargaron de la custodia de los bandidos, pudieron los dos guardias de caballería, que estaban útiles, salir rápidamente en persecucion del cuarto bandido, que con tan funesto acierto habia disparado contra el primer grupo de guardias de á caballo.

Acudieron tambien los agentes de órden público

á prestar auxilio á la Guardia civil y al herido; y como tambien los guardias, conmovidos por la desgracia de su compañero, se viesen en la precision de acudir, á la vez, en socorro del herido y á la custodia de los criminales, á consecuencia de haberse ausentado algunos agentes para dar avisos de lo ocurrido y traer además un médico y una camilla, creyeron los presos que fácilmente podrian arrollar á los que los guardaban, por lo que les acometieron, viéndose aquéllos en la dura é imprescindible necesidad de hacerles fuego, dándoles muerte en presencia del herido Juan Dorado Gil.

¡Este infeliz guardia, ya fuera de combate, pudo ver el castigo que por su temeridad y desacato, recibieron los criminales; aunque tal vez pensó con amargura, que habia logrado fugarse, el que le habia herido de muerte!

CAPÍTULO XV.

EPÍLOGO.

Inmediatamente el sargento Cordero Nogales dió parte de lo acaecido á su jefe don Manuel Villacampa del Castillo, comandante de la Guardia civil, quien, sin dilacion, se personó en el lugar del trágico suceso, disponiendo que en seguida trasladasen al herido á la más próxima Casa de socorro, que lo era la de San Juan de Dios, así como tambien ordenando, que condujesen los cadáveres al Hospital central, y que recogiesen los demás efectos pertenecientes á los muertos.

En seguida, el señor Villacampa practicó un escrupuloso reconocimiento, así del terreno como de todos los efectos que conducian los malhechores, del cual resultó, que dicho jefe puso á disposicion del teniente don Salvador Morana, fiscal que se nombró para la formacion del acostumbrado sumario, dos caballos, una yegua, armas, municiones y la cantidad de veintiun mil ciento cincuenta reales.

Posteriormente, el Gobernador entregó á dicho

fiscal la suma de cuarenta mil cien reales, que don Gabriel Campelo puso á disposicion de la referida autoridad civil, y cuya suma fué hallada por un criado del susodicho señor Campelo en una finca que éste poseia en las inmediaciones de la Venta de Guadaira.

Tambien el señor Villacampa dispuso que en el acto saliesen en persecucion del criminal que se habia escapado, enviando en su busca parte de la fuerza que constituia los grupos de la Guardia civil, y que con motivo de la refriega, se habian reunido en aquel mismo sitio á las órdenes del teniente graduado de capitan don Isidro Mantilla, jefe de la línea establecida aquella noche para llevar á cabo la operacion combinada de antemano, y á cuyas acertadas disposiciones, actividad, celo, inteligencia y energía, se debió la cumplida ejecucion de lo preceptuado, á la par que el éxito más satisfactorio.

En cuanto al valiente, pundonoroso é infeliz guardia Juan Dorado Gil, debo manifestar, que en la Casa de socorro se le hizo la primera cura, extrayéndole dos proyectiles del muslo derecho, junto á la ingle, y que trasladado al Hospital militar, falleció el dia 27 de Junio, á consecuencia de la herida, siendo objeto de la más tierna solicitud, por parte de sus compañeros, y del más vivo interés por parte de las autoridades y del vecindario de Sevilla.

Una vez trasladados al hospital los cadáveres de

los malhechores, dispuso el Gobernador civil que los fotografiasen, á fin de idéntificar sus personas, por medio de los retratos, supuesto que las cédulas de vecindad que llevaban eran falsas.

Y con este motivo, debo decir, qne dos de los individuos fotografiados, cuya identificacion pudo verificarse con la más completa exactitud, resultaron ser precisamente los mismos, cuyos nombres habia yo designado, desde que el ministro de la Gobernacion me pidió informes, respecto á quiénes pudieran ser los autores de este ruidoso secuestro.

Los dos malhechores, á quienes me refiero, eran naturales de Benamejí, habian tomado parte en otros secuestros, robos y asesinatos en aquella comarca, y se llamaban Juan Morales Montoro (a) *Cucarrete* ó *Cuco* y Francisco José Martin Espejo (a) *Malas-patas* y además conocido en cada territorio por un mote diferente.

En cuanto al tercero, no ha sido posible todavía, segun mis noticias, identificar su persona.

Tal fué el sangriento desenlace que tuvo para los bandidos el secuestro de los ingleses, quienes aún no habian regresado á Gibraltar, cuando ya habia caido sobre sus secuestradores el condigno castigo.

Tanto los señores Bonell, como el mismo Gobierno inglés, pudieron abrigar la satisfaccion de ver castigada su ofensa con una rapidez tan extraordinaria, que muy pocas veces podrá conseguirse en ningun país del mundo.

En efecto, en la madrugada del martes dejaban los bandidos al sobrino Bonell en un estrecho y solitario callejon de Jerez de la Frontera, y en la madrugada siguiente, es decir, á las veinticuatro horas, en la Venta de Guadaira, á las puertas de Sevilla, pagaban con su vida su odioso crímen tres secuestradores.

Por su parte, el Gobierno español, además de esta satisfaccion moral, reintegró al Gobierno inglés los veintisiete mil duros que el Gobernador de Gibraltar habia satisfecho por el rescate de sus súbditos.

El Gobierno inglés á su turno, se apresuró á manifestar en la forma conveniente su estimacion y aprecio á los guardias que capturaron á los criminales.

Sólo me resta añadir, que tambien los señores Bonell manifestaron, en los términos más expresivos, su agradecimiento á los citados guardias, así como tambien les enviaron el testimonio de su dolor por la desgraciada suerte de su digno y valeroso compañero Juan Dorado Gil, á cuya infortunada familia socorrió el Gobierno inglés con la suma de diez mil reales, así como tambien, prévio el permiso de la Direccion general de Guardia civil, regaló un revólver á cada uno de los guardias que tomaron parte en la mencionada refriega.

Además el Gobierno español concedió, por su parte, á dichos guardias la cruz sencilla de Mérito Militar, á excepcion del guardia de primera clase

Mateo Zarzuela, quien por haberse distinguido notablemente en aquel suceso, obtuvo la misma cruz pensionada con diez reales.

Así terminó de la manera más satisfactoria el conflicto entre ambos gobiernos, que promovido por desalmados facinerosos, pudo acarrear graves y lamentables consecuencias entre los dos países, por más que la violacion del derecho internacional, en ningun modo fuese imputable al poder público, sino á la ignorancia, codicia y perversidad de malvados secuestradores.

APÉNDICE.

Habiéndome dirigido á los señores Bonell, como á los demás interesados en las presentes NARRACIONES, bien que por conducto de la Guardia civil, por no tener yo relacion directa con dichos señores, á fin de que primero me facilitasen los datos necesarios para referir su secuestro, y despues para que me diesen su testimonio de la conformidad de mi relato con la exactitud de los hechos, he recibido la carta que á continuacion se inserta y que dice así:

« Gibraltar 17 de Marzo de 1879.

»*Señor don Julian de Zugasti.*

»Madrid.

»Muy señor mio: A instancia de don Andrés del Clos, teniente de la Guardia civil del puesto de San Roque, me permito dirigirme á usted, participándole que cuanto refiere respecto á nuestro secuestro (en 21 de Mayo de 1870) es completamente exacto y se halla conforme con nuestra declaracion.

»Queda suyo S. S. Q. S. M. B.

»JUAN ANTONIO BONELL.»

FIN DE LA NARRACION TERCERA.

NARRACION IV.

LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

(HISTORIA DE TRES SECUESTROS.)

CAPÍTULO PRIMERO.

LA HUERTA.

Como á dos kilómetros de la estacion de Casariche, situada en la vía férrea de Córdoba á Málaga, en el partido judicial de Estepa y provincia de Sevilla, no hace muchos años existia una pequeña casa, en la cual habitaba Francisco Fernandez Baena, conocido por el *Tio Martin*, uno de los caractéres más extraordinarios que registra la historia del crímen, con ser ésta, por desgracia, tan rica y abundante en tipos singulares, sorprendentes y aterradores.

La pequeña casa se componia de piso bajo, y en la cocina veíase, junto á la chimenea, un escotillon que daba paso á una cueva, la cual servía de cuadra y tenía otra entrada al lado que mira al Norte.

En dicho piso bajo habia dos puertas, una en frente de otra, así como tambien una estrecha escalera de nueve escalones que conducia á un sobrado, el cual tenía la misma extension que la planta baja.

En el sobrado veíanse tres pequeñas ventanas,

con puertas de madera las de Poniente y Mediodía, miéntras que la de Levante sólo tenía una cruz ó doble travesaño de madera, y cuyo hueco de ordinario estaba tapado con un capacho.

El terreno inmediato á dicha casa estaba destinado á huerta, y contiguo á ésta y formando un mismo predio, hay un olivar que atraviesa la citada vía férrea; de suerte que la referida vivienda quedaba sobre la izquierda, á la distancia de un tiro de pistola, bajando en direccion á Málaga.

La huerta se hallaba situada al Mediodía del pueblo de Casariche, sobre un declive hácia el rio de las Yeguas, cuyo antiguo cauce está poblado de álamos y chopos, que constituyen una frondosa y agradable floresta, en cuyos contornos se divisan tambien siempre verdes y vistosos olivos y fecundos frutales de variadas especies en todas direcciones, á excepcion del terreno montuoso á la parte de Oriente que llaman *Peñon de Ardila.*

Aquella finca era propiedad del referido *Tio Martin*, y en el mismo perímetro de ella existian dos chozas, una á cada lado de la vía, y las cuales habitaban en 1870 con sus respectivas familias dos hijos del *Tio Martin*, llamados el uno Juan y Antonio el otro.

Además tenía el *Tio Martin* otros cuatro hijos, dos varones y dos hembras, residentes todos ellos habitualmente, á excepcion de una hija que vivia en el término de Lucena, en el pueblo de Casariche situado á la distancia de dos kilómetros de dicha huerta.

En la referida casa que ántes he descrito vivia el *Tio Martin* con su mujer María Torres, por más que los hijos fuesen allí frecuentemente, no tanto por satisfacer el afectuoso deseo de visitar á sus padres, cuanto para ayudarle al viejo en sus faenas de hortelano y realizacion de sus criminales proyectos.

Durante su primera juventud, el *Tio Martin* habia sido mozo de mulas de don Diego Moreno, vecino de Mollina, provincia de Málaga; se casó á los veintidos años y vivió en su pueblo hasta que se trasladó con su familia á una huerta situada en el término de La Roda y perteneciente á don Francisco Pleités, natural de Estepa, provincia de Sevilla.

Entónces tenía Fernandez Baena veintisiete años y permanecio allí hasta que en el de 1830, cuando contaba él treinta y seis de edad, arrendó otra huerta de don Francisco Morales, vecino de Casariche, en la cual residió hasta el de 1847, en que compró la mencionada y descrita huerta, que, á la sazon poseia, y que fué propiedad de don Juan Moreno, natural y vecino de Estepa.

El *Tio Martin* era un hombre alto, seco, huesudo, moreno, con los ojos extraordinariamente vivaces y cuya fisonomía revelaba un conjunto monstruoso de astucia, de codicia, de sensualidad y de salvaje fiereza.

Su traje habitual consistia en chaqueta, chaleco con grandes botones de plata, calzon de punto azul,

tambien con botonadura de la misma clase, ancha faja, pespunteados botines, zapatos blancos y sombrero calañés, á cuyo majo atavío se añadia un escapulario de la Vírgen del Cármen y un rosario de cuentas gordas, que llevaba constantemente al cuello.

Contaba en la época de la presente narracion setenta y seis años; pero no obstante su avanzada edad conservaba todo el vigor de sus primeros años y toda la entereza de su ánimo feroz y resuelto.

La vitalidad de su organizacion era tan grande y extraordinaria, como la energía inquebrantable de su carácter, de suerte que para requerir mozas, armar pendencias y acometer arriesgados y criminales negocios, con tal que fuesen lucrativos, demostraba más resolucion, brío y audacia que sus propios hijos José y Francisco, los cuales, educados en la horrible escuela del crímen por su mismo padre, fácilmente se comprende que eran facinerosos consumados.

Encubria, sin embargo, el *Tio Martin* sus brutales y perversos instintos, bajo la más refinada hipocresía, hablando siempre á lo beato, y asistiendo con regularidad irreprochable á misa y á todas las funciones religiosas que se celebraban en Casariche, engañando así á sus convecinos, que le tenian por un hombre de bien y muy cristiano, supuesto que el solapado viejo, lo mismo pasaba las cuentas de su rosario con gran devocion, que atravesaba de parte á parte con su puñal el corazon de

sus víctimas, y por lo tanto, jamás demostraba lo que era, sino en compañía de las gentes de su jaez, entre las cuales tambien tenía gran crédito por su valor, astucia, reserva y experiencia.

Así, pues, los bandidos de toda aquella comarca, no sólo tenian en él gran confianza para que fuese cómplice en sus fechorías, sino que tambien le consultaban sus planes, los medios de ejecucion, la conducta que debian seguir y los compromisos y aprietos en que se veian, porque el *Tio Martin* á todo sabía dar vado, y siempre aconsejaba la resolucion más segura, acertada y favorable á sus intentos.

La casa de aquel malvado Nestor de todos los criminales de la comarca, era uno de los principales centros de sus operaciones, no sólo para los que se dedicaban á secuestros, sino tambien para las partidas de ladrones que robaban en despoblado, y frecuentemente celebraban reuniones en dicha casa, á donde solian ir los malhechores costeando la Sierra de los Caballos y atravesando la via férrea por el paso de nivel, miéntras que las chozas de los hijos del *Tio Martin* servian de atalayas para precaver oportunamente cualquiera contrario evento.

La huerta del *Tio Martin* estaba admirablemente situada, así para celebrar impunemente aquellas reuniones, como para conducir á ella y guardar allí á los secuestrados con gran seguridad y sin que nadie sospechase.

En efecto, la proximidad á la vía férrea y á la estacion y pueblo de Casarache, eran circunstancias muy favorables para desorientar á los sabuesos más experimentados y para desviar todo linaje de pesquisas de aquel sitio, por decirlo así, tan público y tan concurrido, á consecuencia del tránsito diario de trenes y pasajeros.

De aquí resultaba, que á ninguna autoridad, sin particular advertencia ó noticia, se le ocurriese buscar allí ningun secuestrado, ni mucho ménos sospechar que semejante vivienda era una especie de meson de cautivos y una madriguera de criminales.

En una noche de Marzo de 1870, estaba sentado al hogar el *Tio Martin*, en compañía de su mujer, que era pequeña, viva, de edad de setenta y dos años, natural de Mollina, partido judicial de Antequera, y á la cual su anciano esposo profesaba entrañable afecto.

El amor conyugal era la única virtud que se anidaba en el alma feroz del *Tio Martin*, si es que merece el nombre de virtud aquel afecto, en el cual entraba por mucho la sensualidad más brutal, es decir, una de las formas del más refinado egoismo, que frecuentemente se confunde con el amor apasionado y con la cariñosa ternura, sentimientos que deben significar lo contrario del egoismo, esto es, la abnegacion, para que merezcan el nombre de afecciones de buena ley.

De cualquier manera, es lo cierto que el *Tio*

Martin deponia su habitual aspereza siempre que conversaba á solas con su esposa.

En la noche á que me refiero, sostenia el matrimonio conversacion muy tirada, si bien de vez en cuando interrumpian su diálogo, saliendo el *Tio Martin* á la parte de afuera, tendiéndose en tierra y aplicando atentamente el oido para escuchar á la mayor distancia posible.

Várias veces practicó esta operacion, sin que al parecer quedase muy satisfecho del resultado, pues que de nuevo tornaba á sentarse en el hogar, reanudando con su mujer la conversacion interrumpida.

Al fin, el viejo dijo:

—¡Si no vendrán esta noche!

—Puede ser que les haya ocurrido algun percance, repuso la vieja.

—Es muy posible, porque estos negocios se desbaratan en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero si no vienen hoy, no dejarán de venir mañana.

—Segun y conforme, Mariquita, sean las dificultades que se les hayan presentado.

—Tal vez no haya podido ir hoy á la hacienda.

—¿Y si no ha ido, porque ha husmado algo?

—Entónces, que allá se las compongan.

—¡Hum! ¡Hum! refunfuñó el viejo con evidentes muestras de mal humor. Tambien el diablo las carga, y donde ménos se piensa salta la liebre.

—Lo peor que puede haber sucedido es que los

hayan preso; pero ellos no son niños de teta y no tienen interés tampoco en perjudicarnos.

—Tienes razon, mujer, y eso me tranquiliza; pero... ¿no has oido?

—No, no he oido nada.

—Pues me parece que ya están ahí.

Y así diciendo, tomó su retaco y salió precipitadamente de la estancia.

En efecto, el viejo habia creido oir el ruido de los pasos de una persona que se acercaba.

No se habia equivocado, pues en seguida reconoció á uno de los que con tanta inquietud y ansiedad estaba esperando, el cual aproximándose, le dijo:

—Buenas noches, *Tio Martin.*

—¿Cómo habeis tardado tanto?

—Ya le contaremos lo que ha pasado.

—Creí que ya no veníais esta noche. ¿Vienes solo?

—No, señor; ahí está mi compañero con el pájaro.

—Pues aquí está ya la jaula prevenida, y podeis traerlo al instante.

—Entónces lo traeremos ahora mismo.

Y el recien llegado se alejó por el mismo camino que ántes habia traido, miéntras que el *Tio Martin* dirigióse á la parte Noroeste de la casa, y á la distancia de veintiocho pasos se detuvo, apartando una porcion de taramas y descubriendo una abertura, por donde holgadamente cabia un hombre.

El viejo desapareció por aquella abertura, á cuyos bordes llegaron poco despues dos hombres conduciendo asido por los brazos á otro, que traia la cabeza envuelta en un pañuelo.

—¡Por Dios! ¿Qué van ustedes á hacer conmigo? dijo con voz ahogada y lastimera el de la cabeza tapada, al sentir que lo descolgaban en aquella fosa, que la tierra desaparecia bajo sus piés, y que dos manos de hierro le cogian por las piernas, atrayéndole con irresistible fuerza.

—Calla, infame, dijeron en voz baja y terriblemente amenazadora los de arriba.

—Si hablas una palabra más, dijo abajo la voz bronca del *Tio Martin*, ésta será tu sepultura.

La infeliz víctima de aquella brutal violencia comprimió un gemido, y como una masa inerte se dejó arrastrar por el *Tio Martin* en aquel antro.

Luégo lo sentó contra una pared, y descubriéndole la cabeza, le llenó los oidos de yesca, diciéndole:

—Como te quites estos tapones, cuenta que eres muerto.

En seguida, con el mismo pañuelo le vendó fuertemente los ojos, sujetándole con él la yesca en los oidos.

Terminada esta operacion á tientas, pero con tanta rapidez y seguridad como si lo hubiera practicado á la luz del sol, el *Tio Martin* cogiéndole las piernas, le colocó de tobillo á tobillo una traba de hierro, diciéndole:

—Aquí es inútil que chilles ni hables, porque nadie ha de oirte.

Y sin proferir más palabra, el desalmado viejo reapareció por la abertura, junto á la cual permanecian inmóviles y silenciosos los dos conductores del infeliz soterrado.

CAPÍTULO II.

EN DONDE SE SABE QUIÉN ES EL DE LA CABEZA TAPADA.

Despues de cubrir perfectamente con las taramas la boca del subterráneo, el *Tio Martin* y los dos bandidos se dirigieron á la casa.

El viejo le dijo á su esposa que les aviase de comer á los recien llegados.

Inmediatamente la solícita María Torres frió unas magras con huevos, y les puso la mesa junto á la lumbre, no sin echarles ántes un par de rondas de vino, haciéndoles tambien la razon el *Tio Martin.*

Durante la cena, el viejo invitó á los bandidos á que le refiriesen las aventuras de aquel dia y la causa de no haber llegado allí á la hora concertada.

—¿No sería mejor cerrar esta puerta? dijo uno de los bandidos señalando á la del Mediodía, que no estaba cerrada como la de en frente.

—Como querais; pero no hay cuidado, porque ya sabeis que los muchachos están avizorando desde las chozas y avisarán si ocurre alguna novedad, respondió el *Tio Martin.*

—Tiene usted razon, dijo el otro bandido, que

se llamaba Antonio Romero Pozo, aunque todos le nombraban Alberto, natural de Antequera y desertor de presidio.

—Vamos á ver. ¿Qué ha sucedido?

—Que nos apoderamos de él á eso de las diez y media de la mañana, segun y conforme lo teníamos trazado, respondió Alberto, y todo salió á pedir de boca, hasta que por último tuvimos un mal encuentro.

—¿Muy léjos de aquí? preguntó el viejo.

—No, señor; ahí en el Vado Ferrero, contestó el otro bandido, que se llamaba José Carrascoso Gamboa.

—¿Y con quién tropezásteis en ese sitio?

—Con los demonios del infierno, respondió Carrascoso.

—Con la Guardia civil, añadió sonriéndose Alberto.

—¡Mal tropiezo! exclamó el *Tio Martin*.

—¿Y cómo salísteis del paso?

—Nos dieron el alto y salimos á uña de caballo, y entónces la pareja hizo fuego; pero ya habíamos tomado mucho vuelo, y se quedaron con un palmo de narices, y hemos tenido que dar un gran rodeo para que perdieran la pista, dijo Alberto.

—Muy bien hecho, respondió el *Tio Martin*, porque hubiera sido una gran torpeza el encajarse aquí de sopeton, despues de ese percance.

—Por eso, añadió Carrascoso, tomamos campo y estuvimos culebreando por esos olivares, hasta

que ya bien entrada la noche dejamos los caballos donde usted sabe y nos escurrimos hasta aquí, sin que la tierra nos haya sentido.

—Vamos, la cosa no es de cuidado; pero bueno será estar alerta por lo que pueda suceder.

—Fuera de ese tropiezo con la Guardia civil, continuó Carrascoso, no ha ocurrido nada de particular, porque desde la hacienda lo traspusimos á los Paredones del Barranco, y allí, en lo más espeso de aquellos olivares, nos aplastamos algunas horas para evitar encuentros con la gente· pero á pesar de nuestras precauciones, no pudimos evitar el que nos vieran algunos cuando atravesamos por *los Jarales*.

—Pues entónces, veo que el negocio no ha podido salir mejor, dijo el *Tio Martin*; pero al pronto confieso que vuestra tardanza me dió mala espina.

Los bandidos y el *Tio Martin* continuaron largo rato bebiendo alégremente y celebrando la buena fortuna con que habian dado el golpe, sin más inconveniente que el citado encuentro con la Guardia civil, al que no dieron importancia.

Por lo demás, el lector habrá columbrado algo del negocio en cuestion por el diálogo precedente.

Es el caso que por entónces vários malhechores se habian convenido para verificar el secuestro de don Francisoo Agapito Delgado, vecino del pueblo de La Alameda, partido judicial de Archidona, provincia de Málaga.

Los secuestradores eran vecinos de los pueblos

inmediatos y conocian perfectamente las costumbres de dicho señor Delgado, que tenía un olivar de su propiedad, distante como un cuarto de legua del referido pueblo, á cuya finca iba con frecuencia.

Pero como siempre que se verifica un secuestro, los perpetradores del crímen tienen ya dispuesto de ordinario el alojamiento de la víctima, se habian concertado de antemano con el *Tio Martin* para que ocultase en su huerta al prisionero, ínterin arrancaban á su familia el apetecido rescate.

Ahora bien; ya se ha visto que los bandidos se habian apoderado, á las diez y media de la mañana, sin dificultad alguna, de dicho señor Delgado, que se hallaba muy tranquilo en su finca y muy ajeno del lazo que se le habia tendido.

Hechas estas explicaciones, excusado parece decir que el infeliz cautivo que el lector ha visto sepultar en el subterráneo, poco distante de la casa del *Tio Martin*, no era otro que don Francisco Agapito Delgado.

La situacion tristísima del prisionero podrá fácilmente comprenderse, al considerar que don Agapito se hallaba muy delicado de salud, que contaba cincuenta y ocho años y que era jefe de una honrada y numerosa familia, compuesta de su esposa y cinco hijos.

Volviendo ahora al *Tio Martin* y á sus convidados, debo decir que á la sazon se ocupaban muy sosegadamente de sacar el mejor partido de su presa.

—¿Y cuánto pensais pedir por el rescate? preguntaba el redomado viejo relamiéndose, despues de tirarse á pecho un jarro de vino.

—Eso es menester consultarlo con los amigos, respondió Carrascoso; pero este hombre debe tener el riñon bien cubierto y le haremos soltar la sustancia.

—Entre los muchachos se ha pensado en sacarle doce mil duros, añadió Alberto.

—Tal vez no pueda soltar esa cantidad, dijo el *Tio Martin*, porque yo le conozco, y tiene mucha familia y muchos gastos, y no se tienen así doce mil duros reunidos á toca teja tan fácilmente.

—En fin, allá veremos lo que se resuelve, contestó Alberto.

—Pues eso teneis que ventilarlo pronto para que escriba la carta, observó el *Tio Martin*.

—Dice usted bien, respondió Carrascoso; y ahora mismo nos vamos; no sólo para zanjar ese asunto, sino tambien para disponer cómo se ha de llevar la carta á la familia.

—Pues andarse con mucho tiento y *muncho zentio*, porque en un instante sobreviene un *estrupisio*, dijo sentenciosamente el *Tio Martin*. A estas horas ya andará la familia por todas partes *julnando* para saber el paradero de ese hombre, pero en estos casos todo el *aquel* está en libertarse de los primeros aletazos, porque luégo la gente se aplaca y deja sola á la familia que se las componga como pueda.

—Descuide usted, que así lo haremos, respon-

dieron á la vez los dos bandidos, reconociendo la superioridad del *Tio Martin* y la exactitud de sus advertencias.

En seguida, Carrascoso y Alberto despidiéronse del viejo y de su mujer, saliendo de la estancia y deslizándose á paso de lobo á donde tenian los caballos.

Cuando los dos malhechores hubieron desaparecido, el *Tio Martin*, frotándose las manos con aire satisfecho, dijo á su mujer:

—Este muchacho Alberto vale de oro más que pesa. ¡Ya el negocio es seguro!

—¿Y nos tocará una buena parte? ¿No es verdad? dijo la vieja.

—¡Ya lo creo! La mejor parte es siempre la mia, porque de algo me ha de servir el ser viejo.

—¿Y no vas á darle una vuelta?

—Ese está ahí seguro.

—Pero podias llevarle algo de comer y agua.

—Déjalo que se aguante hasta mañana, que sepa lo que son penas.

Y tomando un vaso de vino se lo dió á su mujer, diciéndole:

—Échate un traguito, vieja mia, que yo voy á dar un vistazo, y en seguida nos iremos á la cama.

La vieja se tiró al coleto el contenido del vaso, miró con ojos encandilados á su marido, y éste salió de la estancia dirigiéndose hácia el subterráneo, andando con mucha precaucion y habiéndose detenido junto á las taramas, permaneció allí con

el oido atento, durante algunos minutos, al cabo de los cuales, volvióse tranquilamente y con la misma precaucion á la casa.

Pocos momentos despues, el *Tio Martin* cerró la puerta y se recogió en el lecho con su esposa.

CAPÍTULO III.

LOS ABISMOS DE LA CONCIENCIA EN UN SUBTERRÁNEO.

Existe un inevitable paralelismo, una ecuacion ineludible, una armonía fatal, una conmensuracion necesaria entre el estado interior de la conciencia y el mundo externo de la naturaleza, que la rodea é impresiona.

El hombre suele sentirse con frecuencia diferente de sí mismo, no obstante la unidad trascendental y permanente del *yo*, segun el lugar, la hora, la estacion, el clima, la situacion, las pasiones que le dominan, las influencias que recibe, y hasta segun los alimentos de que se sustenta.

Si esta verdad es incontestable, fácilmente se comprenderá el extraordinario influjo que vinieron á ejercer las circunstancias exteriores sobre el alma y el cuerpo del infeliz cautivo, don Francisco Agapito Delgado, en aquel antro, que además de la noche que sigue al dia, dejaba caer sobre su espíritu y sus sentidos aquella otra noche perpétua del tenebroso y húmedo subterráneo.

Cuando allí le dejó abandonado el feroz *Tio Mar-*

tin, apénas el infeliz prisionero tenía conciencia de sí propio, sintiendo las emociones del mundo exterior, como á una inmensa distancia de la realidad y como si se hallase en un estado verdaderamente cataléptico.

Su vida entónces se encontraba en una situacion, permítaseme la palabra, evidentemente anfibia. oscilando entre los confusos é indeterminados límites del sueño y de la vigilia, de la realidad y de la ilusion, de lo positivo y de lo aparente.

En su conciencia abrigaba como un recuerdo vago, indeciso y lejano, lo que le habia ocurrido aquel dia, y en el fondo de este recuerdo sólo divisaba clara y distintamente, que habia sido sorprendido y apresado en su finca de una manera violenta y que despues lo habian conducido á aquella especie de sepultura, en que á la sazon yacia.

A la situacion general en que el prisionero se encontraba, ignorando su suerte y sufriendo tambien físicamente por el estado de su salud quebrantada, se añadió muy pronto el poderoso influjo de aquella horrible mansion, que era una zanja de tres varas de profundidad por dos de ancho, cubierta entónces su pequeña boca por ramaje, pero el resto con tablas, sobre las cuales habia tierra labrada, de suerte que parecia una de esas eras ó cuadros, que preparan los hortelanos para poner plantas.

El fondo de aquel antro era cenagoso y el olor térreo y su estrechez asfixiante oprimian el corazon

y los pulmones del infeliz secuestrado, repercutiendo en su alma, como de la voz surje el eco, aquella sensacion opresiva y angustiosa que le hacía experimentar, bajo el doble aspecto moral y físico, agonías mortales.

Al aire libre, en medio de las tinieblas de la noche y áun con la venda en los ojos, que le impidiese mirar el cielo y las estrellas, habria sufrido, sin duda, las dolorosas angustias de su situacion desgraciada; pero en aquella nauseabunda fosa se aumentaban todos sus tormentos con las imágenes sombrías de la muerte y de la tumba.

El infeliz cautivo habia llegado á esa edad en que el hombre, más que de sí mismo, vive y goza de la vida y felicidad de los suyos, y por lo tanto, sus padecimientos personales desaparecian á sus ojos, ante la idea y el recuerdo de la inquietud, pena, congoja y sobresalto en que, á la sazon, se hallarian su amada esposa y sus queridos hijos.

El prisionero recordaba con indecible tristeza, que todas las noches, cuando volvia de su heredad al pueblo, ya estaban en su casa sus hijos, unos solteros y otros casados; pero que todos se hallaban presentes durante la hora de la cena; y pensaba tambien, no sólo que aquella noche no los veia, sino en que acaso ya no volveria más á verlos, atendido el estado de su salud y la crueldad de sus verdugos, que le dejaban allí sepultado en la tierra, sin cuidarse de sus padecimientos y sin proveer siquiera á sus más estrictas y perentorias necesidades.

El recuerdo de su adorada familia volvió á su espíritu en toda su plenitud el sentimiento de la realidad, y bajo esta insoportable impresion, lágrimas de fuego se desprendieron de sus vendados ojos, que para sorprender un rayo de la luz que alumbra á los vivos, hubieran tenido que atravesar las triplicadas tinieblas del pañuelo que los cubria, del subterráneo que los encerraba y de la noche natural, cuyo manto de sombras extendíase á la sazon sobre la tierra.

¿Qué pensarian en aquella hora sus hijos? ¿Qué sentiria su amada esposa, la dulce y perpétua compañera de las prosperidades y desventuras de su vida? ¿Volverian á verlo? ¿Quedaria él allí sepultado para siempre, separado del mundo de los vivos y léjos de su familia idolatrada? ¿Le darian libertad por un rescate asequible á su modesta fortuna? ¿Sucumbiria él ántes, á causa de sus dolencias y de aquel inhumano tratamiento de que entónces era víctima, debiendo renunciar así al único placer verdadero que ofrece el mundo, las santas emociones del amor conyugal y del afecto de los hijos? Hé aquí las dolorosas preguntas, que con actividad calenturienta y con dolor infinito, dirigíase á sí propio el infeliz soterrado.

Entónces, el triste padre, que siempre habia sido profundamente religioso, sintió nacer en su alma un pensamiento enérgico y potente, si bien deforme, antihumano y monstruoso, un pensamiento incrédulo que provenia de la injusticia de los hom-

bres, un pensamiento de blasfemia que en alta voz le hizo prorumpir en las palabras siguientes:

—¡Dios mio! ¿Qué delito he cometido para ser tratado con tan espantosa crueldad? ¿Por qué, oh Creador del cielo y de la tierra, permites que cometan los hombres tan horrorosas injusticias, tan odiosos atentados? ¿Merezco yo mi triste suerte? ¡No! Toda mi conciencia me dice á voces, que no la merezco. ¡Dios no existe!

Aquellas tremendas palabras resonaron en el subterráneo de una manera extraña, con una entonacion indefinible, con un timbre sobrenatural, como el diálogo fantástico de los muertos en un cementerio.

El eco mismo de su blasfemia vino á impresionar al infeliz que la habia proferido, de una manera tan extraordinaria, sorprendente y maravillosa, que se imaginó que alguien repetia sus mismas palabras; pero con un tono irresistible de reconvencion y de ironía.

La fascinacion del malaventurado cautivo, que acaso en aquel momento era víctima de la fiebre, llegó hasta el extremo del delirio y de preguntar:

—¿Quién está ahí?

Y extendiendo los brazos en la oscuridad, repitió varias veces y con voz desentonada:

—¿Hay aquí alguien?

En efecto, la voz que áun repitiendo las palabras del cautivo, parecia contradecirlas con tanta obstinacion y poderío, era la inextinguible voz de su

misma conciencia alarmada, escandalizada, indignada y ofendida contra su terrible y espantosa blasfemia.

Así lo comprendió el afligido secuestrado, que muy en breve sintió brotar en su mente, como bajo la insuflacion de un espíritu invisible, este pensamiento y estas palabras:

—¡Insensato! ¿Qué sería de la libertad humana y del mérito moral de los hombres, si no tuviesen el poder de elegir entre el bien y el mal? ¡El Dios que permite esos crímenes, tambien los castiga en la otra vida!

Y este pensamiento consolador, que á la vez contenia la dignidad del hombre, la inmortalidad del alma y la justicia de Dios, cayó sobre su espíritu atribulado, como el rocío sobre las mústias flores, sirviéndole de almohada y de reposo para entregarse por algun breve espacio al sueño reparador, de que tanto necesitaba.

CAPÍTULO IV.

DE CÓMO LOS SECUESTRADORES CONVINIERON EN LA CANTIDAD DEL RESCATE.

Al dia siguiente bajó á ver al prisionero el *Tio Martin*, provisto de pan, de algunas habas verdes, que acababa de coger en la huerta, y de una cantarilla de agua.

El infeliz cautivo, despues de haber dormido algunas horas, abrumado por el dolor y el cansancio, se hallaba despierto, con la inquietud y desasosiego que eran tan naturales en su crítica situacion, y además casi desfallecido de sed, de necesidad y de frio.

El viejo *Martin*, aproximándose al secuestrado, le sacudió fuertemente, y quitándole los tapones de los oidos, le preguntó:

—¿Tienes ganas de comer?

—Tengo necesidad de alimento y, sobre todo, una sed abrasadóra.

—Pues toma y bebe.

Y el *Tio Martin* puso la cantarilla en manos del cautivo; pero éste no tenía fuerzas suficientes para sostenerla, llena como estaba; de suerte, que fué

necesario que el viejo se la tuviese con ambas manos para que aquél pudiera beber á su gusto.

En seguida, el *Tio Martin* le dijo:

—Toma pan y habas verdes, que con esto engordan los muchachos en este tiempo, que es una delicia.

—Desgraciadamente no soy muchacho, sino viejo y enfermo.

—Pues no gastas pocos melindres. Más viejo soy yo que tú, y nunca me falte pan y habas verdes.

—Pero usted, supongo que estará bueno.

—Eso sí, estoy bueno, sano y fuerte como un roble. ¿Conque no quieres comer?

—No es que no quiera, sino que no puedo ni tengo alientos para masticar nada. Si hubiera un poco de caldo...

—¡Demonio! exclamó el *Tio Martin.*

—Tambien tomaria un poco de leche, en fin, alguna cosa líquida.

—No hay más que leche; pero es una diabluría que me hagas volver á traerte esa golosina.

—Hágame usted el favor por caridad, que me siento muy abatido.

El *Tio Martin* no tenía inconveniente en complacer al cautivo; pero sí lo tenía, y muy grande, en hacer de dia muchos viajes á la cueva.

Sin embargo, no creyendo discreto ni oportuno comunicar al secuestrado la verdadera causa de su repugnancia, le dijo refunfuñando:

—¡Vaya un huésped delicado que me ha caido!

Voy á traerte un poco de leche, ya que te empeñas.

El *Tio Martin* salió, regresando muy pronto con un pequeño puchero lleno de leche.

El prisionero apuró con ánsia su contenido, agradeciéndole á su carcelero, en los términos más expresivos, aquella complacencia.

Ya se disponia el *Tio Martin* á retirarse, cuando el prisionero se aventuró á preguntar:

—¿Sabe usted si estaré aquí mucho tiempo?

—No sé una palabra.

—¿Y qué van ustedes á sacar de que yo me muera aquí como un perro?

—Eso dependerá, segun yo barrunto, del comportamiento que tenga su familia.

—Pero ¡si mi familia no sabe nada!

—Las malas noticias se saben pronto, y no tardarán en enterarse, y entónces veremos.

El secuestrado, al recuerdo de su familia, exhaló un doloroso y profundo suspiro.

El *Tio Martin*, sin hablar más palabra, volvió á ponerle al prisionero la yesca en los oidos, y en seguida, encaramándose como un gato sobre la abertura, que tapó con el ramaje, dirigióse á la casa, dejando al malaventurado cautivo sumergido en un mar de confusiones y desgarradores pensamientos.

Así trascurrió todo el dia para el pobre soterrado, bien que para él todo el tiempo era noche lóbrega y eterna en aquel antro, y con los ojos vendados por añadidura.

Entre tanto, el *Tio Martin* se habia entregado á sus ocupaciones ordinarias con mucha tranquilidad y sosiego.

Ya bien oscurecido, se deslizaron entre las sombras de la noche varios bultos, que se dirigieron rápidamente á la casa de la huerta, en cuyo piso bajo se paseaba, á la sazon, el *Tio Martin* con aire sombrío y meditabundo.

El viejo se detuvo al oir el ligero ruido de aquellos precipitados pasos, asomóse despues á la puerta, y vió delante de sí á cuatro hombres, vestidos á uso de los contrabandistas y armados con sus correspondientes retacos.

—¡Hola! exclamó alegremente el *Tio Martin*, reconociendo á los recien llegados. Entrad, mocitos, que no conviene perder tiempo.

Los cuatro hombres penetraron en la estancia y sentáronse junto al hogar en sillas, cuyos asientos eran de soga.

El *Tio Martin* permaneció de pié, dirigiendo alternativamente sus escrutadoras miradas á todos y á cada uno de los circunstantes, que eran Alberto, Carrascoso y otros dos compañeros.

—¿Y cómo está ese hombre? preguntó Alberto.

—Más muerto que vivo.

—¿Tanta *jindama* tiene? interrogó uno de los nuevos compañeros, natural del mismo pueblo del secuestrado, y á quien por apodo llamaban *Cagarrache*.

—De todo tiene la viña, respondió el *Tio Mar-*

tin; pero yo creo que lo que más acongoja á ese hombre, es él que no anda bueno de salud.

—Algo delicadillo dicen que andaba, repuso *Cagarrache;* pero ya se irá haciendo á los trotes.

—No ha querido comer nada, y sólo ha tomado un poco de leche.

—¿Si pensará morirse ahora ese *condenao?* dijo Alberto.

—Yo no le he visto desde esta mañana, y cuando llegásteis, estaba pensando en ir á verlo; pero me alegro que hayais venido para determinar lo que se ha de hacer.

—Pues á eso venimos, respondió Carrascoso, porque cuanto ántes es menester que ese hombre escriba á su casa, pidiendo lo que conviene.

—¿Y habeis convenido ya cuánto ha de mandar la familia? preguntó el *Tio Martin.*

—Todavía no estamos de acuerdo, contestó Carrascoso, porque algunos compañeros dicen que doce mil duros no los puede mandar esa familia.

—Yo que soy del mismo pueblo y lo conozco bien, creo que no se deben pedir más que ocho mil duros. ¿No es verdad, *Tio Martin*? añadió *Cagarrache.*

—Esa es mi opinion, respondió el viejo, como anoche se lo dije á éstos, porque ese hombre tiene mucha familia y muchos gastos, y más vale pedir de una vez lo que sea seguro, que no pedir imposibles, porque con eso no se consigue más que perder tiempo.

Las razones del *Tio Martin* parecieron atendibles y decisivas á Carrascoso y á los demás compañeros, por lo cual determinaron que el secuestrado escribiese una carta á su esposa, exigiéndole ocho mil duros por su rescate.

Una vez de acuerdo sobre este punto capital, el *Tio Martin* sacó una tabla, un tintero de cuerno y un pliego de papel, todo lo cual entregó á Alberto, diciéndole:

—Lleva tú eso, muchacho, que para este negocio basta que bajemos los dos.

—Dice usted bien, respondió *Cagarrache;* pues aquí aguardaremos.

El *Tio Martin* encendió en seguida un farolillo y ocultándolo debajo de una manta, se dirigió á la cueva, siguiéndole Alberto.

Pocos momentos despues se hallaban los dos en el subterráneo y en presencia del cautivo que, no obstante su debilidad, cobró algun ánimo al sentir la llegada de sus visitantes, imaginándose acaso que pudieran llevarle alguna noticia que le sacase de su cruel incertidumbre y de su estado insoportable.

Así, pues, bajo esta impresion y espectativa, el prisionero, que ántes estaba recostado en el suelo, se incorporó rápidamente, aguardando á que le hablasen.

El *Tio Martin* le asió bruscamente por debajo de los brazos, y volviéndole de espaldas hácia los recien llegados, tornó á sentarle de frente á un rincon

de la cueva, aflojándole en seguida por detrás el pañuelo que le vendaba los ojos y los oidos, é intimándole con voz terriblemente amenazadora, que en el acto moriria de una puñalada, si volvia la cabeza.

—¿Podrás escribir una carta? preguntó Alberto.

—Sí, señor, respondió el cautivo.

Entónces Alberto le colocó sobre las rodillas la tabla y en ella el tintero y el papel, miéntras que el *Tio Martin* le quitó el pañuelo, repitiéndole:

—Ya sabes que mueres, si vuelves la cara, pues sólo te he destapado para que escribas lo que te se mande.

—Lo haré en cuanto pueda, pues ahora se me turba la vista.

—Eso te pasa pronto, dijo el *Tio Martin* cogiendo el farolillo que habia dejado en el suelo y alumbrando al prisionero por encima de sus hombros.

Trascurridos algunos momentos, el secuestrado tomó la pluma, y restregándose fuertemente los ojos, dijo:

—Aunque con trabajo, escribiré lo que ustedes me digan.

Alberto entónces sacó un enorme puñal, y mostrándoselo tambien por encima del hombro al cautivo, le anunció que con él le atravesaria de parte á parte, si hacía el más mínimo movimiento para volver la cabeza.

En seguida Alberto le dictó lentamente la carta que á continuacion trascribo, tal y conforme está escrita y la recibió la familia, y es como sigue:

«Querida esposa: sabrás como con esta fecha estoy en poder de los caballistas, pues me piden ocho mil duros, si quieres volverme á ver; éstos los mandarás sin falta para el dia 25 del presente Marzo, en los términos siguientes: primero, el dia 25 del actual, á las doce de su mañana, saldrá un hombre de La Alameda con los ocho mil duros y esta carta tambien, tomará el camino de La Roda con un mulo negro, éste llevará una cencerrilla colgada del pescuezo, y el hombre irá vestido de corto, la bota derecha puesta y la izquierda en la mano; llegará á La Roda y de allí saldrá para Sierra de Yeguas, y de allí pasará á la Jara, irá á la posada y estará allí hasta el 26.

»El dia 26 saldrá á los Corrales, y de allí al Saucejo, y en el Saucejo irá á la posada y estará hasta las cinco de la tarde; á las cinco de la tarde saldrá para dormir en la Jara otra vez, y el dia 27 saldrá por los mismos pasos hasta llegar á La Alameda.

»Señora, la señal que le han de dar al conductor son éstas: le dirán: amigo, ¿es usted del Saucejo? Y él responderá: No, señor; pero allá voy. Y entónces le dirán: Déme usted la carta. Y entregará la carta y dicha cantidad, en la inteligencia que si usted dá publicidad á esto y le roban el dinero, no vé usted á su esposo hasta que yo me entregue en dicha suma.

»Como usted me falte en un punto á lo ántes dicho, en las calles de su pueblo amanecerá la cabeza para escarmiento de verdugos del dinero.

»El dia que se sepa que no manda usted el dinero, usted y sus hijos tendrán que irse donde nosotros no lo sepamos, porque como lo sepamos, haremos con ustedes otro tanto que con su esposo, si no hacemos más.

»María, esto lo mandas tal como vá puesto, que no se entere nadie el dia que sale el dinero, no sea que lo vayan á robar y nos cueste doble.

»María, harás lo posible porque no haya falta, y que para el dia 25 se cumpla todo como vá puesto; lo mandarás con Frasquito, y cuidado no se entere nadie de la Guardia civil, porque peligra mi vida.

»FRANCISCO ÁGAPITO DELGADO.»

Terminada la carta, se apoderó de ella Alberto y la leyó atentamente, pareciendo satisfecho de su contenido.

Luégo la dobló, exigiendo que tambien el cautivo escribiera el sobre.

Y en seguida el *Tio Martin*, miéntras le vendaba los ojos y le tapaba los oidos, le dijo:

—Ahí tienes pan, habas verdes y agua, por si tienes apetito.

Dichas estas palabras tomó el farolillo, á la vez que Alberto recogió la tabla y el tintero, y ámbos salieron de la cueva dejando al infeliz cautivo abru-

mado por las más tristes reflexiones, al considerar la dolorosa y desesperante impresion que su carta habia de producir en su acongojada familia.

En efecto, el cautivo no habia opuesto la más mínima resistencia para escribir todo cuanto Alberto quiso dictarle, pero en su interior lamentaba su triste suerte, porque demasiado bien sabía que su familia se hallaba en la absoluta imposibilidad de remitir á los bandidos tan crecida suma, y al mismo tiempo estremecíase al pensar lo que harian con él, á consecuencia del enojo y furor que infaliblemente produciria en sus verdugos el verse defraudados en sus esperanzas.

CAPÍTULO V.

LAS PRIMERAS NOTICIAS QUE SE TUVIERON DEL SECUESTRADO.

Por más que nadie pudiera sospechar el atentado que se trataba de cometer contra la persona de don Agapito, y que, por lo tanto, su familia estuviese completamente tranquila esperando su regreso, es lo cierto, que algunas horas despues de habérselo llevado del olivar, cundió por el pueblo la noticia de que lo habian visto en el sitio, denominado de los *Jarales*, distante como una legua de La Alameda y en compañía de dos hombres de aspecto sospechoso, y montado á las ancas del caballo de uno de ellos, y cubierto con una capa.

Este rumor no llegó, sin embargo, á los oidos de su esposa doña María Gallardo.

Cuando los hijos, que se hallaban aquel dia en diferentes puntos de aquel término, ocupados en sus faenas agrícolas, volvieron por la noche al pueblo, llegó á su noticia lo que de público se decia, y entónces preguntaron á su madre por don Agapito,

la cual les contestó que nada sabía de él desde que por la mañana, á eso de las diez, habia salido para el olivar, situado en el partido de Calvo, con un escardillo al hombro, y que ya estaba inquieta y recelosa por su tardanza.

Con tales noticias, los hijos acudieron inmediatamente al mencionado predio, para ver si por alguna otra señal se confirmaba la siniestra interpretacion, que la gente del pueblo habia dado al hecho de que don Agapito fuese en compañía de aquellos dos hombres de mala catadura por el camino de Estepa, y los cuales desde luégo habian sido calificados de secuestradores.

Los hijos registraron la hacienda y sus inmediaciones, sin advertir otra señal que la huella de dos caballos que, en efecto, se dirigia hácia el sitio de los *Jarales*, por donde algunos vecinos del pueblo aseguraban haber visto pasar á su padre, como á las once de la mañana, en compañía de dichos dos hombres.

La familia entónces comenzó á sospechar que su padre habia sido víctima de algun lazo, confirmándose más y más en esta opinion por la circunstancia de no haber regresado aquella noche al pueblo, lo cual siempre hacía don Agapito, tanto porque la finca no tenía casa, cuanto por la corta distancia que se hallaba de La Alameda.

Así, pues, inmediatamente dieron cuenta de lo acaecido al Alcalde y á la Guardia civil, que sin dilacion se pusieron en movimiento para averiguar

el paradero del desaparecido, sin que los hijos dejasen por esto de practicar, por su parte, cuantas diligencias estaban en su mano para encontrar á su adorado padre.

En efecto, á la mañana siguiente, acompañados de muchos vecinos, practicaron un nuevo y minucioso reconocimiento en el olivar citado y todas sus cercanías, sin que de él resultase ninguna luz ni dato que pudiera conducirlos al descubrimiento de la verdad; pues que todo el éxito de aquella operacion se redujo á encontrar pendiente de un olivo el escardillo, que del pueblo habia sacado su padre en la mañana precedente.

Entónces adquirieron en el ánimo de los hijos una importancia decisiva los rumores que habian circulado por el pueblo, respecto á que don Agapito iba secuestrado, al parecer, cuando le habian visto pasar por el sitio de los *Jarales;* pero por más preguntas y pesquisas que hicieron, no les fué posible ampliar más sus noticias, ni siquiera rastrear la direccion que desde el punto mencionado habian seguido.

Figúrese ahora el lector la pena y angustia indecible de aquella desolada familia por la misteriosa desaparicion de su querido jefe, á cuya tristeza y amargura se añadia la dolorosa consideracion de la edad de don Agapito, y del estado de su salud delicada.

La cruel incertidumbre de aquella infeliz familia subia de punto, al pensar que su jefe, por su ca-

rácter bondadoso y apacible, no tenía enemigos que pudieran intentar una venganza, ni la situacion modesta de su fortuna podia justificar tampoco la creencia de que hubiera sido secuestrado para exigirle un crecido rescate.

Todo el pueblo además estaba profundamente impresionado y conmovido por aquel lamentable suceso; pero es lo cierto, que ni los hijos, ni el Alcalde, ni la Guardia civil habian podido encontrar rastro de su paradero, de suerte que no parecia sino que la tierra se hubiese tragado al anciano enfermo y virtuoso padre de familia.

Así trascurrieron algunos dias en medio de la más cruel ansiedad para la desconsolada esposa y afligidos hijos, cuando vino á sacarlos de tan espantosa incertidumbre una carta, sellada en la Administracion de Correos del pueblo de Campillos, dirigida á doña María Gallardo, que era la misma que habia escrito el secuestrado en el subterráneo, y cuyo contenido ya conocen mis lectores.

Es indecible la congoja y terror que semejante carta produjo en el seno de aquella honrada familia, que se hallaba en la imposibilidad más absoluta de remitir á los secuestradores la cantidad que reclamaban.

Recuérdese que, en la citada carta del secuestrado, se prevenia la ruta que habia de llevar, los dias y horas de marcha, los sitios por donde habia de ir, los puntos en que habia de hacer posada, y todas las demás señales y circunstancias con que

habia de presentarse el encargado de conducir los ocho mil duros, el cual debia ser Frasquito.

Ahora bien; este Frasquito era el hijo mayor del secuestrado, quien á consecuencia del lamentable suceso, del ajetréo de aquellos dias y del entrañable afecto que profesaba á su padre, habia caido enfermo, y, por lo tanto, se hallaba imposibilitado de cumplir la comision que se le confiaba.

La familia, careciendo completamente de medios para allegar la suma exigida, resolvió, prévia la deliberacion consiguiente, contestar á la sobredicha carta con otra, en que de la manera más humilde, patética y suplicante les rogaba á los secuestradores que desistiesen de su pretension, porque de todo punto era imposible reunir los ocho mil duros.

Adoptada esta resolucion, y atendida la enfermedad de Frasquito Delgado, la familia dispuso que fuese en su lugar y llevase la indicada contestacion á los secuestradores un jóven de treinta años, llamado José Melero, y el cual estaba casado con una sobrina de don Agapito.

El referido José Melero partió inmediatamente de La Alameda con las señales y requisitos exigidos por los secuestradores, es decir, montado en un mulo negro, de cuyo pescuezo pendia una cencerrilla, miéntras que el jinete, vestido de corto, llevaba la bota derecha puesta y la izquierda en la mano.

Entre tanto, la familia quedóse sumergida en la

desolacion y ansiedad más espantosa, y muy ajena, sin embargo, de la terrible indignacion y enojo que habia de producir en los feroces bandidos aquella sustitucion de persona, tan natural y además inevitable, por la enfermedad del hijo del infeliz secuestrado.

CAPÍTULO VI.

CONSECUENCIAS DE OLVIDAR UNA LLAVE.

Miéntras que José Melero seguia la ruta señalada por los bandidos, conviene que en el mismo dia 25 de Marzo el lector se traslade á los hermosos y verdes campos de Santaella, en cuyo término se haya situado el cortijo conocido por el nombre de las Canteras.

El dia estaba sereno, el sol radiante y las sementeras, ya crecidas, ofrecian por todas partes delicioso espectáculo y risueñas esperanzas para los labradores.

Junto á la puerta del mencionado cortijo veíase un anciano, sentado al sol y fumando sosegadamente su cigarro despues de haber comido.

A pocos pasos del anciano veíase un niño como de unos diez años, que jugueteaba con un perro.

Las facciones del alegre niño tenian cierta semejanza con las del anciano, al cual, acercándosele de vez en cuando, acariciaba y besaba con esa gracia encantadora, propia de la infancia y que tan inefable ternura inspira en el corazon de los padres y de los abuelos.

En efecto, aquel niño, llamado Antonio Fernandez Merino, era nieto del anciano, que llevaba su mismo nombre.

Despues de aquellos besos y abrazos, el chico volvia á sus juegos, miéntras que el abuelo le contemplaba con una singular expresion de cariño y de tristeza, tal vez pensando en que muy pronto, atendida su avanzada edad, pagaria el tributo inevitable para todo lo que nace y vive sobre la tierra.

—¿Me quieres mucho? preguntó el abuelo.

—Sí, señor, le quiero á usted todas las arrobas del mundo, respondió el niño.

—Pues todavía te quiero yo más, replicó el anciano sonriéndose.

—Yo lo quiero á usted más, que usted á mí.

—No lo creas.

—Sí, abuelo, usted no me quiere á mí todo lo que yo quisiera.

—Calla, tontuelo, que no sabes lo que te dices.

—Yo bien sé lo que me digo.

—Pues ¿por qué dices eso?

—Porque no quiere usted que le acompañe al colmenar.

—No quiero que me acompañes, precisamente porque te quiero mucho.

—¡Vaya una manera de quererme! exclamó el niño frunciendo el ceño.

—¿No conoces que si no quiero que me acompañes allí, es para que las abejas no te piquen?

—A mí no me pican las abejas.

—Sí, sí, fíate de ellas, y te pondrán la cara como una bota.

—Yo no les hago daño.

—Eso no importa.

—Me pondré la careta de alambre y los guantes.

—Pero entónces no podré escarzarlas, porque la careta y los guantes los necesito yo.

—A usted no le pican, porque ya le conocen.

—Sí me pican, hijo mio; y áun cuando no me hagan daño, has de saber que todas las que pican se mueren; pues Dios las mata por haber hecho daño.

—Tambien he visto yo que las matan los lagartos al salir por las piqueras, y se las tragan.

—Es verdad; de manera, que si pican muchas, y si hay muchos lagartos ó tejones, resultan grandes pérdidas para los colmeneros.

—Pues yo quiero aprender á escarzar.

—Lo que tú quieres ya lo sé yo, que es comerte los panales.

—Yo quiero ambas cosas.

—Te creo, sin que me lo jures.

—Conque ¿le acompañaré á usted?

—Bueno; pero dáme palabra de que no te has de acercar mucho á las colmenas.

—Yo haré, lo que usted me mande.

—Pues vamos, que ya es hora.

Y el abuelo se levantó, y sacando una borriquilla de la cuadra aparejóla, colocó encima unas aguaderas con sus cántaros, que ya estaban llenos de

agua, y en seguida encaramó al chicuelo sobre la carga, encaminándose hácia el colmenar.

El niño iba más contento y satisfecho sobre la borrica, que un rey sobre su trono.

El abuelo iba detrás, recreándose en el gozo de su nieto, que arreaba con el ronzal á la pollina, bien que no por eso, ésta dejaba de andar con una lentitud muy proporcionada al gusto y á los años del viejo.

El colmenar estaba algo distante del cortijo, y miéntras llegaban, abuelo y nieto entablaron el diálogo que sigue:

—¿Qué te gusta más, ir á la escuela ó trabajar en el campo?

—Lo que más me gusta es, ser colmenero.

—Lo que yo creo que te gusta más, es comerte la miel.

—Es verdad, y por eso me gusta andar siempre con las colmenas.

—Sí, pero no debes olvidar que cada bocado de dulzura, te ha de costar una picadura.

—Atráqueme yo de miel y cuésteme lo que quiera.

—Tambien la miel comida con exceso, puede hacerte mucho daño, hijo mio.

—Lo cierto es, abuelito, que nunca me veo harto.

—Ya te hartarás, y aunque la tengas abondo, apénas la catarás, como á mí me sucede.

—Ya quisiera yo ver eso, pues para mí no hay un bocado más gustoso que la miel.

—Yo quisiera que te gustase ir á la escuela y

aprender bien á leer, escribir y cuentas, para ser un mozo de provecho.

—Tambien me gusta aprender, pero me gusta más ser colmenero.

—Si tuvieras más reflexion, pudieras aprender mucho andando con las colmenas, porque ellas enseñan á los hombres tanto como los libros.

—¡Y qué bonitas son las abejas que llaman reinas ó maestras!

—Como que parecen de oro y son más fuertes y grandes que las otras, y todas las demás las obedecen; pero es una calamidad cuando en una colmena hay dos ó tres maestras.

—¿Pues qué sucede?

—Que en tales casos, la colmena se divide en tantos bandos como reinas, y pelean unas con otras hasta que mueren todas las maestras, ménos una, y entónces se someten todas las abejas á la reina que vence.

—Pues sabe usted, abuelito, que eso no lo habia yo oido.

—Las abejas, hijo mio, se parecen mucho en esto á los hombres, y por eso te decia que tienen mucho que estudiar.

—¿Y por qué salen esas bandadas que se posan en los troncos de los árboles, y usted y mi padre acuden luégo á recogerlas en los corchos, tocándoles el tambor?

—Esos son los enjambres ó bandos que siguen á una reina, cuando huyen de la colmena, porque las

otras con su maestra son más valientes y las echan fuera del corcho, porque si es una calamidad para el colmenero el que riñan y se destruyan los bandos, tambien es un gran beneficio cuando huyen las reinas con sus abejas, que son los enjambres, pues con ellos se forman nuevas colmenas y se aumenta el colmenar.

—Pues sabe usted que tienen esos animalitos mucho que entender, y que yo no podia nunca figurarme que dentro de un corcho sucedieran todas esas cosas.

—Te digo, hijo mio, que los animales enseñan á los hombres, y si supieras lo que las abejas trabajadoras hacen con los zánganos, conocerias que tengo mucha razon y te aplicarias al trabajo.

—Pues ¿qué hacen con ellos?

—Has de saber que los zánganos, durante algun tiempo, sirven para empollar la cría en las celditas de los panales, ni más ni ménos que las gallinas y los pájaros empollan los huevos en los nidos...

—¡De veras! exclamó admirado el nieto.

—Miéntras que los zánganos están muy quietecitos, empollando la cría en esos nidos tan pequeños de cera, las abejas trabajadoras no descansan, buscando flores y chupándoles el jugo, del cual habrás visto que llevan cargadas las patitas.

—Sí, señor, que las he visto posadas sobre las flores.

—Pues bien; con ese jugo hacen ellas la miel, con la cual se alimentan y mantienen tambien de muy

buena voluntad á los zánganos hasta que sacan la cría; esto es, miéntras sirven; pero cuando llega el invierno, como no hay flores, ni las abejas suelen salir del corcho, se ven obligadas á comer de la provision de miel que han hecho para la estacion de los frios, y como entónces ya los zánganos sólo sirven para comer de lo que las otras han acopiado con su trabajo, los matan sin compasion, pues de lo contrario, correrian riesgo de morir ellas de hambre.

El niño escuchaba, cada vez más asombrado, lo que su abuelo le referia de la vida y costumbres de las abejas.

—Esto te enseñará, añadió el anciano, que en esta tierra cuca el que no trabaja no manduca, y que los holgazanes ó zánganos, lo mismo entre los hombres que entre las abejas, aunque se lleven muy buena vida por algun tiempo, á la postre todos tienen mal fin. Conque ya lo sabes, hijo mio, la primera condicion que debe tener un hombre es la de ser amante del trabajo, y tú, que eres el mayor de tus hermanitos, debes procurar ser muy trabajador para ayudarle á tu padre.

—Sí, señor; ese es mi deseo, y por eso tengo tanto gusto en oirle á usted y andar á su vera, para aprender todo lo que hacen las abejas en el colmenar.

—Y atracarte de miel. ¿No es eso?

—Justamente.

El anciano sonrióse con indecible ternura al oir la franca y leal respuesta de su nieto.

En esto llegaron al colmenar, el anciano bajó al niño de la borrica, y abrazándole y besándolo cariñosamente, le prometió que despues de hacer la escarza, le daria un rico panal de miel vírgen, con cuya promesa el rapaz se puso más contento que si le hubiesen ofrecido todos los tesoros de Creso.

En seguida, el abuelo y el nieto encamináronse á la casilla del colmenero, en donde se guardaban la escarza, la careta, los guantes y demás utensilios necesarios para la castra temprana, que suele verificarse por Febrero, si el tiempo es apacible, y en caso contrario, se dilata hasta Marzo.

De repente el anciano, registrando sus bolsillos y con aire de mal humor, exclamó:

—¡Voto á Sanes! Pues ahora sí que la hemos hecho buena.

—¿Qué le pasa á usted, abuelito?

—Que no traigo la llave de la casilla.

—¿Se le habrá perdido por el camino?

—Me parece que no, porque recuerdo que yo la tenía en la mano ántes de cargar la borrica y subirte. Sin duda me la he dejado encima del poyo que está junto á la puerta.

—¿Quiere usted que yo vaya por ella en una carrera?

—Bueno; pues anda volando y no me hagas esperar mucho.

—Descuide usted, abuelito, que en seguida vuelvo.

Y así diciendo, el niño arrancó á correr más ligero que el viento, ansioso de complacer á su abuelo, y de que éste cuanto ántes le regalase la prometida golosina.

El abuelo siguió con la vista á su alegre nieto, pero muy pronto los accidentes del terreno se le ocultaron, pues que desde el colmenar no se descubria ni la casa, ni las inmediaciones del cortijo.

Entre tanto, el niño no dejaba de correr para volverse al colmenar con la mayor presura; pero al pasar próximo á una era, junto á la cual habia un sembrado de cebada, salieron súbitamente cuatro hombres enmascarados, que allí estaban escondidos, y asiéndole por los brazos, le pusieron un gorro de punto en la cabeza, encasquetándoselo hasta el cuello, de suerte que á la vez le servia de venda y tapaboca.

Dos de los raptores cogieron al niño en volandas, y con rapidez increible lo trasladaron al monte del inmediato cortijo, denominado Pata de Mulo, en donde les aguardaba un hombre á caballo.

El jinete se apoderó del niño, y sujetándole el gorro con un pañuelo partió, seguido de los enmascarados, con direccion á Casariche.

¡Cuán ajeno se hallaba el pobre niño de que tan súbita y cruel sorpresa viniese á perturbar sus risueñas esperanzas y cándidas ilusiones!

¡Así el destino, como sierpe escondida entre flores, aguarda á los mortales, descargándoles sus golpes más fieros é inesperados!

CAPÍTULO VII.

DE CÓMO EL LLANTO DE UN NIÑO INSPIRA UNA SENTENCIA DE MUERTE.

El anciano, miéntras que regresaba su nieto, se ocupó en golpear con los nudillos una por una todas las colmenas, para rastrear por el sonido el estado de plenitud en que se hallaban.

Terminada esta inspeccion, que era indispensable para verificar la escarza que se proponia, el abuelo sentóse á echar un cigarro, esperando por momentos que su nieto llegase.

Pero el tiempo trascurria y el niño no regresaba; de suerte que ya el abuelo resolvió salir en su busca.

Y tomando la borrica del cabestro, encaminóse hácia el cortijo.

Cuando llegó á un altozano, desde donde se descubria la casa del cortijo y todos sus alrededores, comenzó á inquietarse en gran manera, porque no divisó en ninguna parte al niño.

El anciano creyó al pronto, que su nieto se habria entretenido en sus juegos ó por alguna otra causa semejante; pero cuando no le vió por el ca-

mino, sus temores crecieron, recelando alguna desgracia.

Bajo esta dolorosa impresion, el abuelo apresuró el paso, y á medida que se aproximaba al cortijo y su nieto no aparecia, su alma se llenaba de indecible angustia.

Llegó á la casa, vió sobre el poyo la llave de la casilla del colmenero, y de esta circunstancia dedujo que su nieto no habia llegado al cortijo.

Entónces se le ocurrió que tal vez se habria ido á otros prédios inmediatos, por más que esto le parecia muy extraño, atendido el carácter del niño, que era muy obediente, y además estaba muy deseoso siempre de complacer á su abuelo.

En resolucion, diré, que el anciano le buscó por todas partes, y que habia llegado la noche sin que el niño pareciese.

Pero otra noche más sombría habia caido sobre su corazon. ¿Qué habia sido de su nieto? ¿Cómo explicarse aquella desaparicion tan repentina? ¿En dónde podria buscarlo y encontrarle? ¿Qué le diria á su hijo, al padre del niño, cuando le preguntase por él? Estas y otras semejantes preguntas dirigíase á sí propio, despues de haber recorrido todos los sitios, algunos de ellos muy distantes, en donde él calculaba que pudiera encontrar al infortunado niño.

Al fin de sus excursiones, verificadas con una tenacidad y rapidez muy superiores á sus años, vino á sentarse en el poyo que estaba junto á la

puerta, más triste y más desolado que una madre junto al lecho mortuorio de su hijo.

Así permaneció largo rato, inmóvil y sin dar más señales de vida que los profundos sollozos, que de vez en cuando, se exhalaban de su angustiado y oprimido pecho.

Luégo, considerando, sin duda, que no le sería posible reposar ni volver al pueblo de Puente-Genil, punto de su residencia, sin haber ántes averiguado el paradero de su nieto, levantóse de pronto y comenzó á vagar por los campos sin direccion fija, con los ojos extraviados, con ademán descompuesto, y gritando sin cesar en medio de las tinieblas de la noche:

—¡Antonio!... ¡Antoñito!...

Pero sólo el eco le devolvia sus gritos, como un lamento lejano y lúgubre.

Así anduvo toda la noche, recorriendo los caseríos del contorno, y preguntando á todas las personas que encontraba:

—¿Ha visto usted á mi nieto?

Nadie, sin embargo, supo darle razon del niño, hasta que ya cerca del amanecer, loco de dolor, rendido de cansancio y jadeante, encaminóse lenta y tristemente hácia su pueblo, más bien por impulso instintivo, que por un acto de reflexion propia.

Entre tanto, el desventurado nieto habia seguido en poder del jinete, en cuyas manos lo pusieron, llevándole en la direccion indicada de Casariche.

hasta que despues de vadear un rio, que todos los secuestradores pasaron en diferentes veces sobre la misma cabalgadura, llegaron por último, ya bien entrada la noche, á la famosa huerta del *Tio Martin*.

El marrullero viejo estaba sentado á la lumbre, en compañía de su esposa, cuando llegaron sus huéspedes, que le entregaron al rapaz, el cual apénas podia sostenerse de terror y de frio.

—¡Al fin cayó Juan Cigarron en la percha! exclamó el *Tio Martin* cogiendo en brazos al niño.

—Sí, señor, hoy ha caido, por casualidad, más pronto de lo que teníamos calculado, dijo uno de los secuestradores.

—No creia yo que vendríais tan temprano.

—Teníamos dispuesto recoger al chiquillo por la noche; pero la suerte nos ha proporcionado que lo pescásemos á media tarde.

—Ea, pues llevad ese caballo á la cuadra y entráos aquí á la lumbre, que la noche se ha vuelto fresca de verdad.

Los bandidos siguieron el consejo, y el *Tio Martin* condujo al niño junto al hogar, donde se lo entregó á otro bandido para que lo acallase en sus brazos, pues que no cesaba de llorar con grandísimo desconsuelo.

Cuando ya se hubieron sentado los cinco secuestradores en torno de la lumbre, la mujer del *Tio Martin* les echó una ronda de vino, y despues se pusieron á conversar en su jerga; pero el niño,

bien que algunas veces gemía y sollozaba, tambien de vez en cuando soltaba el trapo á llorar de suerte que los recien llegados no podian entenderse con aquellos estrepitosos alaridos.

—¡Calla, demonio! exclamó enojado el *Tio Martin.*

El niño se asustó de aquel vozarron, y por algunos instantes limitóse á gimotear.

—¿Y habeis traido esta música por el camino? preguntó la tia María.

—A ratos callaba; pero otras veces ha berraqueado de lo lindo.

—Conmigo podia haber hecho eso.

—No crea usted, sino que se ha ganado muy buenas sopapinas; pero callaba por un rato, y otra vez volvia á bramar como un becerro.

—Pues aquí lo ha de pasar muy mal como llore, terció la vieja María, guiñándole el ojo á su marido y á los secuestradores, porque han de saber ustedes que por estos contornos anda un loco, que en cuanto oye llorar á un niño, acude furioso, se lo lleva, lo asa y se lo come.

El niño, que tal oyó, comenzó á llorar más fuerte que nunca, llamando á voces á su madre, á su padre y á su abuelo.

Entónces el *Tio Martin* se levantó, y saliendo á la puerta de la casa, comenzó á dar gritos fingiendo la voz, y aparentando ser el anunciado loco.

La vieja María y los bandidos afectaron ater-

rarse con la súbita presencia del demente, manifestando su pena por el peligro que el niño corria.

Pero todo era inútil, porque el rapaz no pudiendo comprender toda la extension de su desgracia, y obedeciendo al natural instinto de la infancia, lloraba con tanta mayor fuerza, cuanto mayor ruido de gente oia, esperando el infeliz en su inocente candidez, que al fin y al cabo alguien acudiria en su auxilio y socorro.

Por otra parte, el pobre cautivo se hallaba en un estado tal de atolondramiento y excitacion nerviosa, que lloraba convulsivamente y sin conciencia de los riesgos que le amenazaban.

En tal situacion y en vista de la tenacidad invencible del niño, que no cesaba en su llanto, concibieron los bandidos el horrible proyecto de sacrificar bárbaramente al inocente niño, teniendo en cuenta que su vida no les hacía falta para exigir á sus padres el apetecido rescate, supuesto que el cautivo ni sabía escribir, ni por consiguiente era posible que la familia tuviese otro testimonio de la existencia del niño, que el dicho afirmativo de sus verdugos.

Cansados y furiosos por aquel sempiterno llanto, levantáronse y salieron á la puerta, donde se hallaba el *Tio Martin*, por extremo amostazado, á consecuencia de los compromisos que podia traerle el alboroto que la estancia de aquel niño producia.

— ¡Vaya unos huéspedes que me traeis! exclamó el viejo con iracundo acento.

— Tiene usted razon, respondió uno de los bandidos; pero ya estamos todos conformes en degollarlo para evitarle todo compromiso.

— Quizá sea eso lo mejor, repuso el *Tio Martin*, porque para sacar lo que se pueda, no es menester que nos atolondre y nos comprometa ese renacuajo.

El lector comprenderá fácilmente la inquietud y enojo del *Tio Martin*, si recuerda que no muy distante de su morada tenía sepultado al infeliz don Agapito, por cuenta de otra banda de malhechores, y por lo tanto, le convenia mucho, no sólo que los secuestrados en su finca no se apercibiesen de que habia otros, sino tambien el que las diversas partidas de secuestradores, no supiesen sus respectivas fechorías para prevenir que envidias, rencores y venganzas, tan frecuentes entre los criminales, produjesen peligrosas delaciones, cuya víctima sería él en último caso.

— Pues si no calla, dijeron los bandidos, lo mejor es que el loco lo mate.

— Me parece bien, y así nos quitaremos de ruidos. ¿Teneis ahí una *faca* bien afilada?

— Tome usted la mia, que atraviesa un duro, dijo uno de los bandidos.

— Venga y ya vereis qué pronto se acaba ese llanto.

En seguida el *Tio Martin* dispuso que los secues-

tradores se volviesen al hogar, anunciándoles que él entraria de repente, fingiéndose el loco, agarrando bruscamente al niño y llevándosele á una de las cuevas, en donde á la par le daria muerte y sepultura.

CAPÍTULO VIII.

DE CÓMO POR EL ABUELO SUPO LA FAMILIA LA DESAPARICION DEL NIETO.

Apénas el sol habia extendido sus luminosos rayos sobre la tierra, cuando el afligido abuelo llegó á Puente-Genil y penetrando en casa de su hijo, halló á éste, á su esposa y á sus otros cinco nietos, ya levantados, todos alegres y risueños y respirando en sus radiantes y sonrosados rostros la dicha tranquila y bendita del hogar doméstico.

No dejaron los esposos de sorprenderse de la inesperada venida del anciano; pero al fin atribuyeron su llegada á cualquiera otro accidente, ménos al trágico suceso, que la motivaba.

La jóven Concepcion Merino, que así se llama la madre del niño secuestrado, invitó con grato semblante al anciano para que tomase asiento, presentándole al menor de sus seis hijos, que á la sazon contaba un año y dormia sobre su seno.

El anciano sentóse en una silla, aplicó sus lábios al rostro angelical del niño que dormia en el regazo de su madre, y sucesivamente fué besando y acari-

ciando á los otros cuatro niños, el mayor de los cuales contaba siete años y el menor dos.

Aquella encantadora parvada de inocentes criaturas, qne adoraban á su abuelo, comenzó á gritar, saltar, reir y gatear por las piernas del anciano, que contemplaba á sus nietos con una expresion á la vez de infinita complacencia y de inexplicable tristura.

—¿Me ha traido usted los panales? gritaron á la vez los niños.

—No, hijos mios, respondió tristemente el abuelo.

—¿Y por qué?

—Porque... no ha podido ser hoy.

—¿Los traerá usted mañana? preguntó el mayor.

—Veremos.

—¿Y ha comido muchos Antoñito?

—No; respondió el abuelo, comprimiendo un doloroso suspiro.

—Y ¿cómo están las colmenas, padre? preguntó el esposo que se llama Francisco Fernandez.

—Demasiado bien para los frios que han hecho.

—¿Hizo usted ayer la escarza?

—No, hijo.

—Parece que tiene usted sueño, dijo la esposa.

—Sí, porque no he dormido nada en toda la noche.

—Está usted muy pálido. ¿Quiére usted tomar algo?

—No, Concha.

—¿Qué le ha sucedido á usted? preguntó el hijo, clavando una mirada escrutadora en su padre.

—Si te he de decir la verdad, hijo mio, ni puedo siquiera contarte lo que me ha pasado.

El abuelo pronunció aquellas palabras con una entonacion lenta y angustiosa y con un acento indefinible de amargura, más semejante á un gemido, que á una série de voces articuladas; pues más bien parecia una especie de llanto hablado.

Los esposos cambiaron entre sí una mirada de inquietud y asombro.

Durante algunos minutos reinó en la estancia un silencio sepulcral.

Diríase que el marido y su esposa se detenian en hablar, temerosos de saber alguna desventura. El anciano permanecia sentado, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho y con una expresion indeciblemente dolorida.

Aquella vivienda, algunos momentos ántes tan animada, tan risueña y tan jubilosa, parecia ahora una sala de duelo; pues hasta los pobres niños, despues de la primera salutacion á su abuelo, habian comprendido con su maravilloso instinto, que alguna profunda pena le aquejaba.

Al fin, Concepcion Merino, pálida y con voz trémula, se atrevió á preguntar:

—¿Y Antoñito?

—¿Por qué no ha venido con usted? añadió Francisco.

El padre al oir aquella doble pregunta, el deso-

lado abuelo miró alternativamente con ojos vidriosos al marido y á la mujer; llevóse ambas manos con ademán convulsivo al corazon, como si en él se hubieran clavado dos saetas, agitó repetidamente sus labios, como queriendo hacer un esfuerzo para hablar, lanzó un prolongado gemido, y agitándose violentamente en la silla, perdió el equilibrio y cayó desplomado al suelo.

—¡Mi padre se muere! exclamó con ronco y triste acento el hijo.

—¡Dios mio! ¿Qué habrá sucedido? exclamó la esposa.

Ambos acudieron inmediatamente en socorro del anciano, que yacia en tierra, completamente desmayado.

El hijo y su esposa le colocaron en un lecho, prodigándole algunos auxilios para ver si conseguian que tornase en su acuerdo.

El abuelo, sin embargo, continuaba sin sentido, si bien habiéndole pulsado su hijo, éste reconoció que aún vivia.

Esta circunstancia retrajo al Francisco Fernandez de su primitivo intento, que habia sido el de ir á buscar inmediatamente al médico, juzgando que acaso sería preferible pasarse sin su auxilio, teniendo en cuenta que tal vez convendria que nadie absolutamente se enterase del misterioso suceso, que sin duda habia motivado aquel extraño é inesperado accidente.

Así, pues, se limitaron á aplicarle al enfermo

los remedios caseros que se acostumbran en tales casos, lamentando sobremanera que aquel impensado parasismo les impidiese proseguir y acabar la interesante averiguacion, que tanto les afectaba, respecto á lo que le habia ocurrido al acongojado abuelo.

—¡Ay, Francisco de mi alma! exclamó Concepcion, retorciendo sus manos con ademán dolorido. ¡Dios quiera que tu padre vuelva pronto en sí!

—¡Dios lo quiera! murmuró el esposo con reconcentrado y triste acento.

—No sólo me aflige esta desgracia, por el estado de nuestro padre, sino tambien porque ahora no podemos saber á qué atenernos respecto á la suerte de nuestro hijo.

El esposo fijó sus ojos espantados en su mujer, y le respondió con esta pregunta:

—¿Por qué dices eso?

—Porque tu padre se acongojó mucho y perdió el sentido, precisamente cuando le pregunté por Antoñito. ¿No lo observaste?

—Sí, mujer; pero creí que yo solo habia hecho esa observacion.

—Pues te engañaste, Francisco, porque aquel estremecimiento no podia escaparse tampoco á la perspicacia de una madre.

El marido inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció algunos minutos abismado en profundo silencio con aire sombrío y ceñudo.

—¡Y quedarnos ahora en tan cruel incertidumbre! repetia sin cesar la triste madre. ¡Hijo de mis entrañas!... El corazon me dice que alguna horrorosa desgracia te ha sucedido. ¿Por qué tu abuelo ha venido solo?

—¡Calla, por caridad, y no me despedaces el corazon!

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio!

—No te aflijas así, mujer. ¿Qué sabemos si Antonio se habrá quedado en el cortijo?

—Si padre no recobra pronto el sentido, es preciso mandar en busca del niño.

En esto el anciano exhaló un profundo suspiro y abrió los ojos, diciendo:

—Estoy muy débil.

—¿Quiere usted comer algo? preguntaron á la vez los esposos.

—¡Un sorbo de vino! murmuró el anciano.

Concepcion salió de la estancia y volvió en seguida con un vaso de vino, que aplicó á los lábios del abuelo.

Pocos momentos despues, el enfermo pareció reanimarse.

El hecho es que el afligido abuelo, despues de la desaparicion de su nieto, no habia tomado alimento alguno, y esta circunstancia, unida á su avanzada edad, á su dolorosa emocion, al calenturiento insomnio en que habia permanecido toda la noche y á la fatiga de tanto andar en busca del niño, habian sido causa de aquel súbito desfallecimiento.

Cuando ya el anciano se hubo recobrado, inmediatamente los esposos le rogaron que con toda franqueza les refiriese lo que habia sucedido y la causa de que Antoñito no le acompañase.

Entónces el abuelo, llorando amargamente, contó á sus desconsolados hijos la súbita y para él inexplicable desaparicion de su querido nieto.

Los afligidos padres prorumpieron á su vez en amarguísimo llanto; pues que á la inmensidad de su acerbo dolor, se añadia tambien el insoportable tormento de aquella cruel incertidumbre, que les impedia llorar á su hijo por muerto; mas que tampoco les consentia creer que aún estaba vivo.

En la tenebrosa noche de su dolor, únicamente podian saber con certeza los infelices padres que su hijo habia desaparecido; pero ignorando cómo, ni por qué, ni en dónde pudieran encontrarlo.

CAPÍTULO IX.

LA CONTESTACION QUE TRAJO MELERO.

Volviendo ahora á José Melero que, como se ha visto, salió de La Alameda, siguiendo la ruta marcada por los secuestradores de don Agapito Delgado, debo decir, que llegó al pueblo de La Roda, y desde allí se dirigió á la villa de Sierra de Yeguas, continuando su camino hasta el pueblo de Martin de la Jara, en donde habia de pernoctar aquella noche.

Segun las instrucciones que llevaba, fué á parar á una posada, en la cual se le presentaron dos hombres, vestidos de pastores, uno de los cuales se le acercó y le dijo:

— Amigo ¿es usted del Saucejo?

— No señor; pero allá voy, respondió Melero.

Entónces el que le habia dirigido la pregunta, se incorporó á su compañero, saliéndose ámbos á la puerta de la posada, en donde aguardaron á Melero, que muy en breve fué á reunirse con ellos, habiendo comprendido por las palabras que habian cambiado, que los fingidos pastores eran las personas á quienes debia entregar la consabida carta.

Cuando los tres se hallaron en la calle, uno de los pastores dijo:

—Déme usted la carta.

—Aquí están, respondió Melero, entregando la carta que habian enviado los bandidos y la otra en que contestaban.

El pastor las tomó con avidez, guardándolas inmediatamente y preguntando:

—¿Y lo demás?

—Yo no traigo más que esas cartas.

—Pero ¿no trae usted el dinero? preguntó en voz baja y con airado acento el segundo pastor, que hasta entónces habia permanecido silencioso.

—No, señor, no me han dado más que esas cartas.

Los pastores cambiaron entre sí una furibunda mirada, manifestando el más terrible enojo contra el infeliz Melero.

—¿Se quiere usted burlar de nosotros? preguntaron á la vez los dos bandidos.

—Yo no quiero más que cumplir bien el encargo, que me ha hecho mi tia.

—Pero... usted ¿no es Francisco Delgado?

—No, señor; yo me llamo José Melero.

Tal respuesta produjo en los supuestos pastores una impresion inexplicable de cólera y recelo; pues en seguida abandonando el aire confiado que hasta entónces habian tenido, asieron cada uno de un brazo al infeliz mensajero y sacando sus enormes *facas*, exclamaron:

— ¡ Traidor ! ¡ Espía ! ¿ Cómo te has metido en este negocio sin llevar vela en este entierro?

— Yo les diré á ustedes...

— Aquí vás á morir esta noche como un perro, tunante, por haberte metido á venir donde no te llaman.

— Yo he venido porque...

— Tu no has debido venir, no siendo Francisco Delgado, le interrumpieron á la vez los bandidos.

Todo este aterrador diálogo se verificaba en medio de la calle, en voz muy baja y teniendo los pastores oprimidos los brazos á Melero con sus garras, como si fuesen unas tenazas, y amenazándole coserlo á puñaladas.

El buen Melero lleno de pavor, creyó que habia llegado su hora; y bajo esta impresion, hizo un esfuerzo para desengañar á los bandidos, diciendo:

— Caballeros, si no me dejan ustedes hablar, no podrán ustedes saber lo que ha pasado.

— Tú eres un bribon, que nos tiendes algun lazo, replicaron los bandidos, mirando en torno suyo con aire inquieto y receloso.

— No teman ustedes nada de mí; pues en cuanto lean la carta, se convencerán de que yo no los engaño.

— Pues bien, dí la verdad. ¿ Has venido solo?

— Claro está, y con una bota quitada en la mano, en un mulo negro con una cencerrilla, y por el mismo camino que me ha dicho mi primo Francisco...

—¿Y por qué no ha venido él en persona, segun se le mandaba?

—Porque el pobre está muy malito, de resultas de la pena que le ha causado la desgracia de su padre.

Los pastores parecieron aplacarse, en algun modo, al oir estas explicaciones.

Sin embargo, conocíase que todavía les inspiraba desconfianza la sustitucion de Melero, en lugar de Francisco Delgado.

—¿Eres tú sobrino de don Agapito? preguntó uno de los pastores.

—Sí, señor; porque estoy casado con una sobrina suya, y además yo quiero mucho á mi tio, y toda la familia me trata con la misma confianza y cariño, como si fuera de su propia sangre.

—Mira bien lo que dices, porque como nos engañes, pagarás con la cabeza tus mentiras, y á tu tio le sucederá otro tanto, por tu culpa.

—Yo les juro á ustedes, que digo verdad y si no, lean esa carta y se convencerán de éllo.

—Así se hará; pero ¡ay de tí, si te cogemos en un renuncio!

—Estoy tranquilo, porque he dicho la verdad.

—Está bien, dijeron los pastores, soltando á Melero y previniéndole que inmediatamente se volviese á la posada.

Ya se disponia el mensajero á cumplir esta órden, cuando uno de los pastores le detuvo diciéndole:

—Cuidadito con hablar con nadie.

—Descuide usted.

—Estáte despierto en la posada.

—Lo haré así.

—Si oyes toser fuerte á la puerta, acude en seguida.

El mensajero se retiró á la posada y prometió estar alerta, miéntras que los pastores se alejaron, dirigiéndose á una casa en donde sus compañeros, que hasta entónces habian estado á su vista, debian reunirse para leer la carta de doña María Gallardo, y dar la oportuna respuesta.

Entre tanto, el buen Melero, bien que muy cansado y soñoliento, permaneció en vela, esperando la seña convenida.

Las horas pasaban, la señal no se oia y el sueño le aquejaba cada vez con mayor insistencia al fiel Melero; mas las terribles amenazas de los bandidos, le sostuvieron asaz listo y despabilado.

Al fin, á éso de la media noche, oyó toser con intencionada perseverancia en la puerta de la posada, y acudió en seguida á la seña.

Los fingidos pastores le invitaron á salir á la calle y allí le entregaron la contestacion á la carta diciéndole:

—A dormir, y por la mañana arreas para La Alameda, y cuidado con el piquito.

—Todo lo haré, como ustedes me lo mandan y ya conocerán que yo soy un hombre de bien y muy leal para cumplir los encargos que se me hacen.

—Sí, hombre, ya lo hemos conocido por lo que dice la carta de tu tia.

—¿No se lo decia yo á ustedes?

—Tenías razon, y tan convencidos estamos de que eres hombre de fiar, que se le dice á tu tia, que otra vez, á nadie mande más que á tí.

—Muchas gracias, caballeros; mas solamente les ruego á ustedes que miren mucho por mi querido tio, porque el pobre está enfermo y es menester cuidarlo.

—Asegúrale á doña María, que así lo harémos, con tal que élla cumpla tambien al pié de la letra lo que se le dice en esa carta, que te hemos entregado.

—Pues descuiden ustedes, que yo diré y haré todo cuanto pueda para que se acabe pronto y bien este negocio.

—Pues entónces, cuenta aquí con dos buenos amigos.

Y ambos pastores le tendieron afectuosamente la mano, y en seguida se alejaron.

Por su parte, Melero siguió exactamente el consejo de los fingidos pastores, es decir, que se acostó al instante, despues de cuidar su macho y dejar todo dispuesto para emprender el regreso á su pueblo al dia siguiente.

Melero caminó con gran presura y llegó á La Alameda al medio dia, presentándose sin dilacion en casa de don Agapito, cuya desconsolada familia se hallaba en la dolorosa inquietud, que fácilmente se concibe.

Melero refirió á doña María Gallardo y á todos sus hijos, todo cuanto le habia acaecido, entregándole la contestacion á la carta que él habia llevado. y cuyo contenido era el que sigue:

«*Señora doña María Gallardo.*

»Muy señora mia y de toda mi atencion: Con esta fecha ha sido en nuestro poder su deseada carta, la cual nos ha conmovido sobremanera; y respecto á lo que usted nos dice del arreglo, que la mirémos con consideracion, hemos tenido consultas, y salió de audiencia que nos remita usted la suma de treinta mil reales, pues somos muchos y hay muchos que comen; de modo, que no tengamos que estar todos los dias en el camino, porque no conviene. El dia 30 sin falta lo estamos aguardando, y si no trae el dinero exigido, que no salga de su casa para nada, porque ahora ha hablado un rato con unos amigos nuestros; pero á la otra vez, en cuanto diga que no trae el dinero, no se habla ni una palabra, sino que al instante nos vamos sin hablar nada. El dia 30 sin falta, saldrá de ésa á la misma hora y con las mismas señales, y que se lleve tambien esta carta, y que lo lleve el mismo José Melero, porque no conviene enterar muchas personas. Con que así, conservarse buenos todos, que su esposo tambien lo está. Los dos dias primeros sintió el estar ausente; pero ya se rie, come y bebe y está tranquilo, tanto, que

desde el primer dia nos está diciendo, que en cuanto lo dejemos ir, que se viene con nosotros; en fin, está tranquilo y bien mirado, y si no cuando vaya, lo dirá. La pregunta que se le hará á Melero el dia 30 será decirle: que si trae el encargo. Y si dice que no, ya no se le hablará ni una palabra. Y si trae el dinero, aquella noche, á éso de las dos de la mañana, tendrá usted á su esposo en su casa. Con Dios, hasta el 30.

»Sus verdaderos amigos son seis contrabandistas perdidos y cargados de familia.»

Fácilmente puede el lector figurarse la desoladora impresion, que semejante carta produciria en el seno de la triste y angustiada familia del secuestrado.

La enorme rebaja del rescate desde ocho mil duros á treinta mil reales, no era un gran motivo de consuelo para doña María y sus hijos, supuesto que tan imposible les era reunir la una cantidad. como la otra.

—¡Qué situacion! exclamó el hijo mayor de don Francisco Agapito Delgado. ¡Ellos pensarán que han hecho una gran rebaja!

—Y la han hecho, en efecto, hijo mio, porque al fin y al cabo, no son lo mismo treinta mil reales, que ocho mil duros, respondió la madre.

—Pero lo que quiere decir Frasquito es, que áun cuando la rebaja sea grande, para nosotros es igual, porque no tenemos recursos para satisfacer en el acto ninguna de esas cantidades, dijo

Victorino Zambrano, que así se llama el marido de Dolores Delgado, la hija segunda de don Agapito.

—Pues no hay más remedio, hijos mios, contestó doña María, que buscar la cantidad que piden por todos los medios que estén á nuestro alcance, áun cuando sea necesario vender todo lo que tengamos.

—Lo que es menester, replicó el yerno, es que haya quien compre.

—En vendiendo barato, nunca falta quien compre, dijeron á la vez Frasquito y sus hermanos.

—De cualquier manera, es necesario salvar á vuestro padre, repuso doña María con tal resolucion, que puso término á todas las discusiones.

En seguida, la familia ya no se ocupó más que de los medios más eficaces y prácticos para reunir cuanto ántes, es decir, para el dia 30, la suma exigida por los secuestradores.

CAPÍTULO X.

UNA FECHA Y UN GRITO.

Cuando los bandidos llegaron con el niño Antonio á la huerta del *Tio Martin*, acababa éste de hacer su acostumbrada visita á don Agapito, que, lleno de inquietud y sufrimientos físicos y morales, permanecia en el subterráneo, mal alimentado, sin aire respirable, y aguardando con cristiana resignacion el trágico desenlace que desde luégo habia previsto, á consecuencia de la imposibilidad en que su familia se hallaba de reunir la enorme suma, exigida por los bandidos.

Durante aquellos dias, que para él formaban una eterna y sola noche, sus pensamientos eran tan sombríos, como el tenebroso lugar en que se hallaba.

Existe una porcion de incalculables y no bien apreciados beneficios, que la naturaleza benéfica dispensa á todos los séres humanos, áun los más pobres y desvalidos, y cuyas ventajas, delicias y encantos, no se estiman en todo su valor, hasta que no se pierden.

La luz resplandeciente del sol, el aire salutífero y perfumado de las campiñas, y la libertad de moverse en todas direcciones, todos éstos y otros semejantes beneficios de la naturaleza, que por lo frecuentes y hallarse al alcance de todos en las condiciones ordinarias de la vida, no se aprecian debidamente, son otros tantos poderosos motivos de cruel tortura para el que se encuentra privado de éllos.

Así le sucedia al infeliz don Agapito, que ahora soñaba constantemente en medio de aquel fétido, húmedo y tenebroso antro, con luminosos horizontes, extendidos campos, fecundos rios, perfumado ambiente, floridas praderas y verdes y frondosos bosques.

La imaginacion, risueña como el ángel custodio de la vida, acude siempre en tales ocasiones á embellecer la realidad ingrata; pero este mismo embellecimiento es causa tambien de insoportable martirio para los desgraciados.

La comparacion puede ser bella y consoladora; pero tambien élla misma encierra y contiene la medida de la inmensa distancia, que separa la situacion presente de la situacion deseada.

El triste secuestrado no tenía más cronómetro que los amargos pensamientos que se sucedian en su mente, y en el órden exterior, el ruido de los trenes y la periódica presencia del *Tio Martin*, que todas las noches le llevaba sus escasas provisiones.

Durante el dia, don Agapito se hallaba siempre á solas con sus dolorosas reflexiones, sin temor de que nadie le interrumpiese.

Pero es tal y tan profundo el instinto social del hombre, que hasta deseaba con vehemencia la ordinaria visita del malvado viejo, que algunas veces se entretenia con él un buen rato, fumando un cigarro y hablándole de que pronto se veria libre.

Otras veces el *Tio Martin* se presentaba displicente y hablándole con aspereza; pero áun así y todo, sentia que se ausentase más pronto que de ordinario, supuesto que despues de aquella única visita, otra vez volvia á quedarse sumergido en su espantosa soledad, que fomentaba de un modo maravilloso la calenturienta actividad de su alma dolorida.

Aquella noche, es decir, la del 25 de Marzo, poco ántes de que llevasen á la huerta al niño Antonio, habia estado ya el *Tio Martin* en la cueva, llevándole su provision acostumbrada, y dejándolo despues más triste y pensativo que nunca.

En efecto, el infeliz cautivo no podia apartar de su memoria que aquel dia era el designado por los bandidos, para que su familia mandase á su hijo mayor con el dinero de su rescate, circunstancia de la cual tambien le habia hablado el *Tio Martin* en su corta visita.

¿Cuál habría sido la contestacion de su familia? Hé aquí la pregunta culminante que sin cesar se dirigia el secuestrado á sí mismo. Este era el punto

central de todas sus ideas, de todas sus conjeturas y de todas sus reflexiones.

Confiaba, sin duda, en el infinito cariño de su esposa y de sus hijos; pero si bajo este aspecto se consideraba feliz y dichoso, reconociendo que no hay precio en el mundo que pueda pagar el afecto que inspiramos, tambien experimentaba un desconsuelo inexplicable, al pensar que las más íntimas y santas afecciones que radican en el alma pueden, sin embargo, ser completamente ineficaces para reunir una suma determinada, por más que esta suma sea el precio de la vida del sér más respetado y más querido.

Bajo el dominio de esta desconsoladora série de pensamientos, el triste don Agapito experimentaba una pena indecible, no ya por sí mismo, sino por la congoja y afliccion en que se hallaria su honrada y querida familia, al querer con todas las fuerzas de su voluntad librarlo y verse, no obstante, en la completa impotencia de conseguirlo, sólo por falta de medios pecuniarios. Este cruel pensamiento, como una serpiente escondida en la intimidad de su sér, le roía el corazon y los sesos.

No es posible describir la calenturienta excitacion en que se hallaba don Agapito, víctima de sus acerbas reflexiones, de su desolador aislamiento, de su ansiedad fatigosa y de su insufrible incertidumbre.

Su cabeza hervia en febril actividad, la sangre se agolpaba á sus sienes con la fuerza de dos mar-

tillos, y el aire infecto y escaso de aquella caverna era insuficiente para meteorizar sus pulmones.

En tal estado, el infeliz cautivo, por un instinto superior á su voluntad, sin tener conciencia de lo que hacía, y por una especie de impulso mecánico de la vida, arrancóse violentamente el pañuelo que le vendaba los ojos, y se sacó tambien la yesca que le tapaba los oidos.

Esta sencilla operacion, por más que no aliviase sus penas morales, produjo en el secuestrado un bienestar físico indecible.

Entónces reflexionó que los dias anteriores podia haber hecho otro tanto, ántes y despues de la visita del *Tio Martin*, y resolviendo en su interior hacerlo así en adelante, experimentó un vivísimo deseo de respirar el aire libre de la noche.

Así, pues, considerando que ya no volveria el *Tio Martin* hasta la noche siguiente, decidióse á arrastrarse por la zanja hasta llegar al boquete que, como ya sabe el lector, sólo estaba tapado con ramaje.

Cuando logró colocarse debajo de la abertura, sintió una emocion tan grata como vivificante, y se admiró de que hasta entónces no se le hubiese ocurrido aquel medio tan sencillo de reparar sus fuerzas, atribuyendo esta falta de iniciativa, únicamente al profundo estado de postracion, en que se hallaba los dias anteriores.

Entónces experimentó un vivo deseo de reconocer el sitio en que se hallaba, supuesto que habia

sido llevado allí con la cabeza cubierta, y recordando la facilidad con que entraba y salia el *Tio Martin*, comenzó á tentar el terroso muro, y muy luégo encontró á un lado y otro de los ángulos ó rincones unas pequeñas cavidades, que venian á formar como otros tantos escalones, por donde su guardian bajaba y subia, apoyándose alternativamente con piés y manos.

Si el cautivo lograba asomar la cabeza por la abertura, le sería muy fácil permanecer allí algun tiempo, respirar á sus anchas y reconocer el terréno.

La empresa le hubiera sido facilísima, sin la traba de hierro que le impedia apoyar cada pié en un lado, mas no por esta dificultad, desistió de su empeño, porque, sosteniéndose con las manos, imprimió á su cuerpo un movimiento de oscilacion, que le permitia encontrar un punto de apoyo á sus piés, sucesivamente en cada lado.

Así, pues, con la increible tenacidad propia de tales situaciones, consiguió al fin, no sin repetidos esfuerzos, encaramarse hasta la boca de la cueva, y sacando los brazos, se apoyó sobre los codos á flor de tierra, despues de haber apartado un poco el ramaje; aspiró con delicia el libre ambiente, y es seguro que hubiera intentado escaparse, si la traba de hierro que le sujetaba las piernas, así como tambien el ruido de gentes que se oia muy próximo, no se lo hubieran impedido.

El atemorizado y prudente don Agapito comprendió, que le sería muy difícil salir airoso de su tenta-

tiva de evasion, por hallarse imposibilitado de caminar, y por lo tanto, limitóse á reconocer en torno suyo aquel terreno.

En seguida descubrió la inmediata casa de la huerta, en donde oyó hablar á los bandidos con el *Tio Martin* y su mujer, además del llanto descomunal de un niño; pero el secuestrado, muy léjos de sospechar los atroces proyectos de aquella gente, se imaginó que tal vez aquellos hombres pudieran prestarle auxilio, y en este concepto, casi estuvo á punto de dar gritos, pidiendo socorro.

Pero muy pronto se convenció de que hubiera cometido una imprudencia indisculpable, al verificarlo así, cuando llegó á su oido el espantoso diálogo, que en la parte afuera de la casa sostenian los secuestradores del niño con el malvado viejo, que se manifestó dispuesto á degollar á la infeliz criatura con la faca, que le habia dado uno de los criminales.

Don Agapito estremecióse de horror al sorprender aquel bárbaro propósito, reconociendo tambien entónces que aquel inocente niño habia sido conducido allí como él, es decir, secuestrado.

Los generosos instintos de don Agapito adquirieron entónces tal fuerza y brío, en vista del inminente riesgo que corria el malaventurado niño, que tuvo impulsos violentos para saltar fuera y acudir en su defensa.

En ésto, sonaron las desaforadas voces que por segunda vez daba el *Tio Martin*, fingiéndose loco

y entrando en la casa para coger al niño, que súbitamente guardó silencio, aterrado por lo que le sucedia.

Un momento despues, el *Tio Martin* salió de la casa con el niño, asido debajo del brazo izquierdo y con la enorme *faca* en la mano derecha, encaminándose rápidamente á la caverna, en donde habia de ser oculto y degollado.

La súbita é inesperada aparicion del feroz viejo y su aproximacion á la boca de la cueva, produjo tan extraordinario efecto en el infeliz don Agapito, que no fué dueño de contenerse y gritar:

—¡Qué horror!

Y cayó desmayado como una masa inerte.

El *Tio Martin* pasó, en efecto, junto á la zanja en que se hallaba don Agapito, para dirigirse á la otra, en que intentaba sacrificar al niño, y por lo tanto, no pudo ménos de apercibirse de la comprimida y ronca exclamacion del cautivo, así como del sordo golpe de su caida.

Es verdaderamente inexplicable la singular y aterradora emocion, que aquel incidente produjo en el ánimo del *Tio Martin*, el cual por extremo alarmado, renunció en aquel instante á su bárbaro intento de degollar al inocente niño, apresurándose á dejarlo en la caverna destinada á su cruenta muerte, para dirigirse cuanto ántes á la covacha de don Agapito, tan luégo como despidiese á los secuestradores que le aguardaban.

Su emocion subió de punto, cuando al regresar

observó que el ramaje no estaba como él lo habia dejado, y entónces vaciló entre acudir á la casa ó bajar á la cueva; pero seguro de que don Agapito no podia huir con la traba de hierro, decidióse á volver á incorporarse con los bandidos y despedirlos sin dilacion alguna.

Cuando el viejo Martin entró de nuevo en la casa, todas las miradas se fijaron en él, creyendo los circunstantes que ya habria dado muerte al niño, suposicion tanto más natural, cuanto que el rostro del viejo manifestaba la turbacion más espantosa.

—¿Se acabó ya ese negocio? preguntó el jefe de la banda con la mayor indiferencia.

—No, porque el chico está desmayado y no creo que vuelva á llorar más en todos los dias de su vida, respondió el *Tio Martin*.

—De seguro que no llorará, respondió el jefe sonriéndose y creyendo que el viejo le habia dado muerte, por más que no lo confesára.

Esta creencia, sin embargo, hubo de disiparse muy pronto, cuando el *Tio Martin* le entregó la *faca* al bandido que ántes se la habia dado, el cual observó inmediatamente que no habia servido.

En seguida, el *Tio Martin* apresuróse á decir:

—Me ha dado lástima de acabar con él, cuando no lloraba; pero en fin, si vuelve á las andadas, allá verémos lo que se hace. Lo que ahora importa, es que no tardeis en arreglar este negocio con su familia.

—Tiene usted razon, y así lo harémos.

—Por mi parte, os encargo que ántes de dar un golpe, veais cómo y con quién lo haceis, pues por el pelaje del chico, se me figura que os habeis metido en un negocio que puede comprometer mucho y producir poco.

Y así diciendo, el *Tio Martin* manifestó á los bandidos que convenia que cuanto ántes se alejasen de allí, para evitar sospechas.

Pocos momentos despues, los cinco secuestradores partieron de la huerta, llevándose la caballería en que condujeron al niño.

Excusado parece decir que tanta presura, por parte del malvado viejo, estaba inspirada por su vehementísimo deseo de hacer aquella noche una segunda visita al malaventurado esposo de doña María Gallardo.

CAPÍTULO XI.

LOS GUANTES DEL DIABLO.

La caida de don Agapito no pudo ser peligrosa, tanto porque la altura no era mucha, cuanto por el piso terroso de la zanja, de suerte que aquel sacudimiento, sólo sirvió para excitar más y más la calenturienta actividad en que aquella noche se hallaba.

En tal estado, comprendió con extraordinaria lucidez el inminente riesgo que corria; pues demasiado bien habia conocido que su guardian, cuya presencia tan próxima él no esperaba, no habia podido ménos de oirle y áun quizás verle.

Por otra parte, el *Tio Martin* advertiria necesariamente que la boca no estaba cubierta con el ramaje, y desde luégo conoció que muy en breve habia de ser aquella caverna teatro sombrío de una escena sangrienta y terrible.

El infeliz secuestrado creia ver llegar de un momento á otro al enfurecido viejo, resuelto á coserlo á puñaladas, y bajo esta impresion, levantóse rápidamente, acariciando la idea de aprovechar los instantes, volver á subirse á la boca de la cueva,

salir de su escondrijo y alejarse de allí de cualquier manera, caminando á gatas, ó á saltos, ó como pudiese.

Otras veces le parecia oir cercanos pasos, que ya no era tiempo de huir, y que lo mejor sería esperar abajo á su guardian, sorprenderlo, desarmarlo, vencerle y despues escaparse, en la seguridad de tener por suya toda la noche.

Todos éstos y otros análogos proyectos se presentaron á su imaginacion instantáneamente, en ménos tiempo que se tarda en referirlos; pero al fin, la reflexion vino en su auxilio, haciéndole comprender, que si su ánimo era grande, sus fuerzas eran harto escasas é insuficientes, para luchar con ventaja contra su vigoroso y membrudo guardian, recordando que cuando lo entraron allí, él lo habia cogido y arrastrado como si fuera una pluma.

Entónces el infeliz don Agapito, se lamentó de su debilidad, conociendo que el partido más prudente que podia adoptar, era volverse á su rincon, y sufrir resignado las consecuencias de su funesta curiosidad.

Dirigióse, pues, al sitio en que de ordinario yacía, y no bien se hubo colocado la yesca en los oidos y el pañuelo en los ojos, cuando sintió la respiracion anhelosa del iracundo guardian, que como una hiena, se descolgaba á la cueva.

En efecto, el *Tio Martin*, apénas despidió á los bandidos, encendió su farolillo, encaminándose sin dilacion á ver al prisionero.

Al llegar á la boca de la cueva, desde luégo advirtió que las taramas habian sido movidas, y con la presura de la ira despeñóse, más bien que no bajó á la zanja; y aproximándose bruscamente á don Agapito, comenzó á darle puñadas, diciéndole:

—¡Mal bicho! ¿Querias escaparte? ¡Perro viejo!... Ya te arreglaré yo, y verás cómo has dado con la horma de tus zapatos... ¡Bribonazo!... ¡Toma!... ¡Toma!...

Y el desalmado viejo mezclaba sus insultos con sus golpes, que menudeaba, sin compasion, sobre el desdichado prisionero, el cual en vano intentaba disculparse, pues que le tapaba la boca á puñadas, las que tambien repetia sobre los ojos, ijadas, vientre y en todas aquellas partes, que más profundo é irresistible dolor podian producirle al infeliz cautivo.

Cuando ya se cansó de darle golpes y dirigirle improperios, el *Tio Martin*, le preguntó:

—¿Por qué te has movido de tu sitio?

Don Agapito guardó silencio, porque no se hallaba en estado de articular una sola palabra.

—¿Qué hacias ahí asomado? insistió el *Tio Martin* con voz iracunda, y descargándole ahora nuevas puñadas para que respondiese, así como ántes se las daba para que callase.

El triste don Agapito sólo respondia con lastimosos ayes.

—Responde ó te mato, persistió el malvado viejo.

—¿Por qué no me ha dejado usted responder ántes? dijo el cautivo con voz doliente.

—Porque no me dió la real gana. ¡Tú hablarás, cuando yo te mande, y no cuando tú quieras! Pero ahora te mando que me respondas. ¿Lo oyes?

—Sí, señor; pero...

—No hay pero que valga.

—Es que ahora me falta el aliento, y no puedo ni hablar.

—Pero sí lo tienes para gatear y meter el cuezo donde no te importa.

El cautivo exhaló un profundo suspiro, lamentando en su interior la hora menguada, en que se le ocurrió moverse de su sitio acostumbrado.

—¿No me oyes? preguntó el *Tio Martin*, colocándole bien al prisionero el pañuelo que se le habia descompuesto, á consecuencia de la cachetina.

Y registrándole además los oidos, halló que los tapones de yesca estaban fuera de su lugar, guardándolos para ponérselos despues, atendido á que entónces conveníale al viejo que don Agapito le oyera, bien que á todo trance evitaba que lo viese.

—Vamos á ver, continuó el guardian; dejémonos de pamplinas y arrumacos y contéstame en seguida, si no quieres que te haga yo hablar más que una urraca.

—Como usted me dijo ántes, cuando estuvo aquí la primera vez, que hoy estábamos á 25 de Marzo,

yo creí que los que hablaban... ¡ay Dios mio, cómo me zumba la cabeza!

—No hagas caso, y sigue tu cuento.

—Pues bien; como aquí se oyen tanto las pisadas, sentí ruido de bestias y algunas voces, y entónces me llené de alegría, pensando que ya mi familia habia entregado mi rescate y que venian á sacarme de aquí...

—¡Puede ser que diga verdad! pensó el *Tio Martin*, recordando que, en efecto, aquella era la fecha prefijada en la carta para la entrega del dinero.

Y luégo añadió en voz alta:

—Sigue tu cuento, socarron, que tú parece que te has caido de un nido; pero te agarras.

—¡Figúrese usted, continuó el cautivo, el contento que me causaria el pensar que ya estaban ustedes satisfechos y yo libre! Con esta esperanza, yo creí que estando en este desierto, le habian dicho á mi familia, despues de pagar el rescate, que viniese á sacarme de esta prision, y hasta me pareció que me habian llamado, porque oí confusamente voces de hombres, de mujeres y de niños, y ya me imaginé que venian mi esposa y mis hijos en busca mia.

—No está éso muy mal pensado; pero sigue tu cuento.

—Esta creencia fué en mí tan viva y tan segura... Y dígame usted, añadió el cautivo como interrumpiéndose, ¿no han venido con la contestacion á la carta?

—Hombre, tú crees que es verdad todo lo que sueñas. Aquí no han venido con respuesta ninguna.

—¡No me engañe usted, por Dios! ¿Qué va usted á sacar de afligirme, si al fin y al cabo me tendrá usted que decir la verdad? Mire usted que yo he oido hablar gente, y no hay nadie que me convenza de que hoy mismo no hayan venido mis hijos á buscarme.

Estas palabras produjeron un efecto inexplicable en el *Tio Martin*, que comenzó á creer que don Agapito, en efecto, habia creido todo lo que le contaba, con tanto mayor motivo, cuanto que era indudable que habia sonado ruido de gente.

—¿Y por qué te asomaste á la boca de la cueva? preguntó de pronto el viejo.

Esta pregunta, disparada á quema-ropa, desconcertó, no poco, al infeliz cautivo.

—Responde, tunante, respóndeme á lo que te he preguntado.

—Pues nada; yo me asomé, como era natural, para salir al encuentro de mi querida familia, y creyendo que ésta sería la última noche que pasaria en este sitio; pero al asomarme ví un hombre desconocido que se me acercaba, y yo creyendo que venía á cogerme, sentí tal susto, que, pidiendo favor á la Vírgen Santísima, caí al suelo, casi desmayado.

El *Tio Martin* al escuchar aquel relato, quedóse casi convencido de la veracidad y buena fé del prisionero.

Sin embargo, un resto de invencible desconfianza le hacía volver á sus primitivas dudas y á su furor primero.

—¿Y qué oiste decir á los que hablaban? preguntó el viejo.

—No entendí nada de lo que hablaban.

—Está bien. Y ese hombre que viste, ¿era jóven ó viejo?

—Era muy alto y jóven, porque corria como un gamo.

Al oir esta respuesta, el *Tio Martin* pareció muy satisfecho.

Por su parte, don Agapito habia creido conjurar la tempestad con sus respuestas, por más que á su carácter sincero y honrado le repugnase aquella duplicidad de que sólo usó, teniendo en cuenta el rigor de las circunstancias y el brutal y violento carácter de su guardian.

Este permaneció algunos momentos silencioso, revolviendo en su mente las razones y respuestas, que le habia dado el cautivo.

De pronto una sonrisa diabólica iluminó su feroz semblante.

—¡Todo éso es mentira! exclamó.

El aturdido prisionero comprimió un profundo suspiro.

—¿Y qué decian esos niños que oiste?

—No lo entendí.

—Y las mujeres, ¿qué decian?

—Tampoco pude entenderlo.

—¿Y no has oido llorar á un niño?

—No, señor, respondió el cautivo, conociendo que éste era el punto que más le interesaba á su guardian é imaginándose que su mejor respuesta, debia ser la negativa.

—¿Tampoco pudiste entender unas voces muy desaforadas que dió un hombre?

—Tampoco.

—Pero oiste perfectamente que te llamaban á tí ¿no es eso?

—Sí, señor.

Al oir esta contestacion el *Tio Martin* lanzó un rugido, é hizo un movimiento, como para precipitarse furioso con los puños cerrados, sobre el cautivo; pero luégo, logrando á duras penas contenerse, murmuró, hablando consigo mismo:

—¡No hay que enojarse..! Este papanatas piensa que yo nací ayer... Yo te arreglaré á mi gusto... Cachaza y mala intencion... Despacio y buena letra... ¡Yo te ajustaré las cuentas, sin darte golpes!

Y así diciendo, la expresion de su fisonomía habia cambiado completamente de iracunda, en jovial y risueña.

—En seguida vuelvo, dijo el *Tio Martin*, saliendo rápidamente de la cueva y dejando al infeliz don Agapito en la cruel incertidumbre que fácilmente se concibe.

El viejo encaminóse rápidamente á la casa y llamando á su mujer le dijo.

—María, dáme unos *guantes*.

La tia María trajo en seguida á su esposo un tarro de lata, que guardó el viejo entre su faja.

El *Tio Martin* además, se proveyó de un cordel y un martillo, y volvióse á la cueva con la misma rapidez que habia venido.

El malaventurado cautivo estremecióse á pesar suyo, al oir el regreso de su verdugo, como si presintiese una escena terrible.

El *Tio Martin* con horrorosa calma le colocó al prisionero los tapones en los oidos, le ató más fuertemente que nunca el pañuelo que le vendaba los ojos, y despues volviéndolo boca abajo, como si fuera un niño, sujetóle á la espalda ambas manos con el cordel, que á prevencion llevaba.

En seguida destapó tranquilamente la caja de lata, de la cual fué sacando algunas estaquitas ó cuñas de jara más aguzadas que un lápiz, y cogiendo una de ellas, la introdujo entre uña y carne en un dedo de una de las manos del prisionero, haciéndola entrar á golpe de martillo.

¡Figúrese el lector el inexplicable tormento, que experimentaria aquella infeliz víctima de tan malvados criminales!

Los gritos, súplicas y lamentos del infeliz secuestrado, hubieran podido conmover á un tigre; pero el feroz *Tio Martin* continuó con grandísimo sosiego su bárbara taréa, limitándose á decir, con la más repugnante ironía:

—No te quejes tanto, desagradecido, porque oyes muy mal; pero gatéas muy bien, y voy á po-

nerte unos *guantecitos*, para que no te se estropeen las manitas.

Dicho ésto, comenzó de nuevo aquella espantosa y espeluznadora operacion, que debia repetir diez veces.

La prevision aterradora de este multiplicado martirio, impresionó al desdichado prisionero tan fuertemente, como la presencia misma del dolor, de suerte que á la segunda estaquilla, apénas el sufrimiento le dejaba fuerzas para quejarse.

A la tercera, se hallaba completamente desmayado, y por lo tanto, el feroz viejo pudo terminar su cruenta y aterradora maniobra, ni más ni ménos, que si la practicase en un madero.

Concluida su atroz é inhumana faena, con aire satisfecho murmuró:

—¡Ahora, con los *guantecitos* que te he puesto, gatéa!

Y muy alegre y tranquilo, salióse de la cueva, dejando allí más que un prisionero, un cadáver.

CAPÍTULO XII.

EN DONDE EL «TIO MARTIN» Y LOS SECUESTRADORES DE DON AGAPITO, SE HACEN MÚTUAS REFERENCIAS.

El *Tio Martin* encaminóse acto contínuo á la casa, en donde le entregó á su mujer la *caja de los guantes* y el martillo.

—¿Lo has oido? preguntó el viejo á su esposa.

—No he oido nada.

—Más vale así.

El viejo buscó una traba de hierro y salióse con élla de la casa, dirigiéndose á la cueva, en donde yacia el desdichado niño Antonio.

El cansancio, la emocion y su corta edad habian hecho que el niño continuase sumergido en el más profundo sueño, despues de la especie de desvanecimiento en que habia caido, al ser tan bruscamente arrebatado por el fingido loco.

Pero el *Tio Martin* se imaginó que su inmovilidad y silencio provenian aún de su desmayo; mas acercando á su rostro la luz del farolillo, y observando la regularidad tranquila de su respiracion, hubo de convencerse de que dormia con el abandono y sosiego, propio de sus años.

Inmediatamente el feroz hortelano puso la traba de hierro en los tobillos del niño, sin que éste siquiera se despertase.

La descripcion de aquel antro es completamente inútil, pues que el lector puede figurarse una morada subterránea enteramente igual á la de don Agapito, salvo que era un poco más reducida, pero dispuesta en la misma forma y tapada de idéntico modo.

La huerta del *Tio Martin* era una especie de hospedería subterránea, un meson oculto, trágico y lúgubre, un cementerio de vivos.

Terminada su operacion, el viejo examinó el gorro que el niño tenía puesto y sujeto por un pañuelo, y viendo que estaba bien colocado, le puso unos tapones de yesca en los oidos, sin que el rapaz hiciese más que un leve movimiento, aunque sin llegar á despertarse.

Pocos momentos despues se hallaba el *Tio Martin* en la casa, en compañía de su esposa, con la cual cenó tranquilamente y con muy buen apetito, entregándose despues ámbos al descanso.

Al dia siguiente por la mañana, estando el hortelano muy ocupado en sus faenas agrícolas, vió encaminarse hácia la casa una pareja de la Guardia civil, lo cual sucedia muy frecuentemente, por cuya razon, esta circunstancia no le produjo alarma ninguna.

Salió, sin embargo, al encuentro de la pareja, la cual le dirigió la pregunta sacramental que sigue:

—¿Hay por aquí alguna novedad?

—No, señor; porque la gente mala no acude á las casas de los pobres.

—Dice usted bien; donde no hay, no acuden.

—¿No quieren ustedes echar un traguito?

—Muchas gracias, respondieron á la vez los guardias con su gravedad acostumbrada.

—Vaya, echarémos siquiera un cigarro.

—No podemos detenernos.

—¿Ha caido algo qué hacer?

—Nosotros estamos siempre ocupados.

—Eso es verdad, porque gracias á ustedes, podemos vivir los hombres de bien.

El *Tio Martin* estuvo muy atento y obsequioso con los guardias civiles, que muy luégo se alejaron, sin sospechar la profunda hipocresía y refinada maldad de aquel feroz y desalmado viejo.

Cuando llegó la noche y ya se hallaba el hortelano en la casa, se le presentaron Alberto, Carrascoso y sus compañeros.

Despues de saludarse recíprocamente y sentados todos junto al hogar, entablaron el diálogo que sigue:

—¿Cómo anda ese hombre? preguntó Alberto.

—¿Y qué ha contestado la familia á la carta? dijo el *Tio Martin*, respondiendo á una pregunta con otra.

—Que están muy atrasados, que no tienen medios de dar los ocho mil duros; en fin, las súplicas y lamentos de siempre.

—Pues que revienten y lo busquen.

—Sí, señor; pero tambien es necesario hacerse cargo de las cosas, y no pedir imposibles.

—Al fin hemos resuelto, para quitarnos de maréos, que nos manden el dia 30 mil quinientos duros.

—Muy poco es éso para tantos compromisos.

—¿Qué quiere usted? Si nos empeñamos en pedir más, vamos á tener que matarlo, además de no sacar nada.

—Pues no se perderia gran cosa en darle *mulé* á ese tio Camándulas.

—Calle usted, hombre, pues si es un alma de Dios.

—Lo que yo te digo es que no hay que fiarse de esos bonachones, que parece que se les cae el *jato*.

—¿Por qué dice usted éso?

—Yo sé bien lo que me digo, y os aseguro que con estos hombres así, hay que andar con mucho cuidado, porque se confía úno en que no son capaces de matar una hormiga y cuando uno ménos piensa, le dan un mal rato al lucero del alba.

—Pero ese hombre es un bendito, que en donde le dejan, allí se aguanta como un muerto.

—¡Qué mal le conoces! Ese y otros por el estilo, son capaces de tomar soleta más pronto que los hombres de pelo en pecho.

Alberto y sus compañeros, al oir estas palabras, cambiaron entre sí una mirada de inquietud, imaginándose que cuando así hablaba el *Tio Martin*,

don Agapito se habia fugado, y por su parte Alberto, que conocia muy á fondo las marrullerías del hortelano, llegó á sospechar que acaso éste por dinerô habia favorecido su fuga.

—¿Me querrá usted hacer creer que ese buen hombre tiene alientos para arrestarse á nada? preguntó Alberto, clavando una mirada escrutadora en el redomado viejo.

—Tú eres un niño de teta, y aunque hayas estado en *veró*, yo te digo que no has visto el mundo más que por un agujero.

—Ya sabemos que á usted nadie le descalza el zapato, y por éso todos le oimos como á un apóstol, y cuando usted se aventura á decir éso, estudiado lo tendrá.

—Y muy estudiado, Alberto, porque te juro que no sé cómo pude conteuerme para no hacerlo trizas.

Y en seguida el *Tio Martin*, dirigiéndose á todos los bandidos, añadió:

—Figuraos si mi rabia sería grande, cuando anoche lo *filé* que ya tenía toda la *chichi* fuera del escondrijo, y si no llego á tiempo, teniendo toda la noche por suya, sabe Dios en donde estaria el pájaro á estas horas.

—¡A ver! ¡A ver! ¿Cómo es eso, *Tio Martin*? preguntaron á la vez todos los bandidos llenos del más indecible asombro.

—Y lo peor no es que se hubiera escapado, continuó el viejo, sino lo comprometidos que estarian hoy nuestros pescuezos.

—¡Parece mentira! exclamó Alberto.

—Anda y fíate de los bonachones.

—¿Y qué ha hecho usted con él?

—Por de pronto darle una zurra de *mistó*, y despues le puse unos *guantecitos* á golpe de martillo, para que no le queden ganas de gatear otra vez.

Y el *Tio Martin* les contó punto por punto á los bandidos todo lo referente á lo que habia hecho don Agapito, callando por supuesto, con muy particular cuidado, la parte de la historia relativa al secuestro del niño.

Alberto y sus compañeros prorumpieron en ruidosas carcajadas, al escuchar con todos sus detalles el horroroso castigo que el implacable viejo habia aplicado al infeliz cautivo.

Y como para solemnizar la horrible aventura, causa para éllos de tanta chacota y regocijo, la tia María les echó su acostumbrada ronda de vino.

Largo rato permanecieron allí, departiendo acerca de los chascos y petardos, que suelen dar las apariencias de los hombres, conviniendo en que nadie hubiera podido figurarse aquella tentativa de parte de don Agapito, atendido su carácter y áun el estado de salud en que se encontraba.

—Pues ya sabeis todo lo que ha pasado, y que no haya luégo cuentos, dijo el *Tio Martin*, porque si yo lo he tratado como se merece, ha sido por el bien y la seguridad de todos.

—¡Muy bien hecho! ¡Muy bien hecho! exclamaron á una voz todos los bandidos.

Despues de tan unánime aprobacion, Alberto y sus compañeros manifestaron á su turno al *Tio Martin*, con todos sus pormenores, la entrevista con Melero y el contenido de la carta dirigida á doña María Gallardo, así como tambien le dieron cuenta de sus propósitos ulteriores.

Ya bien entrada la noche, Alberto y sus compañeros despidiéronse del *Tio Martin* y se alejaron de la fatídica huerta.

Pocos momentos despues regresó Carrascoso, para recoger una manta de muestra, que se habia dejado olvidada.

El *Tio Martin* se habia quedado á la sazon con su hijo José; pero el astuto viejo, al divisar de nuevo á Carrascoso, calóse en seguida que éste queria decirle algo á espaldas de sus compañeros, y que el olvido de la manta, sólo era un pretexto.

No se equivocó el *Tio Martin* en su sospecha; pues Carrascoso, despues de recoger la manta, le guiñó el ojo, indicándole que le siguiese.

El hortelano salió con él á la parte de afuera; y allí Carrascoso apresuróse á decirle en voz muy baja:

—Compadre, todo este negocio se ha vuelto ya sal y agua; pero yo traigo entre manos empresas de más empuje y de mayor ganancia. ¿Puedo contar con usted?

—Cuenta conmigo.

—Se trata de traer aquí algunos pájaros gordos

del Arahal, que tienen mucho *parné* y lo soltarán de lo lindo.

—Todos decís lo mismo; pero luégo, ya ves lo que pasa.

—No, señor; yo no soy tan lila como Alberto, y cuando yo doy un golpe, es sobre seguro.

—Ya sé yo bien que tú eres harina de otro costal, y, por lo mismo, ya sabes que aquí hay posada para todos los que traigas.

—Eso es justamente lo que yo queria decirle á usted.

—Aquí no faltan nichos preparados á toda hora que lleguen los penitentes, pues los habitantes de mi huerta andan por bajo, miéntras que las plantas se crian muy bien por encima; y si fuera menester, miéntras yo tenga un azadon, no faltará hasta una buena sala, si se necesita.

—No conviene mortificar á las personas de que yo hablo, sino tratarlas bien y sacarles muchas talegas.

—¿Me vas á traer aquí algunas madamitas?

—Compadre, por ahora sólo se trata de traer un par de señores con muchas pesetas, y que seguramente usted los habrá oido mentar.

—¿Quiénes son?

—Don Manuel Zayas y su pariente y tocayo don Manuel Reina, ó á sus hijos.

—Los conozco de oidas, y dicen que son labradores muy ricos.

—Pues éso es lo que importa, y no andar á caza de *pelafustranes*.

—No hay más qué hablar, Pepe; y si no conviene meterlos bajo de tierra, ahí está el sobrado, donde pueden estar como unos príncipes.

—Ya sabe usted que yo soy el amo en el Arahal y en todos aquellos contornos.

—Mucho que sí.

—Y que me ayudan personas de fuste.

—Eso es lo que conviene; negocios gordos y tener tambien detrás gente gorda.

—Dice usted bien; pues lo demás, es lo que ha visto usted que nos ha pasado con ese don Calandria, que, segun parece, está pereciendo.

—Dime, Pepe; y Alberto y los otros, ¿han *julnao* algo de ésto?

—Ni por soñazon, *Tio Martin*.

—Estoy al cabo de la calle, y de por qué te se ha olvidado la manta.

—¡Sabe usted más que Lepe y Lepillo!

—De algo vale el ser viejo.

—Yo tengo allí gente de sobra y más útil, y por éso les doy esquinazo á estos pobres diablos; pero cuento con usted y con sus hijos.

—Está dicho, y *sonsoniche*.

—Con Dios, y hasta la vuelta, dijo Carrascoso, tendiéndole afectuosamente la mano al *Tio Martin*, que á su vez respondió:

—No te detengas, no sea que se escamen.

Carrascoso hizo una señal de asentimiento, y

alejóse veloz como una flecha para incorporarse cuanto ántes con sus compañeros, miéntras que el *Tio Martin* regresó á la casa y sentóse muy tranquilo junto al hogar, al lado de su hijo, que le aguardaba.

CAPÍTULO XIII.

LA CITA EN MONTILLA.

Los padres del niño Antonio le buscaron por todas partes, practicando al efecto cuantas diligencias estuvieron en su mano, bien que sin éxito alguno.

Ellos, sin embargo, lloraban á su hijo perdido, pero no secuestrado, puesto que en ninguna manera podia ocurrírseles, atendida su modestísima posicion, que nadie hubiera pensado en arrebatar al niño por la esperanza de obtener de sus padres un buen rescate.

Tal era la opinion no solamente de la familia, sino tambien de cuantos vecinos se enteraron de la pérdida del niño.

Excusado parece decir, que los padres hacian las más extrañas conjeturas y las más absurdas suposiciones respecto á la súbita desaparicion de su querido hijo; pero al fin vino á sacarlos de su prolongada incertidumbre una carta que recibieron, anunciándoles que el niño se hallaba secuestrado.

Por más horroroso que fuese el contenido de aquella carta, los desconsolados padres, por el pronto, experimentaron la emocion agradable de saber que su hijo vivia.

Pero aquella grata noticia estaba envuelta entre tantos pesares y amenazas, que ahora ni siquiera tenian el desahogo natural de todos los desgraciados, el de quejarse de sus infortunios y desdichas.

En efecto, en la mencionada carta se les prevenia que en ninguna manera manifestasen que su hijo estaba secuestrado, advirtiéndoles que si cometian sobre este punto la más mínima imprudencia degollarian, no sólo al niño Antonio, sino tambien á sus hermanitos y áun á éllos mismos, es decir, á los padres á quienes igualmente les indicaban que los veian con mucha frecuencia y que anduviesen con grandísimo cuidado, porque los secuestradores sabian al dedillo cuanto la familia hablaba todos los dias, así como las voces que corrian por el pueblo.

En la misma carta se le indicaba tambien á Francisco Fernandez, esto es, al padre del niño, el dia y hora en que debiera presentarse solo en el retrete de la estacion de Montilla, provincia de Córdoba, llevando treinta mil reales, precio del rescate del cautivo, y que en dicho sitio se le acercaria una persona, para hablarle del asunto y recibir el dinero, en cuyo caso muy en breve tendria á su hijo en su casa.

Finalmente, los bandidos prohibian á Fernandez y á toda su familia, bajo las más terribles amenazas, que revelasen á nadie nada de aquellos tratos, y mucho ménos á las autoridades, reconviniéndole duramente porque habia dado cuenta al Alcalde y la Guardia civil de la pérdida de su hijo.

Con tales y tan espantosas restricciones llegaron á saber los infelices padres la existencia y suerte de su hijo, supuesto que ni siquiera se les permitia hablar, ni lamentarse de su cruel pena y horrible desgracia.

Desde entónces, aquella desolada familia parecia muda y huraña, reduciendo su trato con sus convecinos á lo meramente indispensable, temiendo siempre que los secuestradores ejecutasen sus aterradoras amenazas, habiendo sospechado que aquéllos eran personas del mismo pueblo, si bien respecto á tales indicios, guardaron siempre la más absoluta reserva.

Además de estas cohibiciones tan dolorosas é insoportables para los padres y para el abuelo, todavía era muy triste y aflictiva la situacion de aquella infortunada familia bajo otros conceptos.

Efectivamente, Francisco Fernandez era un pobre y honrado labrador que cultivaba el pequeño cortijo de las Canteras, cargado con una numerosa familia, poseyendo apénas el capital necesario para su reducida labranza y que á fuerza de asiduidad y trabajo, sólo conseguia atender al necesario sus-

tento de su mujer y seis hijos, de los cuales el mayor, segun queda referido, era el secuestrado.

En tan congojosas circunstancias, ¿en dónde y cómo pudiera buscar y hallar el desgraciado Fernandez la cantidad que para un plazo tan breve se le exigia?

Hé aquí el pensamiento desconsolador que sin cesar mortificaba á este infeliz padre de familia, desde el punto y hora en que recibió la infausta carta de los secuestradores.

Fernandez juzgaba de todo punto imposible el satisfacer la brutal exigencia de los bandidos, pues áun cuando vendiese todo cuanto poseia, no le era factible reunir los treinta mil reales reclamados.

Por otra parte, el infeliz labrador se estremecia de pena y angustia, al pensar en el inminente riesgo que corria la vida de su inocente hijo, si no allegaba á la mayor brevedad el precio de su rescate.

Á este martirio insufrible, agregábase tambien la imposibilidad impuesta por la barbárie de los secuestradores de recurrir á sus parientes, amigos y convecinos, pidiéndoles auxilio en aquel trance, supuesto que le estaba terminantemente prohibido manifestar el objeto, para el cual necesitaba dicha suma.

Por último, las aflicciones y congojas del triste padre eran tanto más crueles, cuanto más reconcentradas, pues que el pobre labrador se abstenia, por temor á los bandidos, de comunicar las dificultades de su situacion á sus más íntimos amigos y

convecinos ricos, que pudieran sacarle de aquel apuro.

Llegó, por fin, el dia señalado en que debia presentarse en la estacion de Montilla, y áun cuando no habia reunido la cantidad exigida, no creyó conveniente faltar á la cita, ansioso de saber de su hijo y de ver el mejor medio de arreglar aquel negocio, para él tan interesante, de una manera ménos onerosa y que estuviese dentro de su posibilidad.

Salió de Puente-Genil en el tren, llegó á la estacion de Montilla, detúvose en el sitio designado, y allí aguardó con extraordinaria impaciencia á la persona anunciada.

En vano permaneció inmóvil en el inmundo sitio señalado en la horrible carta de los secuestradores; pues que nadie se le presentó para hablarle de lo que tanto le importaba.

Abatido y desconsolado por aquella especie de burla sangrienta, volvióse á su pueblo lleno de la más cruel incertidumbre, lamentando su triste suerte y pensando con amargura en el doloroso desengaño que le aguardaba á su esposa y al abuelo, al saber el ningun resultado de su viaje, sobre el cual todos habian concebido las más lisonjeras esperanzas.

En efecto, cuando el triste abuelo y la pobre madre supieron lo acaecido, su pena se renovó con tan cruel aspereza, que sus lágrimas corrian hilo á hilo por sus mejillas.

¿Á qué atribuir el haber faltado á la cita? ¿Qué causa habia estorbado que se le presentase al dolorido é inofensivo padre la persona indicada? Hé aquí la série dolorosa de preguntas que se dirigía mútuamente aquella familia desolada.

En tales circunstancias, la imaginacion de la triste y afligida madre, tomó un giro trágico, sombrío y aterrador para el anciano y su hijo, que se estremecieron al escuchar sus palabras, que podian muy bien encerrar la explicacion de aquel pavoroso enigma.

—¡Han degollado á mi hijo! exclamó súbitamente la jóven madre, cruzando ambas manos con una expresion en extremo dolorida y religiosa. ¡Mi hijo ha muerto! ¡Hijo de mis entrañas! ¡Dios mio, tened misericordia de nosotros y de estos inocentes niños!

El abuelo y su hijo cambiaron entre sí una mirada de inmenso terror, creyendo que la sensible y acongojada madre habia adivinado la causa de que nadie se presentase en la estacion de Montilla.

El anciano y el padre inclinaron tristemente la cabeza y repitieron la tierna plegaria de la desconsolada madre.

—¡Dios mio, tened misericordia de nosotros y de estos inocentes niños!

CAPÍTULO XIV.

LA CURA DE UN VERDUGO.

Cuando Alberto y sus compañeros, entre los cuales se contaba José Fernandez Torres, hijo del *Tio Martin*, se dispusieron á marcharse de la huerta, el padre hizo al hijo una seña imperceptible para los demás, á fin de que se quedase.

Aguardaba José, con tanta impaciencia como curiosidad, lo que su padre tendria que decirle; pero hubo de aplazar un rato su deseo, á consecuencia del inesperado regreso de Carrascoso para recoger su manta, cuyo simulado olvido, ya el lector sabe, que sólo fué un pretexto para hablar con el *Tio Martin* de los nuevos y famosos golpes que en el Arahal proyectaba.

Ahora bien; tan luégo como se hubieron quedado solos el *Tio Martin* y su hijo, que habitaba con su mujer y cuatro niños en el cercano pueblo de Casariche, entablaron el diálogo siguiente:

—¡Eres muy descuidado para los negocios, Pepe! exclamó el viejo.

—¿Por qué me dice usted éso, padre?

—Porque has debido asistir á la entrevista que esa gente ha tenido en Martin de la Jara. ¿Cómo habia yo de pensar que no habias ido?

—Pero, si he estado.

—Sí, pero no hablaste con ese Melero.

—Sabe usted que se convino en que Carrascoso y *Cagarache* fuesen á hablar con ese hombre vestidos de pastores, miéntras que los demás estábamos á la mira; pero despues nos reunimos en casa de quien usted sabe, y allí se leyó la carta y se puso la contestacion, que todos oimos.

—No se trata, ni de la carta, ni de la contestacion, sino que además es menester *julnar* todo lo que se hable con gente extraña sobre el asunto.

—¡Qué quiere usted! Así pasó, y no creí conveniente armar por éso una disputa, ni parecer desconfiado, porque todos tenemos el mismo interés en el negocio.

—Eso es segun se mire, porque al fin y al cabo, tú tienes que andar con más precauciones que ninguno; pues si sucede cualquier cosa, el pájaro está aquí guardado y nosotros estamos más comprometidos, miéntras que éllos con escabullirse por cualquier parte, se encuentran libres. ¿Cuándo querrá Dios ó el demonio, que tú hagas caso de mis consejos? Siempre te estoy predicando, pero sermon perdido. Te lo he dicho mil veces y te lo repito: el mejor dia te ha de suceder un percance gordo, por no pensar bastante en guardar el bulto.

—Pues vea usted lo que son las cosas, padre... ¡No sabe uno cuando acertar!

—¿Qué quieres decir con éso?

—Que yo me alegré mucho de no tener que hablar con nadie, porque en estos *fregaos*, cuanto ménos se dé la cara, es mucho mejor, como usted mismo dice.

Al oir aquella respuesta, el *Tio Martin* sonrióse con aire socarron, pensando para sí que su hijo no era tan inexperto, ni necesitaba tantos consejos, como él creia.

—No está éso mal cavilado del todo, respondió al fin; pero yo lo que te digo es... lo que yo quiero decirte... Mira, hijo, hablando en plata, lo que á mí ménos me gusta en este mundo, es que ningun *nasío* me la quiera *diñar* por boca de títere. ¿Estamos?

—Vaya si estamos; pero como que al fin y á la postre, la carta canta, y la habíamos de ver todos, no había que temer ningun engaño.

—Pues con todo y con éso, bueno es siempre estar muy alerta.

—La verdad es, padre, que este negocio se nos ha despachurrado completamente. ¡Vea usted, de ocho mil duros á treinta mil reales!

—Verdaderamente que estamos dejados de la mano de Dios; pero yo bien lo dije; que ese hombre tenía mucha familia y muchos gastos, y que no podria dar ese dinero.

—Ya no hay más remedio que seguir adelante.

—Sí; pero ya verás que ni los treinta mil reales sueltan. En fin, lo que te aconsejo es que no tengas reparo en dar la cara, cuando haya que alargar la mano para tomar cuartos.

—Descuide usted.

—Por lo demás, no hay que apurarse, que si una puerta se cierra, ciento se abren.

—¿Tiene usted alguna cosa más que decirme?

—Por hoy nada más.

—Pues buenas noches, que ya va siendo tardecillo.

—Anda con Dios.

Y José despidióse de su madre, y tomó el camino de Casariche.

En seguida, el *Tio Martin* llamó á su mujer y le dijo:

—Es menester que te encargues de asistir á ese muchacho lloron y que sigas metiéndole miedo con el loco, siempre y cuando vuelva á berraquear; pues sólo entónces iré yo á la cueva.

—¿Y qué le llevo yo de comer?

— Un poco de sopa de leche y habas verdes.

La tia María se proveyó de los manjares indicados, y se dispuso á ir á la cueva del niño Antonio, miéntras que el *Tio Martin* dirigíase á ver á don Agapito.

En efecto, el viejo bajó á la zanja, llamando varias veces al secuestrado que yacía inmóvil, tendido boca abajo y con las manos atadas sobre la espalda.

—¡Si se habrá muerto este alfeñique! murmuró el desalmado viejo.

Y aproximando su farolillo, comenzó á examinar al prisionero, y entónces advirtió que aún vivia, si bien se hallaba en un estado lamentable de postracion, á consecuencia de los fuertes nudos del cordel, que se le habia incrustado en las muñecas, y de la inflamacion producida por las terribles saetas de jara, que tan cruentamente le habia clavado entre las uñas de los dedos, y á las cuales el viejo *Martin*, con repugnante jocosidad, calificaba de *guantes*.

Al ver el profundo abatimiento del casi exánime cautivo, el *Tio Martin* pensó que habia ido demasiado léjos en su castigo, y áun llegó á temer que si éste sucumbia, pudiera esta circunstancia producir inconvenientes ó dificultades para recabar de la familia el apetecido rescate.

Tal fué el interesado y odioso móvil que le impulsó á prestarle al cautivo algunos auxilios.

Así, pues, cortó inmediatamente con su navaja el apretadísimo cordel, y en seguida comenzó á sacarle una tras otra de los hinchados dedos las puntiagudas estaquillas, cuya operacion hubo de producirle al paciente, á la vez tal consuelo y dolor, que lanzó un profundísimo gemido.

—Vamos, pensó el cruel verdugo; todavía siente bastante; lo curaremos con sal y vinagre y el diablo querrá que no reviente aquí. ¡Ténte miéntras cobro!

Y una maligna sonrisa dilató los labios del feroz viejo.

El *Tio Martin* volvió á salir de la cueva, dirigióse á la casa, y ya volvia provisto de algunos trapos y un cacharro con sal y vinagre, cuando se detuvo en la puerta porque llegaba su esposa.

—¿Cómo está ese muchacho? le preguntó.

—Muy asustado.

—Eso es muy bueno; así no chillará.

—No ha querido comer nada.

—Ya comerá, así que le apriete la carpanta.

—¿Y cómo está el otro? preguntó á su turno la vieja.

—Creí que habia *merado*.

—Tú crees que todos son tan fuertes como tú; pero es menester que pienses, que ese hombre está enfermo y que además no conviene apretar la cuerda tanto, que salte.

—Bueno, bueno. ¡Hasta luégo!

Y el *Tio Martin* dirigióse de nuevo á la caverna de don Agapito, al cual comenzó á lavarle las heridas, con tanto interés aparente, como si de véras y por humanidad le importase curar al infeliz prisionero.

Aquella curacion tan brusca y dolorosa, produjo en el doliente el efecto de un enérgico revulsivo, de suerte que recobró inmediatamente toda su vitalidad, circunstancia que, por el móvil indicado, agradó sobremanera á su bárbaro verdugo.

Terminado el lavatorio, el *Tio Martin* le envol-

vió cada una de las manos en un paño empapado en la salmuera, habiéndole incorporado contra la pared de la covacha.

— Ahora te encontrarás mejor. ¿No es eso?

El infeliz don Agapito hizo una señal afirmativa.

—¿No puedes hablar?

El secuestrado respondió con otro signo negativo.

—¿Tienes ganas de comer?

El *Tio Martin* obtuvo la misma contestacion.

—¿Quieres un trago de leche? volvió á preguntarle.

Don Agapito inclinó afirmativamente la cabeza, y entónces aproximó á sus labios un jarro de leche, que con otras provisiones habia llevado á la cueva en su primer viaje.

El viejo le sostuvo el jarro, miéntras bebia, pues que el cautivo no podia valerse de las manos.

Aquel líquido alimento pareció reanimar visiblemente las desfallecidas fuerzas del prisionero, que despues de haber bebido muy á su sabor, con voz débil, dijo:

— ¡Gracias!

— Reanímate, hombre, que ésto no es nada para lo que te espera, si otra vez te dan ganas de gatear.

Y así diciendo, salió de la cueva, dejando al cautivo en una situacion algo ménos penosa que la que habia sufrido durante las pasadas venticuatro horas; pero siempre con los más acerbos é insoportables dolores.

CAPÍTULO XV.

EL CABALLERO MISTERIOSO.

Desde luégo se comprenderá, que la familia de don Agapito Delgado no dejaria de hacer todos los esfuerzos imaginables, para reunir la cantidad exigida en la nueva carta que llevó Melero, despues de su entrevista con los fingidos pastores.

Pero atendida la fortuna y circunstancias de la mencionada familia, el plazo marcado era en demasía breve, para encontrar los treinta mil reales reclamados.

Los dias pasaban y la ansiedad de doña María Gallardo y de sus hijos crecia en la misma proporcion angustiosa, que el plazo fatal que se acercaba.

Viendo, pues, la imposibilidad absoluta de enviar el dinero, deliberaron y resolvieron la madre y los hijos que el mayor de ellos, ó sea Frasquito, escribiese á los secuestradores una carta muy tierna y suplicante, explicándoles el tristísimo estado de la familia; que la falta misma de don Agapito en su casa les irrogaba indecibles perjuicios; que el plazo señalado era demasiado corto, y por lo tanto, insuficiente para encontrar la cantidad exigida; que

tuviesen compasion de su desgracia y que la familia sentia en extremo que don Agapito les fuese gravoso, y que por lo tanto, les remitian mil cuatrocientos reales para que atendiesen á los gastos de su enfermedad y subsistencia; y por último, que lo cuidasen con todo esmero y que tuviesen la bondad de que don Agapito escribiese siquiera cuatro letras para tranquilizar la inquietud de doña María Gallardo y de toda la familia, prometiendo con la mayor eficacia que no cesarian en sus diligencias hasta reunir los treinta mil reales.

Escrita la carta, y leida á Melero que habia de llevarla, todos le rogaron que él por su parte hiciese todo cuanto pudiera, segun la ocasion se presentase para sacar el mejor partido posible.

En resolucion diré, que el buen Melero salió de La Alameda el dia 30 de Marzo á las doce del dia y con las mismas señales y requisitos que la vez pasada, segun lo habian prevenido los secuestradores.

Melero llegó al pueblo de Martin de la Jara, sin que nadie se le hubiese presentado en el camino, y se alojó en la misma posada.

Pocos momentos despues se le presentaron los dos consabidos pastores, los cuales, despues de las palabras convenidas, le hicieron seña de que los siguiese.

Hízolo así Melero y, siguiendo á sus guías, lo llevaron á las afueras del pueblo, sin proferir ni una sola palabra.

Cuando se hallaron en el campo, uno de los supuestos pastores le preguntó:

—¿Trae usted el encargo?

—Aquí traigo la carta que llevé...

—Venga, respondió el pastor, guardándose inmediatamente la carta que le habia entregado Melero.

El pastor continuó:

—No se trata sólo de esta carta, sino del dinero.

—En cuanto á éso, no traigo más que mil cuatrocientos reales.

—¿Nada más? ¡Vaya una embajada! ¡Si se habrá creido esa gente que somos nosotros unos mendigos!

—No, señor; no hay tal cosa. Lean ustedes esta otra carta que traigo, y verán que la intencion es muy distinta; que se trata de que concedan un plazo más largo y de que cuiden al pobre enfermo, y para que no les sea gravoso, ha entregado esta cantidad, miéntras la familia consiga reunir el precio del rescate.

—Venga ese dinero y esa otra carta.

Melero lo verificó así, añadiendo:

—Tengan ustedes compasion de mi tio y de su pobre familia, que tiene los mejores deseos de cumplir bien con ustedes; pero que en tan pocos dias, no ha podido reunir los treinta mil reales.

—Pues que vendan lo que tienen.

—Con todo y con éso, aquí para entre nosotros, porque yo estoy enterado de todo lo que pasa, yo

les aseguro á ustedes, que áun vendiendo y empeñándose, lo más que podrán reunir será una talega.

—¡Vaya una miseria!

—Pues aunque la familia crea lo contrario y ustedes tambien, yo digo que no podrán juntar más, porque yo sé mejor que nadie lo que la gente les ofrece, y que la época es mala, y en fin, que hasta para encontrar esa cantidad, necesitan bastantes dias y patear de lo lindo.

—Luego ¿tú sabes lo que dice esta carta?

—Sí, señor, porque me la leyeron y ya verán que parte el corazon, porque, de verdad, si esa familia no cumple, es porque no tiene.

—Y tú ¿qué sabes? preguntó algo amostazado el otro pastor, que hasta entónces habia permanecido silencioso.

—¡Ahí verá usted! Yo conozco mejor que nadie la situacion de todos; pues como oigo á unos y á otros, y lo que la familia pide y lo que los ricachos dan, no marra lo que digo, y si no, al tiempo.

—Está bien; anda con Dios, y espera en la posada.

Melero dirigióse al pueblo, encaminándose al meson para aguardar allí la respuesta de los secuestradores.

Por su parte, los dos que habian hablado con Melero, dirigiéronse á una casa, en donde todos sus cómplices debian reunirse para leer la referida

carta de la familia de don Agapito, y deliberar acerca de su respuesta.

Grande fué la cólera de los bandidos al ver de nuevo defraudadas sus esperanzas, y hubo diversos y contradictorios pareceres, opinando unos que se le debia cortar inmediatamente la cabeza al cautivo, miéntras que otros sostenian que lo mejor era rebajar el rescate á los mil duros, que era una suma que podia *barbear* la familia, y que más valia recibir este dinero, que no sacrificar al secuestrado, con lo cual nada ganarian más que comprometerse.

Miéntras que los bandidos se hallaban engolfados en esta disputa, Carrascoso manifestó á sus compañeros que tenía que ver á un amigo, y que él pronto volvia.

Los malhechores apénas repararon en este incidente; pero Carrascoso salió á la calle y muy luégo entró en otra casa, en donde sin duda tenía citado de antemano al susodicho amigo.

Carrascoso penetró en un aposento, débilmente iluminado por un velon, en donde le aguardaba un hombre en cuyas facciones, que no carecian de regularidad, era fácil advertir la profunda huella de vicios y excesos, así como tambien en su mirar receloso, un observador atento, hubiera podido sorprender las perpétuas inquietudes de una conciencia culpable.

Por lo demás, el desconocido mostraba en todo su porte y aspecto pertenecer á una condicion muy

distinta de la de su tosco y rudo interlocutor, el cual le trataba con inequívocas muestras de adhesion y respeto.

—¡Cuánto has tardado! exclamó el caballero al presentarse Carrascoso.

—¡Qué quiere usted! No me ha sido posible venir ántes, y aún me he visto negro para poder escabullirme; pero me tengo que volver en seguida.

—Pues aprovechemos el tiempo. ¿Cómo anda ese negocio?

—Lo mismo que siempre; ni los treinta mil reales siquiera, respondió Carrascoso con aire displicente.

—¿No te decia yo que esos ocho mil duros eran imaginarios?

—Tenía usted muchísima razon.

—Pues ahora te repito, que con ese negocio no haréis más que perder dias y semanas.

—Parece que lo más que podrán dar son mil duros.

—Pues á tomarlos, y dejarse de enredos y de negociejos, que ni van ni vienen, y que sólo sirven para distraerte de lo que más te importa. Parece que teneis el don de dejar siempre lo cierto por lo dudoso.

—Como ya estábamos embarcados en este negocio, ¿qué queria usted que hiciera?

—No meterse más, que en lo que se gane. Me has hecho venir aquí por haberte engolfado en ese negocio, cuando estás ya haciendo falta en el Arahal

para dar golpes buenos y seguros que te pueden sacar de pobre.

—Bien le consta á usted que allí no pierdo yo nunca el tiempo, porque tengo gente útil, que ya está preparando los *espartos* para recoger á los pájaros que usted sabe.

—Sin embargo, lo mejor en estos asuntos es no fiarse de nadie. Tú haces falta allí para ganar á la gente del terreno, y ese trabajo no se le puede confiar á ninguno de tus amigotes.

—Pierda usted cuidado, que todos aquellos campesinos son mios, y allí se está haciendo todo lo que se puede hacer; pero, en fin, yo iré en seguida y se aligerará todo lo que convenga.

—¿Vás á llevar alguno de ésos?

—Gente útil me sobra; pero como el paradero ha de ser en la huerta, es menester contar por lo ménos con los hijos del *Tio Martin*, pues á éste ya le tengo hablado.

—Eso me parece bien; pero ¿y de los demás?

—Puede ser que lleve alguno, porque como éllos me han dado participacion en esto otro negocio... En fin, allá verémos.

—Lo que yo quiero decirte es, que no te duermas en las pajas, que la cosa urge y que cuanto más pronto acabes con ésto, mejor será para todos.

—Dice usted bien, y ahora mismo voy á reunirme con mis compañeros que me están aguardando, y yo veré el mejor camino de que se conformen y acabar pronto.

—Pues anda con Dios y hazlo así, que es lo que te conviene. ¡Aquí te espero!

—Descuide usted, que así se hará. ¡Hasta luégo!

Y sin hablar más palabra, Carrascoso despidióse del misterioso caballero y regresó á la casa, donde habia dejado á sus camaradas.

Todavía se hallaban éstos disputando sobre si concederian algun plazo más á la familia de don Agapito, con tal que pagase los treinta mil reales exigidos, ó si le harian alguna rebaja, en vista de las súplicas, lamentos y razones que aducian en la carta que acababan de leer, teniendo además en cuenta lo que les habia dicho su portador Melero.

Entónces terció Carrascoso, diciendo que sin duda la familia tenía buenos deseos, pero no dinero; que sería inútil aguardar que reuniesen una cantidad que no estaba en sus facultades; que Melero habia asegurado que lo más que podria juntar la familia, empeñándose y vendiendo, sería unos mil duros; que era preferible tomar cuanto ántes esta suma, que no los treinta mil reales despues de muchos dias; que ya este negocio se habia malogrado y que con todas aquellas dilaciones, no conseguirian otra cosa, que perder un tiempo precioso que necesitaban para otras empresas más útiles y lucrativas, añadiendo que, por lo tanto, su opinion era acabar de una vez, pedirle á la familia redondamente una talega, sin más bajas ni rebajas, ó que de lo contrario, el secuestrado pagaria con su vida.

Todos aprobaron unánimemente aquellas razones, y en seguida resolvieron contestar en el acto á la carta de Frasquito Delgado.

Encargóse Carrascoso de escribir la carta, que leyó á sus compañeros, mereciendo la aprobacion de todos, si bien el advertido y receloso José Fernandez y Torres, esto es, el hijo del *Tio Martin*, hizo la observacion siguiente:

—Por mi parte, me parece bien la carta; pero no estaría demás que se pusiera ahí, á la postre, la cantidad que ha entregado ese hombre, para que la familia lo sepa y tengamos las cuentas claras.

—Tienes mucha razon, dijeron los demás compañeros.

—Pues ahora mismo se pondrá éso aquí al pié, respondió Carrascoso, tomando la pluma y acusando recibo de la cantidad mencionada.

En seguida, el mismo Carrascoso y el otro que ántes le habia acompañado, dirigiéronse á la posada y le entregaron la carta, vendiéndole la fineza de que gracias á su intercesion le habian rebajado hasta mil duros; pero con la condicion de que ya no se harian más rebajas.

Melero les dió las gracias, despidiéndose muy amistosamente de los fingidos pastores, retiróse á descansar, y al dia siguiente partió para su pueblo.

En cuanto á los bandidos, se ausentaron de Martin de la Jara en distintas direcciones; pero Carrascoso, despues de hablar un rato á solas con el hijo

del *Tio Martin*, marchó inmediatamente en busca del misterioso caballero, y pocos momentos despues, salieron juntos por las desiertas calles y á favor de las tinieblas de la noche, en direccion al pueblo de Campillos.

INDICE.

Secuestro del anciano don José Orellana y Gallardo.

Págs.

CAPÍTULO XVIII.—Vida por vida..... 5
CAPÍTULO XIX.—El parador de San Rafael en Málaga..... 14
CAPÍTULO XX.—Efecto contraproducente de los anónimos..... 23
CAPÍTULO XXI.—La Providencia..... 34
CAPÍTULO XXII.—Desenlace inesperado..... 42
APÉNDICE PRIMERO..... 49
APÉNDICE SEGUNDO..... 52

Secuestro de los señores don Juan Bonell y su sobrino don Juan Antonio, súbditos ingleses.

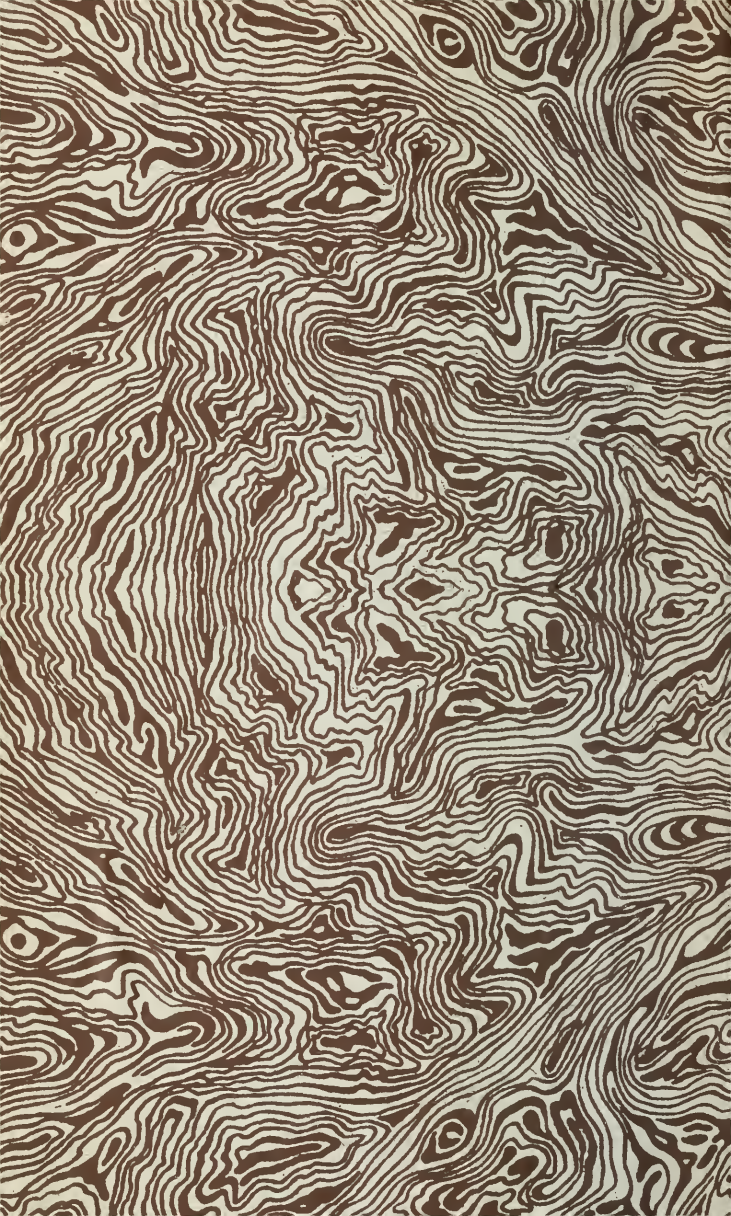
CAPÍTULO I.—La emboscada..... 69
CAPÍTULO II.—La formalidad inglesa..... 77
CAPÍTULO III.—A mal camino buena cara..... 85
CAPÍTULO IV.—Una vela á S. Miguel y otra al diablo. 95
CAPÍTULO V.—Trabajo fino..... 108
CAPÍTULO VI.—Las reclamaciones..... 118
CAPÍTULO VII.—De cómo don Juan Bonell se trocó en don Juan Romero..... 127
CAPÍTULO VIII.—De lo que aconteció al sobrino durante la soledad de su cautiverio..... 137
CAPÍTULO IX.—En donde se prueba que la patria para

Págs.

los ingleses es verdaderamente madre, y no madrastra..... 145
CAPÍTULO X.—Crítica situacion de don Juan Bonell.. 152
CAPÍTULO XI.—De cómo los bandidos cumplieron su compromiso.... 159
CAPÍTULO XII.—De cómo el sobrino despues de suelto, dudaba todavía de hallarse libre..... 165
CAPÍTULO XIII.—¡Notable diferencia entre Gobiernos y Gobiernos!..... 170
CAPÍTULO XIV.—La venta de Guadaira..... 177
CAPÍTULO XV.—Epílogo..... 185
APÉNDICE..... 190

La huerta del «Tio Martin.»

CAPÍTULO I.—La huerta..... 193
CAPÍTULO II.—En donde se sabe quién es el de la cabeza tapada..... 203
CAPÍTULO III.—Los abismos de una conciencia en un subterráneo..... 210
CAPÍTULO IV.—De cómo los secuestradores convinieron en la cantidad del rescate..... 216
CAPÍTULO V.—Las primeras noticias qne se tuvieron del secuestrado..... 226
CAPÍTULO VI.—Consecuencias de olvidar una llave.. 232
CAPÍTULO VII.—De cómo el llanto de un niño inspira una sentencia de muerte..... 241
CAPÍTULO VIII.—De cómo por el abuelo supo la familia la desaparicion del nieto..... 249
CAPÍTULO IX.—La contestacion que trajo Melero... 256
CAPÍTULO X.—Una fecha y un grito..... 265
CAPÍTULO XI.—Los guantes del diablo..... 275
CAPÍTULO XII.—En donde el *Tio Martin* y los secuestradores de D. Agapito, se hacen mútuas referencias..... 285
CAPÍTULO XIII.—La cita en Montilla..... 295
CAPÍTULO XIV.— La cura de un verdugo..... 301
CAPÍTULO XV.— El caballero misterioso..... 308



HV
6453
S8284
1876
t.8

Zugasti y Sáenz, Julián de
El bandolerismo

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 01 05 01 002 1